

# MARÍA JOSÉ DE CASTERAS



**MEMORIAS  
SOBRE  
LA VIDA DE ADELA**

## Introducción

Las *Memorias sobre la vida de Adela*, escritas por su prima Isabel de Casteras (madre María José) son un documento histórico fundamental. Sin embargo, aunque nos resulte sorprendente, hasta ahora no hemos podido leer estas *Memorias*. ¿Por qué? Sencillamente porque las “biografías” que han partido de las *Memorias* y de otras fuentes, son las que hemos tenido siempre en las manos. Las *Memorias* escritas por María José de Casteras, en cambio, han estado guardadas en los Archivos generales de las Hijas de María Inmaculada, y luego han salido a la luz con la Positio. Esto nos ha facilitado, poder leerlas y de forma crítica, ya que las Positios tienen esta virtud y riqueza. Una edición para el gran público de la propia Positio sería una publicación extraordinaria. Aquí damos a conocer el texto anotado y la introducción que la Positio nos proporciona. Es la primera traducción española.

Una mujer escribe una biografía sobre otra mujer. Es una de las constataciones que podemos sentir y pensar, al leer las *Memorias* de María José de Casteras, sobre la vida de Adela. Luego llegaron autores varones (Pradié, Rousseau, Benloch, Stefanelli). También han escrito sobre Adela algunas Hijas de María Inmaculada-Marianistas (Marie Joëlle Bec, Franca Zonta, María Luisa Zubiri, etc). Pero el testimonio, la “memoria” de la prima hermana de la fundadora (y subrayamos el singular, como comenta Verrier en la Positio), sigue siendo muy significativo. Isabel de Casteras siente, recuerda, habla, selecciona y opina de Adela, como mujer. Eso se observa claramente en las alusiones psicológicas, afectivas, relacionales... Y especialmente en el seguimiento de la transformación interior de Adela y su lucha contra su carácter impulsivo y asertivo. Y María José habla como una mujer entre mujeres: la baronesa, madre de Adela, su hermana Deseada, las tías de Condom, las jóvenes de la Asociación, las congregantes de Agen y finalmente todas las hijas de María. Es un testimonio que brota del interior de la propia familia de Adela. Esta doble característica del texto, obra femenina y familiar, le da al texto una impronta íntima y penetrante, como ningún otro biógrafo ha podido hacer.

El texto que vamos a leer es una “fuente primaria”, un trabajo “fundacional”. La importancia de estas Memorias nos la comenta el autor de la Positio de esta manera:

*Para la historia del Instituto, las “Memorias” son incompletas e insuficientes, pero son un documento de base. Para quien quiera conocer a la Madre María de la Concepción son un testimonio de primer valor e irremplazable. Así lo creemos a propósito de publicarlas integralmente, a excepción de los dos cuadernos que madre María José ha calificado de suplemento. Se podrá así referirse a nuestro texto para apreciar las biografías posteriores de la Sierva de Dios, que todos, en grados diversos son tributarios de esta fuente.*

Para poder disfrutar mejor de esta «fuente primaria» de las biografías “adelianas”, se ofrece:

- 1.- Una reseña histórica sobre «los que dieron los primeros pasos para escribir la biografía de Adela».
- 2.- La breve reseña biográfica sobre María José de Casteras, tomada de *Compañeras de Adela*, de Stefanelli. El libro clave sobre ella lo escribió Sor Marie-Luce Baillet FMI: *Ensancha el espacio de tu tienda. Madre María José de Casteras*, Madrid, SPM,2006.
- 3.- La introducción de la POSITIO, para la beatificación de Adela, al texto de madre María José de Casteras
- 4.- El texto íntegro, traducido al español, de las *Memorias para servir a la vida de Adela de Batz de Trenquelléon*.

## 1.- Quiénes dieron los primeros pasos para escribir la biografía de Adela

El 10 de enero de 1828 entregaba su vida a Dios, en Agen, Adela de Trenquelléon, exclamando “¡Hosanna al Hijo de David!”. El P. Chaminade no pudo estar allí en ese momento de su muerte, pero no tardó en ir a Agen para consolar a sus hijas, y allí recibió, de la madre de la Fundadora, María Úrsula de Peyronnencq, la siguiente carta (Chaminade, *Cartas*. Vol 2. Entre la 218.2.25 y 218.2.26)

*Estaba muy persuadida, señor, de la pena que le causaría la muerte de nuestra hija común, a usted, señor, de una manera espiritual, y a mí por naturaleza, al ser su madre. Nos parecía que hubiera podido ser, todavía, útil en la obra de Dios; pero el Señor no lo ha juzgado así, y si, según toda apariencia, ella está en el seno de Dios, o no tardará en llegar, será una protectora celosa: jella ya lo era, y tanto, en la tierra!*

*Para mí será una gran satisfacción darle algunos detalles de su infancia y juventud; antes del uso de razón había sido prevenida por la gracia. En mis notas se podrá encontrar todo lo que se juzgue edificante. En cuanto a la genealogía –como una vida de esta especie debe predicar la humildad, sin la cual no hay virtudes– creo que es suficiente decir que era hija del sr. de Batz, Baron de Trenquelléon, antiguo Oficial de la Guardia Francesa, Caballero de San Luis, con el grado de Coronel en el ejército de Su Majestad, y de la señorita de Peyronnencq Saint-Chamarand.*

*Por el momento, señor, no tengo ninguna idea de lo que hay que hacer: haga que todo se realice según lo juzgue usted adecuado; siempre estará bien.*

*Con gran interés quisiera estar al tanto de todo lo que concierne a la organización de las Hijas de María, así como todo lo que se relacione con ellas. Este Instituto siempre será muy querido para mí, y siempre tendré para usted, señor, los sentimientos más respetuosos. Jamás olvidaré la satisfacción, –que tristemente he perdido– que usted me había concedido de ver a mi querida hija de una manera muy particular.*

*Tengo el honor de ser, señor, con la mayor veneración, su muy humilde y muy obediente sierva.*

*Peyronnencq de Trenquelléon*

Por la carta de la madre de Adela se ve que el fundador le había pedido datos sobre la infancia y juventud de Adela y que la madre le proporcionó unas notas sobre su hija. En la carta siguiente a la Madre San Vicente, vemos cómo el P. Chaminade está atento al posible comienzo de la biografía.

### 560.- A la madre San Vicente, Agen

Orig. – AGFMI (Cartas. Vol 2)

15 de noviembre de 1830

«Querida Hija, he recibido su carta del 13 del corriente y me dispongo a responder. Las noticias que la pequeña Aimée ha dado de sí misma le han agradado mucho a su familia. Por medio del P. Caillet voy a escribir a las Madres del Norte.

Imagino, querida Hija, que habrá llamado a la sra. Belloc así como a la srta. Rissan, y que usted les habrá hablado, que les habrá hecho apreciar sus razones, en una palabra, que las habrá consolado. Esté en paz y unión con ellas, y también por medio de ellas con las Congregaciones, tanto de la de Jóvenes como la de Madres de familia, sin olvidar la Orden Tercera. No creo que sea por mala intención su precipitación en hablar al obispo: usted habrá dado lo que se llama una lección (...)

Después de la muerte de nuestra piadosa señorita de Trenquelléon, el sr. Lacoste había ofrecido escribir su vida<sup>1</sup>. Su ofrecimiento no fue aceptado [ni] rechazado. El P. Collineau habló entonces de algunas personas que, a su parecer, serían más indicadas para ese trabajo. No se ha hecho nada. Yo siempre he tenido las memorias en mi mano. Actualmente el sr. Lacoste está poco ocupado, es posible que quisiera ponerse a trabajar; yo le haría llegar todos los documentos que tengo. Es necesario que el señor Lacoste no vea esta invitación como un mal menor.

Querida Hija, esté siempre animosa; cuide su salud; no tiene que mirar este cuidado de su salud como un aviso o una invitación que le hago, sino como una orden que creo debo darle.

¡Que el espíritu de fe, querida hija, germine en los corazones de todas las Hijas de María, y sobre todo en el suyo!»

+++++

### **Dom Pradié. Vida de la reverenda madre Adela de Trenquelléon. La primera biografía (1861)**

Las Memorias sobre Adela, de Isabel de Casteras (Madre María José, tercera superiora general), fueron muy importantes también para el comienzo de las biografías. La religiosa marianista Marie-Luce Baillet, en su biografía de Madre María José Casteras (traducido al español: *“Ensancha el espacio de tu tienda”* SPM. Madrid.2006) ha detallado esta primera recopilación documental e histórica sobre la vida de Adela que culmina con la primera biografía propiamente dicha:

“Desde la muerte de la Fundadora, las religiosas habían manifestado varias veces el deseo de ver escrita la historia de su vida y la eminencia de sus virtudes. Con ese objetivo, la Madre San Vicente había trabajado en reunir preciosos documentos de las contemporáneas de Adela de Trenquelléon. Pero un cúmulo de circunstancias desfavorables le había impedido ver realizados sus deseos<sup>2</sup>.

Es Madre María José la que con alegría va a llevar a buen término este proyecto. Pide a las hermanas que recojan y le transmitan con exactitud todo lo que se acuerdan de las virtudes de su primera Madre. Hace que le envíen las cartas que habían conservado. Ella misma redacta los recuerdos de su infancia y juventud a los que estaba íntimamente asociada la Fundadora. Poco a poco la Madre María José coordina estos materiales en un trabajo que lleva el título siguiente: “Memorias para servir a la vida de la señorita Adela de Trenquelléon, Fundadora y primera Superiora del Instituto de Hijas de María”. Dom Pradié, benedictino de la abadía de Ligugé, se encarga de escribir esta vida, y el manuscrito de la Buena Madre es su principal fuente de información. **En 1861 aparece la obra que tiene por título: “Vida de la Reverenda Madre Adela de Trenquelléon, Fundadora y primera Superiora del Instituto de Hijas de María”**. Cuando el libro está a punto de aparecer, la buena Madre lo anuncia a las comunidades mediante una circular fechada el 6 de abril de 1861. He aquí algunos extractos:

*“La vida de nuestra Madre Fundadora va a estar en manos de todas sus hijas para comunicar a todas el verdadero espíritu de la Congregación. Sus virtudes, sus consejos, que tan pronto han faltado al Instituto, van a animarnos de nuevo en los deberes de nuestro santo estado. Me alegro de antemano de la buena acogida que vais a dispensar a esta obra en que la hija de María encontrará una guía*

<sup>1</sup> Inmediatamente tras la muerte de la Madre de Trenquelléon, el P. Chaminade se había preocupado, efectivamente, de hacer escribir la vida de su querida hija espiritual (ver arriba la carta de la sra. de Trenquelléon madre, el 9 de enero de 1828, al P. Chaminade). En el Consejo de la Compañía de María del 2 de septiembre de este mismo año, se propusieron los nombres de diversos redactores, entre los cuales el sr. Lacoste, uno de los más devotos amigos del instituto de Agen; el sr. Lalanne, la srta. de Batz de Trenquelléon, pariente de la fundadora... El proyecto no llegó a término y fue necesario esperar hasta 1861 para ver aparecer la biografía de Dom Pradié. [La mención a “la srta de Batz de Trenquelléon” parece aludir a Carolina, hija de Francisco de Batz y prima hermana de Adela].

<sup>2</sup> Josefina Ledoux, en religión Madre M. Magdalena de Pazzi, autora de la vida manuscrita de la Madre María José de Casteras, escribió la siguiente nota: *“La que escribe estas líneas oyó en su juventud contar a la Madre San León Mignot, que la Madre San Vicente había conseguido reunir un gran número de documentos para la redacción de esta vida. La Madre San León, Asistente ecónoma en Agen, había visto el manuscrito, que constituía un volumen considerable. Le fue entregado a un eclesiástico que se había encargado de escribir la vida de la madre fundadora. Desgraciadamente murió y sus herederos quemaron todos sus papeles, excepto los valores fiduciarios. El preciado manuscrito desapareció en este auto de fe. No habían tenido la precaución de guardar una copia en la comunidad”*.

*segura: las lecciones y los ejemplos de una Madre. Existe un interés muy especial y afectuoso porque no es una simple vida ofrecida a nuestra imitación. Es la vida de nuestra Fundadora, de nuestra buena y primera Madre. Es todo el Instituto con su esperanza y sus obras. Cada miembro podrá sacar enseñanzas de esta vida sencilla, escondida y sobre todo de entrega a Dios y a la salvación de las almas que animaba a nuestra Madre. Cuando leemos un libro, el ejemplo de un santo, decimos a veces: este rasgo es admirable, esta vida es hermosa, pero los deberes de mi vocación no me permiten seguir esa conducta; esos actos no tienen relación con el estado que yo he abrazado. Aquí todo es para nosotras, es la línea que debemos seguir, son nuestras obligaciones, es nuestro modelo”.*

**Dom Pradié**, había utilizado a este efecto las notas preparadas por la madre María José de Casteras, prima de la fundadora, y tercera superiora general del Instituto.

Una nota sobre Adela de Trenquelléon apareció en L'Univers, en 1869, con la firma de Léon Aubineau, y fue reproducida en el tomo II de Serviteurs de Dieu au XIX siècle (Lyon, Vitte).

En 1921, como consecuencia de prolongadas búsquedas y con la ayuda de documentos inéditos, **Henri Rousseau sm**, publicó la biografía completa: *Adèle de Trenquelléon, Fondatrice de l'Institut des Filles de Marie*, Paris, Beauchesn (Traducción española de Pedro González, Madrid, 1921).

Tras el Concilio Vaticano II, que animó a las congregaciones a volver a las fuentes carismáticas, las religiosas marianistas a partir de 1970, hacen una edición ciclostilada, por fascículos, que sirvió para dar a conocer entre ellas el epistolario de la fundadora.

Entre 1971 y 1983 **Joseph Verrier**, autor de la **Positio** de Adela, realiza la primera edición completa y anotada de las **Cartas** de Adela de Batz de Trenquelléon, en dos volúmenes. A partir de esta publicación, surgen las traducciones (al español, por Eduardo Benlloch, en el SPM, dos volúmenes en 1995 y 2002).

La primera biografía en lengua inglesa la escribió **Joseph Stefanelli**. *Adela. Biografía de Adela de Batz de Trenquelléon*. Dayton. 1989 (traducción española: Adela, Madrid, SPM, 2022). Es la primera biografía que se escribe desde la Positio y con todas las cartas publicadas.

Más reciente en castellano se ha editado una biografía novelada: E. BENLLOCH, *El don de la amistad*. Madrid, PPC, 1999;

En italiano FRANCA ZONTA publicó *La herencia de Adela de Batz de Trenquelléon*, que relata la historia de las Hijas de María Inmaculada tras la muerte de la fundadora (traducción española: Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2004).

## **2. Reseña biográfica sobre María José de Casteras, tomada de *Compañeras de Adela*, de Joseph Stefanelli**

### **14.- Sor María José (Francisca Isabel de Casteras). 3ª Superiora general del Instituto**

Nació Isabel el 7 de junio de 1798 en la propiedad paterna de Bétricot, cerca de Trenquelléon. Siendo muy pequeña, sus padres, el marqués y Juana Gabriela de Casteras (la madre era hermana de la baronesa), hicieron un "largo y peligroso" viaje. Dejaron la educación de la pequeña Isabel en manos de la señora Seignan, hermana del marqués y religiosa, recientemente forzada a salir de su monasterio en Prouillan, donde había sido maestra de novicias. (Era el mismo monasterio donde dos de las hermanas del barón habían sufrido el mismo destino). (1)

A la muerte de su madre, Isabel y su hermana pequeña, Clara fueron adoptadas por la baronesa. Iban al internado de Prouillan, dirigido por las tías de Adela y pasaban las vacaciones en Trenquelléon. Murió también su padre y, al terminar sus estudios, se quedó en el castillo. Allí ayudaba a Adela en las distintas tareas de celo y caridad y, cuando Adela se marchó para fundar la nueva comunidad, se encargó de seguir haciéndolas. (2)

Por aquel entonces, Isabel no sentía atracción alguna hacia la vida religiosa. Es más, intentó protegerse de una eventual vocación diciendo a la baronesa que la sometiera a un largo período de prueba, en el caso de que quisiera entrar en el convento. Poco después, cuando cumplió veintiún años, pasó por un periodo de profundas dificultades espirituales, llena de escrúpulos, pensando que se iba a condenar. Por desgracia su confesor no tenía experiencia en estos casos y sus consejos empeoraron la situación. Una mañana, en un arrebato, se escapó del castillo y se marchó a Agen, al Refugio, en busca de paz y serenidad. (3)

Tras hacer un retiro bajo la dirección del padre Mouran, se confesó con un hombre sabio y santo, que le había recomendado el padre Mouran. Entonces se dio cuenta de que estaba llamada a la vida religiosa. Sin embargo, la baronesa, que le había tomado la palabra, le impuso una prueba de dos años antes de concederle el permiso para entrar en el convento. Mientras tanto, Isabel adoptó el nombre de María José y continuó visitando la comunidad del Refugio. (4)

Adela lamentaba que su prima tuviera que esperar todo este tiempo de prueba y confiaba en que el padre Chaminade hiciera algo para conseguir que la baronesa cambiara de opinión. Isabel, que ahora estaba segura de su vocación, empezaba a inquietarse. Adela tenía la esperanza de que pudiera entrar antes del traslado a los Agustinos y prometió a sor Teresa que enviaría a María José a Tonneins cuando entrara en el convento. De hecho, ingresó seis meses antes del traslado y cuatro meses después que su hermana pequeña, Clara, hubiera dejado el convento el 29 de abril de 1821. (5)

Adela estaba muy contenta de tener a Isabel a su lado; decía que su vocación era un consuelo para ella. Isabel inició su noviciado el 7 de noviembre. En una carta dirigida al señor de Lacaussade en junio de 1822, prometía Adela enviar una novicia muy cualificada a Tonneins para prestar su ayuda en la enfermedad de Teresa. Esta novicia era sin duda Isabel, aunque no la nombra expresamente. (6)

Poco más tarde, el padre Chaminade escribió a Adela comentándole un suceso referente a Isabel que había tenido lugar días antes. Su abuela le había enviado cien francos, que el convento había utilizado sin consultarle primero. Si esto se hacía para probar a la hermana, había dado resultado, ya que lo había aceptado muy bien. Sin embargo, él prefería que las hermanas recibieran individualmente cualquier cosa que les fuera enviada y que el dinero se utilizara teniendo en cuenta sus deseos. De esta forma podrían desarrollar una mayor virtud y manifestar más claramente cuáles eran sus disposiciones interiores en materia de pobreza. (7). El 21 de noviembre de 1822, Isabel y otras cinco novicias emitieron sus primeros votos en una ceremonia presidida por el padre Laumont. Adela escribió a Melania Figarol que el fervor y el valor de las jóvenes hermanas eran ejemplares. Poco después, sor María José fue enviada a Tonneins, donde además de realizar otras tareas de celo, impartía enseñanzas religiosas a la comunidad. A la muerte de sor Teresa y con el nombramiento de sor Sagrado Corazón como nueva superiora, sor María José fue nombrada Jefe de Celo de la comunidad. (8). En diciembre de 1823, un mes después de la muerte de sor Teresa, Adela daba instrucciones a sor María José acerca de la admisión y despido de candidatas. En Tonneins, lo mismo que en Agen, a las candidatas no aptas, especialmente a aquellas que tenían problemas físicos, no se les despedía a tiempo. Adela insistía en que esa política debía cambiar, igual que se estaba haciendo en el noviciado de la Compañía de María; en caso contrario, habría más dificultades a la hora de aceptar nuevas candidatas. "El bien común debe prevalecer

sobre el particular." Su trabajo consistía en tratar de formar santas; no debía prescindirse ni del hacha ni del martillo ni del cincel cuando fuera necesario. (9)

Adela enviaba fielmente a sor María José su renta habitual y ésta podía sugerir el uso que debía hacerse del dinero. Una de las cartas enviadas a sor María José, iba empaquetada junto con otras cartas del padre Caillet, dirigidas a sor Teresa, que Adela devolvió al convento de Tonneins. Sor María José informaba a Adela acerca de las candidatas recibidas en el convento de Tonneins antes de enviarlas a Agen para hacer su noviciado. (10). Tras la decisión de trasladar el noviciado a Burdeos, se eligió a sor María José como superiora de la casa y a sor Luis Gonzaga como maestra de novicias. En julio de 1824, sor María José había vuelto a Agen desde Tonneins para hacer su retiro bajo la dirección de sor Luis Gonzaga; el día catorce emitió sus votos perpetuos. Al día siguiente, el grupo fundador partía de Condom, acompañado por el padre Chaminade y Adela. A su paso por Agen recogieron a sor María José y continuaron su camino hasta Tonneins. El 25 de julio, sor María José llevaba su nueva comunidad hasta Burdeos, llegando al día siguiente, tras hacer una parada en Marmade. Sor María José pudo así tomar posesión como superiora. Mientras tanto, los obreros hacían los últimos arreglos en el edificio. (11)

Poco después de su vuelta a Agen, Adela escribía a sor María José pidiéndole que le enviara una copia del *Petit Institut*, ya que no había ninguno disponible en los Agustinos. También le informó de la enfermedad de su abuela común, la condesa de Peyronnencq. Aunque su salud había mejorado algo, había indicios de parálisis en una pierna. Además se desesperaba y mostraba un miedo terrible al infierno. Adela pidió a todas las hermanas que rezaran por ella. También le comentó su consternación por la reciente decisión del padre Chaminade: debido a su enfermedad, Adela no podría dar más conferencias a las hermanas ni conceder entrevistas personales. Ella confesó a sor María José que si el padre Chaminade se ablandaba un poco, prometía hablar poco y escuchar mucho (12)

Adela se mantenía en contacto con sor María José, no sólo enviándole noticias familiares y aconsejándola sobre distintos trabajos, sino también mandándole cartas para todas las novicias, alentándolas a que apreciaran más su vocación y fueran más fieles a ella. Y, como sor María José estaba "en la fuente misma" del espíritu religioso de las novicias, como decía Adela le transmitía los consejos y opiniones del padre Chaminade acerca de la admisión de candidatas. Mientras tanto, en Burdeos, sor María José seguía en contacto con el padre Mouran, quien le había sido de gran ayuda antes de entrar en el convento. (13)

En agosto de 1825, sor Luis Gonzaga fue trasladada a Condom para ocupar el cargo de Jefe de Celo y sor María José pasó a ser maestra de novicias y superiora de la casa de Burdeos. Sor María José insistía mucho a las novicias en que practicasen la cortesía, algo que tanto ella como Adela consideraban de gran ayuda para ser caritativas. Adela la mantenía informada de las postulantes que le enviaría a Burdeos y sor María José, a su vez, comunicaba a Adela los planes de trasladar a Agen a las recién profesas. En una ocasión, sor María José insistió al padre Chaminade para que diera permiso a un grupo de éstas recién profesas para que se detuvieran en Tonneins. Pero no obtuvieron tal permiso, porque pasarían por allí a las tres de la madrugada. Una vez que la pequeña protegida, Melania, fue recibida en el convento para apartarle de un futuro incierto, Adela escribió a sor María José que pidiera opinión y consejo al padre Chaminade sobre lo que debía hacerse. (14)

Cuando el padre Chaminade preparaba el personal para la nueva fundación de Arbois, en octubre de 1826, informó a David Monier que sor María José debía ser la superiora. Los miembros de la nueva comunidad se reunieron en Burdeos e hicieron un retiro bajo la dirección del padre Caillet. Adela también acudió, y dio una serie de charlas a las hermanas acerca de la belleza de su vocación, animándolas a una mayor caridad y fidelidad entre ellas. (15). El domingo, 29 de octubre, después de una misa y comunión tempranas, el padre Chaminade bendijo al grupo de nueve profesas y dos novicias, que se pusieron en camino a las seis de la mañana. Les costó tres semanas llegar a su destino, a unos ochocientos kilómetros de distancia. Agotadas y sin dinero, se instalaron en el nuevo convento tan pronto como les fue posible. Aunque las hermanas llegaron a Arbois el 18 de noviembre, en Agen no tuvieron noticias de su viaje hasta primeros de diciembre. Sor María José no se encontraba bien, pero en principio no parecía nada grave. (16)

Sin embargo, el estado de salud de la superiora empeoró muchísimo; tenía fuertes dolores de cabeza y una fiebre muy alta. El 6 de diciembre, el médico le diagnosticó un tifus agudo, que puso en pocas horas a sor María José a las puertas de la muerte. Una de las hermanas envió a Adela el siguiente mensaje: "Cuando reciba esta carta, probablemente estaremos huérfanas" y pedía que les enviara cuanto antes una nueva superiora. Las hermanas del hospital de Arbois, se turnaban para atender a la enferma (sus propias hermanas estaban abrumadas por el trabajo y la tristeza). Las hermanas de los demás conventos ofrecían oraciones y sacrificios por su recuperación. (17). En Arbois quedaba muy poca esperanza. Sor María José parecía muerta.

Los médicos le pasaron una linterna por los ojos, sin que la enferma respondiera positivamente a la prueba. De repente, aparecieron pequeños indicios de mejoría. Pronto sor María José estuvo fuera de peligro y Adela pudo dar la buena noticia a los demás conventos.(18)

Tras la muerte de Adela, sor María José desempeñó un importante papel en el Instituto. Elegida en 1846 Asistente General, insistió mucho en que todas las casas tuvieran unos Anales detallados acerca de sus actividades. Reunió toda la información que pudo sobre Adela y le puso como título *Mémoires pour servir a la vie de mademoiselle Adèle de Trenquelléon fondatrice et première supérieure de l' institut des filles de Marie*. Fue elegida Superiora General del Instituto en 1856 y siguió muy de cerca la biografía de Pradié sobre Adela, que se basó ampliamente en sus *Mémoires*. Salió reelegida en 1866 y durante este segundo período, las Hijas de María y la Compañía de María se separaron canónicamente. Sor María José murió el 17 de junio de 1874 [en Lons-Le-Saunier]. Tenía setenta y seis años. [Sus restos fueron trasladados a la casa madre de las Hijas de María, en Agen].

Para una biografía más extensa:

**Marie Luce Baillet fmi. “Ensancha el espacio de tu tienda. Madre María José de Casteras”, Madrid, SPM, 2015**

#### NOTAS:

- (1) ESC.003-009.
- (2) ABT.vol.2.p.594.
- (3) ESC.023-024.
- (4) ESC.025.
- (5) ABT.336;374;379;404;409;431.
- (6) ABT.435;471.
- (7) GJC.211.
- (8) ABT.477;485;486;494.nota.
- (9) ABT.494.
- (10) ABT.497;498;499;503;507;513.
- (11) ABT.514;516;522;GJC304;ESC.031.POS.553.MEM.
- (12) ABT.523.
- (13) ABT.535;536;540;560;570.
- (14) ABT.597;627;628;631;643;685.
- (15) GJC.414;ESC.040-041.
- (16) ESC.043-045;ABT.696.
- (17) ESC.048-049;ABT.701;702;703.
- (18) ABT.703.
- (19) ROU.683ss;ESC.100, 2ª parte.

#### SIGLAS

- ABT: *Lettres de Adèle de Batz de Trenquelléon*, 2 tomos, Roma, Filles de Marie Immaculée, 1985. Se cita el número de la carta. (Traducción española. Adela de Batz, *Cartas*, Madrid, SPM, 1995-2002)
- ESC: Anónimo *Mère Marie-Joseph [Elisa] de Seignan de Casteras*, manuscrito, copia, Archivo de las Hijas de María Inmaculada, San Antonio, Texas. Se citan las páginas.
- ROU: Henri Rousseau, *Adèle de Trenquelléon*, Paris, Beauchesne, 1921. Se citan las páginas. (Traducción española. Adela de Batz de Trenquelléon, Madrid, 1921)
- GJC: Guillaume-Joseph Chaminade, *Lettres*, Nivelles (Bélgica), 1930. Se cita el número de la carta, incluyendo las cartas, o párrafos S del tomo 8º: *Suppléments et Nouvelles Acquisitions*. (Traducción española, *Cartas*, Vol 1, Madrid, SPM, 2010).

**MARÍA JOSÉ DE CASTERAS**

**MEMORIAS SOBRE LA VIDA DE ADELA**

**Sacra Congregatio pro Causis sanctorum  
Beatificationis et Canonizationis  
Servae Dei  
Adelaidis de Batz de Trenquelléon**

**POSITIO SUPER INTRODUCTIONE CAUSAE ET VIRTUTIBUS  
1974**

**Doc. XVI. Las Memorias y sus anexos**

Texto de la Positio y notas a pie de página: Joseph Verrier.  
El traductor y editor, Enrique Aguilera, añade sus notas [entre corchetes].

Los Archivos generales de las Hijas de María Inmaculada (AGFMI) conservan el manuscrito que aparentemente sirvió al P.Juan Bautista Lalanne, para componer la *Reseña* que hizo insertar en 1859, en el *Diccionario de las órdenes religiosas* (colección Migne), sobre las «Hijas de María; y a Dom Pradie OSB, para escribir la primera biografía extensa de la Sierva de Dios, Adela de Batz de Trenquelléon.

Con las cartas de la Sierva de Dios, este documento llamado tradicionalmente en abreviatura, *Memorias de la Madre María José de Casteras*, es una de las fuentes esenciales de lo que nosotros conocemos hoy, sobre la vida y las virtudes de la Madre María de la Concepción, fundadora y primera superiora general de las Hijas de María. Por ello merece una atención particular.

Como introducción a su lectura diremos sucesivamente: primero, lo que es el documento mismo; segundo, lo que nosotros sabemos de la autora; tercero, qué sentido conviene dar al título; cuarto, cómo se ha compuesto el trabajo; quinto, a qué fecha remonta la redacción; sexto, en qué fuentes ha investigado la autora; séptimo, cuál es su objetividad; y octavo, cuáles son las cualidades y los defectos de su trabajo.

## 1.- El documento

a) *Descripción*. Constituido por un cuaderno escolar, de 17x 22, con una cubierta de cartón pero estropeada, el documento está escrito legiblemente por dos manos, actualmente desconocidas, en cursiva inglesa para el texto, en redonda para los títulos. Cuenta con 127 páginas. Las correcciones y anotaciones, poco numerosas, a pie de página o en los márgenes, son de la mano de la Madre María José de Casteras.

b) *El título y los subtítulos*. Encabezando la primera página, el título principal está escrito así: *Mémoires pour servir à la Vie de Mademoiselle Adèle de Trenquelléon, Fondatrice et première supérieure de l'Institut des Filles de Marie (Memorias para [al servicio de, escribir] una Biografía de la señorita Adela de Trenquelléon, Fundadora y superiora de las Hijas de María)*. El texto comienza inmediatamente debajo del título sin otra indicación inicial. En la página 59 se lee un título secundario concebido de esta manera: *Continuation des mémoires de la vie de notre Mère Fondatrice (Continuación de las memorias de la vida de nuestra Madre Fundadora)*. En el encabezamiento de la página 95 aparece otro título: *3<sup>eme</sup> partie /Vertus de m.lle de Batz de Trenquelléon (3<sup>a</sup> parte /virtudes de la señorita de Batz de Trenquelléon)*.

c) *División y contenido*. Así fraccionado, el trabajo se divide en tres partes desiguales, de las cuales, las dos primeras no presentan ningún subtítulo. La primera, de la página 1 a la página 59, cuenta la vida de la Sierva de Dios en orden cronológico, desde su nacimiento hasta la partida de Trenquelléon para el convento [de Agen]. La segunda, de la página 59 a la página 94, sigue [la vida de] María de la Concepción desde el 25 de mayo de 1816 hasta su muerte. Se ve que las dos primeras partes, forman conjuntamente un ensayo biográfico de la Sierva de Dios. En la tercera parte, de la página 95 a la página 126, las virtudes destacadas de la fundadora están ilustradas por hechos en el orden siguiente: Fe, Humildad, Pobreza, Mortificación, Paciencia, Regla, Caridad. Un prefacio de dos frases en diez líneas está en paralelo, fuera de paginación, al título principal; en la página 95, diez líneas introductorias al conjunto de las virtudes no se destacan del artículo consagrado a la Fe y forman el primer párrafo; la palabra «Fin» está escrita sobre la octava línea de la página 126 y las 13 primeras líneas de la página 127, bajo el título impropio de *notice* (noticia) no son más que una nota relativa a la opinión de la Sierva de Dios sobre la enseñanza de la gente del campo, objeto de la Tercera Orden de Auch. El resto del cuaderno, con una nueva paginación de la 1 a las 147, está consagrado a la copia de las cartas o de extractos de cartas escritas por la Sierva de Dios, desde 1824 hasta su muerte.

d) *Los anexos*. Bajo la misma cubierta de las Memorias, se encuentran dos cuadernos independientes. El primero contiene dos reseñas biográficas de religiosas fallecidas en vida de la sierva de Dios: Madre Teresa Yannasch (páginas 1 a 16) y Madre Teresa de San Agustín Degers (pp. 17 a 19) y finalmente el texto de las dos primeras cartas que el P.Chaminade escribió a la Sierva de Dios. La escritura de este cuaderno es legible, pero mucho menos marcada que la de las *Memorias*. Algunas palabras escritas por la madre María José de Casteras antes del texto de la noticias y antes de las cartas del P.Chaminade, presentan el contenido del cuaderno como un suplemento de las *Memorias*. El segundo cuaderno contiene las cartas que Dom Pradie publicó a continuación de la *Vida* de la madre de Trenquelléon.

## 2.- La autora

El nombre de la autora no figura en ninguna parte del manuscrito que acabamos de describir, pero se ha sabido siempre en la Congregación de las Hijas de María Inmaculada, que era obra de la Madre María José de Casteras: «Mientras ella ejercía las funciones de primera asistente, escribe H. Rousseau, había usado de su autoridad para pedir a las hermanas, recoger y transmitirle exactamente todo lo que ellas recordaran, de los hechos y de las virtudes de su madre fundadora; después ella se había puesto a buscar los escritos y las cartas que se habían conservado [de la fundadora]. Ella misma redactó los recuerdos de su infancia y de su juventud, con los cuales Adela de Trenquelléon estaba íntimamente mezclada. Estos diversos materiales fueron juntados y coordinados en un trabajo único que lleva este título: *Memorias para servir a la Vida [biografía] de la señorita Adela de Trenquelléon fundadora y primera superiora del Instituto de las Hijas de María*»<sup>1</sup>. Basta pues decir aquí, quién ha sido la Madre María José de Casteras y cuáles fueron sus intenciones al redactar el trabajo.

a) *Nota biográfica*. María José de Casteras<sup>2</sup> era por su madre, prima hermana de la Sierva de Dios. Nació en el Castillo de Bétricot parroquia de Mourède (Gers)<sup>3</sup> el 7 de junio de 1798, de Bertrand de Casteras de Seignan y de Gabrielle de Peyronencq de Saint-Chamarand. Bautizada con los nombres de Françoise-Elisabeth, perdió a su madre a la edad de siete años, (5 de octubre de 1805) y desde esa fecha, fue de alguna manera adoptada por la baronesa de Trenquelléon. Cuando Elisabeth vivía interna en Condom junto a sus tías, las señoritas de Trenquelléon, la baronesa la acogía en el castillo durante los periodos de vacaciones y allí recibió su educación, una vez terminada la estancia en Condom, tras la muerte de su padre.

Elisabeth (Isabel) de Casteras compartió allí estrechamente la vida de su prima Adela, que la asoció a sus obras de caridad y de apostolado religioso. Cuando la Sierva de Dios dejó Trenquelléon para ir a fundar en Agen el Instituto de las Hijas de María, ella la reemplazó en el trabajo con los niños y los pobres, durante cinco años y después entró en el convento de la calle Agustinos el 29 de abril de 1822. Tomó el hábito el 7 de octubre siguiente, emitió sus votos temporales el 21 de noviembre de 1822 y en diciembre del mismo año fue enviada al convento de Tonneins para remplazar a la Madre Teresa Yannasch, que ya muy fatigada, murió el año siguiente el 3 de noviembre. Siendo ya profesa definitiva, el 14 de julio de 1824 fue nombrada primera superiora del noviciado, que se abrió trece días después en Burdeos.

A partir de ese momento no cesó de asumir responsabilidades cada vez más importantes. En 1826 se le confió la fundación del convento de Arbois, donde estuvo a punto de morir por una fiebre tifoidea, justo en el momento de su llegada y donde conoció la noticia de la muerte de la Sierva de Dios. En 1846 después de veinte años de una actividad, que había hecho de la casa de Arbois el convento más vivo y más radiante del Instituto, se convirtió en la asistente

<sup>1</sup> Cf. H. Rousseau, Adèle de Trenquelléon, p.685.

<sup>2</sup> Salvo indicación contraria, para hablar de Madre María José de Casteras, nos referimos [bibliográficamente] a: *Madre María José de Seignan de Casteras, tercera superiora general de la congregación de Hijas de María Inmaculada*, Madrid, 1951. Sobre el autor de esta biografía, cf. Doc XV, nº 39. Señalamos, llegado el caso, las rectificaciones que nos sugieren otras fuentes.

<sup>3</sup> Y no de Jegun (Gers), como indica la fuente citada más arriba, nº 2: Cf acta de nacimiento establecida en el ayuntamiento de Mourède y extracto del registro del estado civil (ADGE: *Mourède, naissances, an VI*).

de la Superiora general<sup>4</sup>, madre San Vicente, a la cual diez años más tarde, el 19 de octubre de 1856, el Capítulo General del Instituto la llamó a sucederla, por 27 sufragios sobre 30. Reelegida por casi unanimidad el quince de septiembre de 1866, murió en el cargo, en Lons-le-Saunier, en el curso de una visita, el 17 de junio de 1874.

Dejó en el Instituto y en el espíritu de aquellos que la habían conocido, el recuerdo de una persona inteligente, cultivada, enérgica y firme; muy sobrenatural y muy humana al mismo tiempo, trabajadora y sabia a la vez, preocupada de hacer observar la Regla, pero también de respetar la personalidad de cada religiosa y de formar firmes individualidades para trabajar de una manera intrépida en lo que ha sido el fin y la alegría de su vida, la multiplicación de los cristianos.

b) *Las intenciones de la Madre María José*. Mujer de inteligencia y a la vez de corazón, la Madre María José no tenía un interés literario. Escribiendo las memorias, no se preocupaba de unir su nombre a una obra histórica. Su fin era esencialmente práctico, se proponía únicamente juntar los materiales, con vistas de hacer posible la presentación a las religiosas, de aquella que habían conocido y seguido y que habían visto como *una heroína de la piedad cristiana*<sup>5</sup>, escogida por Dios en un momento providencial, *para ser la piedra fundamental de una sociedad religiosa, cuyo fin especial era trabajar por la salvación de las almas*. Sabía que el ejemplo de su fundadora ayudaría a sus hijas más que todas las exhortaciones. Además, era preciso que la imagen del modelo fuera auténtica y creíble. ¿Cómo lo sería si los testimonios de aquellas que habían vivido con la Madre María de la Concepción, no eran recogidos a tiempo y conservados hasta el día en que se encontrara el obrero capaz de ponerla por obra? En su pensamiento hacía un trabajo preliminar preparatorio y no siendo una especialista, una documentalista profesional, trabajaba con su buen sentido y las ideas de su medio, no pensando más que en la edificación fundada sobre la verdad. Despreocupada de precisiones inútiles o extrañas a sus fines, coleccionaba los hechos que tenía por verdaderos con toda sinceridad y toda sencillez.

### 3.- El sentido del título “Memorias”

El trabajo de la Madre María José de Casteras lleva por título en la primera página: «Memorias para servir a la vida [biografía] de la señorita Adela de Trenquelléon, fundadora y primera superiora del Instituto de las Hijas de María». La palabra *Memorias* no tiene aquí el sentido que toma cuando se habla de las memorias de W.Churchill o del general Ch.de Gaulle, por ejemplo. No se refiere propiamente hablando, a una narración de sucesos de los cuales el autor ha sido testigo y en los que ha intervenido. Tiene un sentido más amplio, el que menciona E.Littré en su *Diccionario de la Lengua Francesa*: “Relación de hechos particulares para servir a la historia”. La madre de María José con razón le da dos veces por sinónimo, la palabra “materiales”, en la advertencia que ella ha colocado en cabeza de sus dos reseñas bibliográficas. El P.Chaminade la había ya empleado en el mismo sentido, cuando el 16 de

<sup>4</sup> Fue llamada a esta responsabilidad por una decisión de la Administración general del Instituto, tras una reunión en Agen, en 1846, de todas las superioras del Instituto (Cf. *Annales de la maison d’Agen*, année 1846, AGFMI), y no por un capítulo general tal como se lee en la fuente indicada *supra*, nº 2. La elección de la administración general fue ratificada por el Capítulo general de 1847.

<sup>5</sup> Expresión empleada por la autora en el *Prólogo* de las *Memorias*.

noviembre de 1830, en el dossier constituido para publicar una biografía de la Sierva de Dios había escrito: *No se ha hecho nada. Siempre tengo las memorias en mi mano*<sup>6</sup>. Entre lo que el P.Chaminade tenía “en su mano” y lo que la madre María José nos ha dejado, hay sin embargo una diferencia: esta tenía diversos documentos distintos, y muchas notas provenían de diversas personas que le habían remitido cada una su pequeña “memoria”. Fundiendo toda su documentación en un relato seguido ordenado y homogéneo en vista a una utilización posterior, ella propiamente hablando, ha compuesto “*su Memoria*”. El “singular” hubiera convenido mejor a su título, pero puede que ella haya preferido el plural, para dejar entender que la multiplicidad de los testimonios subsistía en su compilación.

#### 4.- La composición

Efectivamente, más que una obra personal, las *Memorias* tienen el carácter de una compilación, de una reunión de datos que tienen orígenes diversos. La autora está movida por una idea: la Madre María de la Concepción es el modelo, que cada hija de María debe tener sin cesar ante los ojos, para trabajar en su perfección. Como el reportero que busca indicios sobre un hecho o un suceso, no se atiene a sus propias constataciones o sus propios recuerdos. Se atiene a diversos testigos y testimonios que recoge y los utiliza incorporándolos en su testimonio personal. El procedimiento es menos visible en las partes biográficas donde la Madre María José ha tenido sobre todo que recurrir a fuentes orales y a su propia experiencia, pero aparece en toda su nitidez en el curso de la tercera parte, donde después de habernos advertido que algunos de los recuerdos dejados por la piadosa fundadora *han sido trazados sobre el papel* y van a ser juntados para establecer *el panel* de sus virtudes, la autora cede la palabra a sus informadoras y cita sus notas en largos extractos. Por otra parte no habiendo recurrido a la historia mas que por fines morales, la Madre María José comenta los hechos con el fin de subrayar el carácter ejemplar y el retrato práctico. La historia, en ella engendra y sostiene la moral.

#### 5.- Fecha de las Memorias

Es imposible fijar con precisión la fecha en la que la madre María José comenzó la compilación de las memorias y menos, establecer el momento en que fueron concluidas. Algunas consideraciones permiten sin embargo indicar con verosimilitud uno u otro punto.

a) Los benedictinos no estuvieron en Acey más que de 1853 a 1857<sup>7</sup>. No parece entonces que la madre María José haya tratado entonces con dom Pradié<sup>8</sup> de la publicación que este soñaba hacer. Por los informes de los consejos que ella presidió, sabemos en efecto, que según el consejo dado en julio de 1857 por el padre Caillet, se dirigió a la superiora de la Sagrada Familia de Villafranche para informarse de cómo y en qué condiciones había sido publicada la biografía de Santa Emilia de Rodat. Supo así que la superiora había escrito a L.Veuillot y que este, tras conocer la documentación, se había encargado del trabajo, pero que obligado a ir a Roma, había sido sustituido por L.Aubineau. Entonces, en enero de 1858,

<sup>6</sup> Chaminade, *Cartas* 560.

<sup>7</sup> BLANCHOT (abbé Ch.), *Histoire de Notre-Dame d'Acey*, Besançon 1898, p. 226.

<sup>8</sup> Cf. Doc XIX, A, 1.

la madre María José advierte a su consejo, que deseando las hermanas la publicación de la vida de su fundadora, va a escribir a Veuillot. Ignoramos las respuestas del escritor y el desarrollo de las negociaciones con la abadía de Ligugé. De las informaciones que poseemos creemos poder concluir por una parte, que las *Memorias* han podido ser acabadas lo más tarde en la primera mitad del año 1857, antes de la visita del Padre Caillet; por otra parte, que las Hijas de María no confiaron la publicación de la vida de su fundadora a la abadía de Ligugé antes de la mitad del año 1858.

b) La redacción del manuscrito de las *Memorias* tal como se ha conservado hasta hoy, no es anterior a 1847 porque en la primera parte se encuentra transcrito gran parte del artículo necrológico consagrado a la baronesa de Tranquelléon en el *Memorial Agenais* de jueves 19 de noviembre de 1846.

c) El manuscrito no parece haber sido terminado antes del fin de 1853, pues a propósito de la hermana San Francisco Arnaudel<sup>9</sup>, fallecida en Tonneins el 16 de julio de 1853, apunta que continúa su apostolado hasta su muerte.

d) El cuaderno complementario es naturalmente posterior a las *Memorias* propiamente dichas, pero muy poco después.

De estas indicaciones se puede concluir que las memorias han sido compuestas entre 1847 y 1857. Es precisamente la época en la que siendo asistente de la Madre General, la madre María José de Casteras estaba en las mejores condiciones para hacer este trabajo. A partir de 1857 se convierte en superiora general y tendrá todo su tiempo ocupado por la administración y las visitas de las comunidades.

## 6.- Las fuentes

La Madre María José no indica explícitamente sus fuentes, pero lo que nosotros sabemos de ella y un análisis metódico de las *Memorias* nos permiten decir que se resumen en tres: Su testimonio personal, las informaciones orales y los documentos escritos.

**a) Su testimonio personal.** La Madre María José entró en el castillo de Trenquelléon a la edad de siete años en 1805 y salvo el tiempo que pasó en el internado de Condom hasta 1813, vivió diariamente con la Sierva de Dios hasta el 25 de mayo de 1816. Se encontró con ella de nuevo en el convento de Agen durante su postulanteo y su noviciado, de abril de 1821 a diciembre de 1822. La ha vuelto a ver durante algunas semanas en 1824 en Agen y en Burdeos, en el momento de su profesión perpetua y en la apertura del noviciado. Se reencontró por última vez con ella durante algunos días en octubre de 1826, antes de partir para Arbois. Se escribió con Adela desde Tonneins, Burdeos y Arbois. Por este hecho, la madre María José tenía de la Sierva de Dios un conocimiento único. La había visto en la familia, en su actividad apostólica en Trenquelléon, en Feugarolles y en otros lugares. Había sido testigo de piadosos reencuentros de la Sierva de Dios y de sus amigas. Había asistido a

---

<sup>9</sup> Nacida el 3 de junio de 1782 en Penne (Lot-et-Garonne), religiosa fundadora del Instituto, el 25 de mayo de 1816, profesora definitiva el 25 de julio de 1817, fallecida en Tonneins el 16 de julio de 1853 (AGFMI, *Registre des professions*, p.1).

los preparativos de la marcha en mayo de 1816, en el último oficio en la parroquia y en la tarde de despedida. En el convento de Agen, sus ojos habían observado la conducta de la superiora en mil detalles de su vida, en el comedor, en la capilla, en la enfermería y en el recreo. Sus oídos habían escuchado recomendaciones, conferencias, conversaciones, e intervenciones de dirección. Cuando la volvió a ver en 1824 y en 1826, pudo darse cuenta de la debilidad de su salud, pero también del vigor de sus sentimientos religiosos, de su espíritu de abnegación y de su celo por los intereses de Dios. Por la correspondencia, había estado siempre en contacto con Adela<sup>10</sup>.

**b) Las informaciones orales.** Cuando María José habla de lo que no ha visto con sus propios ojos, es difícil decir si ella se apoya en informaciones orales o en notas escritas. Es el caso a lo largo de la vida de la sierva de Dios, antes de 1805, de 1816 a 1821 y de 1822 a 1828. En lo que concierne a Trenquelléon, la Revolución, España, la vuelta a Francia con la primera comunión en San Sebastián y la confirmación en Agen, se puede razonablemente pensar que sus informaciones fueron sobre todo orales. Incluso si la baronesa de Trenquelléon le remitió notas como ella había hecho sin duda con el P.Chaminade, la madre María José no debe haber leído nada en ellas que no hubiera oído antes contar, probablemente varias veces, en el castillo o en el internado de señoritas, sea por la baronesa, sea por sus hijos o por la señora de San-Julían<sup>11</sup>. Las imprecisiones de la *Memorias* sobre este periodo parecen acordarse mejor con una información oral que con una información escrita. Las informaciones obtenidas oralmente aparecen en el resto de la obra, pero en concurrencia, aparentemente, con las fuentes escritas.

**d) Los documentos escritos.** Se pueden clasificar los documentos escritos utilizados por la madre María José en tres categorías: las cartas, las notas proporcionadas por las religiosas, y otros.

**1.- Las cartas.** Madre María José disponía de gran parte de las cartas de la fundadora del Instituto de las Hijas de María. Un estudio atento de las *Memorias* muestra que la autora no se ha servido de ellas más que una sola vez en la revisión de las virtudes (Regla) y no en las partes biográficas<sup>12</sup>. Cita en parte la carta por la cual la baronesa, su tía, respondió a las condolencias del Padre Chaminade (Humildad) y si ella menciona de él algunas cartas no menciona más que el sentido. Sin decirlo explícitamente utiliza también las cartas de madre San Vicente para hacer el relato de los últimos días de la fundadora.

**2.- Las notas proporcionadas por las religiosas.** Son aquellas a las cuales hace alusión Madre María José en la advertencia que abre el retrato de las virtudes de la fundadora. Son en total poco numerosas y esto se explica: después de 1846, las religiosas que han conocido a Madre

<sup>10</sup> Cf. *Madre María José de Seignan de Casteras*, Madrid, 1951.

<sup>11</sup> Marie-Françoise-Elisabeth de Batz, que había vivido toda la Revolución en Trenquelléon (cf. Doc II). [Tía paterna de Adela. El barón tenía tres hermanas: Ana Angélica, Ana Carlota y María Francisca Isabel. Las dos primeras fueron dominicas en Prouillan y tras la disolución del convento se fueron a Condom, donde abrieron un internado de chicas; María Francisca Isabel, vivió en Trenquelléon durante la Revolución. Con Napoleón, se unió a sus hermanas en Condom].

<sup>12</sup> [Puede sorprender que María José de Casteras no se haya servido de las cartas para sus *Memorias*, siendo el epistolario una fuente biográfica tan importante. Como decía J.H.Newman, "la mejor historia es la publicación de la correspondencia". Pero se puede pensar que la aportación de la autora, su originalidad, no consiste en realizar una investigación basada en las fuentes escritas, sino en la experiencia personal y el contacto directo con los testigos (*su memoria*)].

María de la Concepción, que han vivido con ella, no son más que una decena y la más importante, la madre San Vicente, viviendo diariamente con la madre María José, le tuvo que procurar más enseñanzas orales que escritas. Los artículos sobre la *humildad, pobreza, mortificación y paciencia*, deben ciertamente mucho a las notas escritas de las antiguas pero la autora las ha utilizado sin decirlo de una manera formal. La conclusión es obvia en razón de la precisión de los hechos transmitidos y de la imposibilidad para madre María José de haberlos observado por ella misma. En el artículo *Caridad* por el contrario, aunque la cita implícita es todavía empleada, cede el paso en importancia a la citación explícita y formal, anunciada por fórmulas como: *una religiosa cuenta que... un día contó una religiosa... dejemos hablar a una de sus hijas...* Anotando el texto de las *Memorias*, hemos explicado lo que nos parece cita implícita y la que es cita explícita.

3.- *Otras fuentes escritas.* En las primeras páginas de la *Memorias*, madre María José cita implícitamente la mayor parte de un artículo necrológico que apareció en el periódico local, el *Memorial Agenais*, el 19 de noviembre de 1846, sobre la baronesa de Trenquelléon ya viuda. En la segunda sección de la parte biográfica da la palabra a la fundadora por medio de dos notas, de las que no tenemos los originales y que podrían ser fragmentos del [texto] "histórique" [la "Historia de la Congregación"] hoy perdido, que la Sierva de Dios había escrito para contar los orígenes y los primeros años del instituto. Estas son las únicas fuentes escritas que la autora de las *Memorias* parece haber utilizado, fuera de las notas testimoniales y de algunas cartas que hemos señalado. Se encontrará la indicación de estas diversas fuentes en las notas que hemos añadido a las *Memorias*.

## 7.- La objetividad de la autora

Madre María José no ha compuesto las *Memorias* para dejar una obra histórica propiamente dicha. Hemos tenido ocasión de subrayarlo: su trabajo es verdaderamente *su* memoria, su testimonio sobre la santidad de la Madre María de la Concepción. Ella se expresa en calidad de testigo y de este hecho, la objetividad que se tiene derecho de esperar y de exigir de ella, no es la objetividad de un historiador, sino la objetividad de un testigo, que manteniéndose sobre el terreno donde está llamado a testimoniar, no altera la verdad ni por omisión, ni por falsificación, ni por aseveraciones controvertidas. De esta manera es como aparece Madre María José. Las altas funciones que ella ha desempeñado durante cerca de treinta años en su Instituto, la confianza de la que ella siempre ha gozado, la estima en la que la tenían todos aquellos que la han conocido, hacen de ella un testigo de primera categoría. Ella admira las cualidades de la Sierva de Dios, dice las razones de su admiración, sin que ninguna de sus aseveraciones parezca estar inspirada por la pasión. No disimula que madre María de la Concepción, fundadora del Instituto de las Hijas de María, no había nacido perfecta. Reconoce en particular su vivacidad natural de carácter, que tuvo siempre que vigilar. Cuando ella se apoya en documentos escritos, modifica algunas veces las palabras del texto, bien sea que cite de memoria, bien sea que se cree autorizada a corregir una expresión para ser mejor comprendida de los lectores. Pero ella respeta íntegramente el pensamiento, como se puede uno dar cuenta, comparando el texto auténtico de la carta escrita por la baronesa de Trenquelléon al P.Chaminade el 20 de enero de 1828, con el texto reproducido en las *Memorias*. Por otra parte, Madre María José redactando su *memoria*, deseaba que fuera utilizada lo más pronto posible, y no se le escapaba que si su deseo se realizaba, muchas

religiosas pudieran juzgar su testimonio, e incluso la fidelidad con la cual habría sido leído o empleado. De hecho, cuando la *Vida* [la biografía escrita por Pradié] se publicó en 1861, no apareció ninguna crítica<sup>13</sup>.

## 8.- Defectos y cualidades de las Memorias

Las *Memorias* tienen los defectos y las cualidades de un testimonio.

a) *Defectos*. Las *Memorias* no tienen el acabado de una obra histórica propiamente dicha. Presentan lagunas sobre los períodos durante los cuales la misma autora no ha podido constatar los hechos “de visu”. Engloban indebidamente, en un lapso de tiempo demasiado corto, sucesos conocidos solamente por fuente oral e insuficientemente datados. Concentrando la luz sobre un personaje, iluminan mal o dejan totalmente en la sombra aquellos que lo han rodeado, que han evolucionado alrededor de él y han reaccionado sobre él, sin que el narrador lo sepa.

b) *Cualidades*. Las memorias son indudablemente sinceras, llenas de sencillez y desprovistas de toda exageración. Brotan de una persona competente, informada de lo que habla, preocupada por edificar y sin prejuicio ante la verdad.

## 9.- Conclusión y subrayados sobre nuestra publicación

Para la historia del Instituto, las *Memorias* son incompletas e insuficientes, pero son un documento de base. Para quien quiera conocer a la Madre María de la Concepción son un testimonio de primer valor e irremplazable. Así lo creemos a propósito de publicarlas integralmente, a excepción de los dos cuadernos que madre María José ha calificado de *suplemento*. Podremos así referirnos a nuestro texto para apreciar las biografías posteriores de la Sierva de Dios, que todos, en grados diversos, son tributarios de esta fuente. Indicamos entre corchetes la paginación del manuscrito [en esta traducción no lo indicamos]. Además de dos o tres casos que señalamos explícitamente, todas las notas son nuestras [salvo las que van entre corchetes, que son del traductor y editor en español]. Tienen por finalidad, sea corregir algunos errores de detalle o para indicar la concordancia con otros documentos, sea completar o explicar algunas frases demasiado poco claras para un lector medio, sea incluso para proporcionar algunas noticias sobre las personas citadas. La puntuación y la ortografía han sido modernizadas totalmente. A fin de facilitar la lectura del texto y dar rápidamente una visión de conjunto lo hemos distribuido con subtítulos, numerados del 1 al 28.

Joseph Verrier sm

---

<sup>13</sup> Muchas religiosas que conocieron a la fundadora vivían todavía en esa fecha. La de más edad parece haber sido María-Dositea Gatty, nacida el 28 septiembre 1788 en Agen. Postulante el 24 de mayo 1817, novicia el 26 julio 1817, profesora temporal el 30 abril 1818, definitiva el 6 septiembre 1820, fallecida el 10 de julio de 1871 (AGFMI, Registre des professions, p.63). Tenemos una sola crítica, de un sobrino de Adela: opina que la biografía ha exagerado el carácter vivo de la fundadora (Doc XX).

## Memorias para servir a la /vida/ de la señorita Adela de Trenquelléon fundadora y primera superiora del Instituto de las Hijas de María

### PRÓLOGO

La práctica de los consejos evangélicos es de tal manera inherente al cristianismo, que el Espíritu se ha escogido en todos los tiempos, almas destinadas a perpetuar su práctica. En la misma época en la que los principios revolucionarios socavaban a las congregaciones religiosas, Dios hizo nacer una heroína de la piedad cristiana, que destinaba a ser la piedra fundamental de una sociedad religiosa, cuyo fin especial sería trabajar por la salvación de las almas.

\*\*\*\*\*

#### 1.- Nacimiento de la Sierva de Dios. Virtudes de su padre y de su madre

Adela de Batz de Trenquelléon nació el 9 de julio de 1789<sup>14</sup> en el castillo de Trenquelléon, situado a dos leguas de Nerac<sup>15</sup>, departamento de Lot-et-Garonne, de una familia distinguida, que hacían sobre todo recomendables los principios de una fe viva y la práctica de las virtudes cristianas, especialmente la compasión hacia los pobres<sup>16</sup>. Su padre, antiguo paje de Luis XV<sup>17</sup> y después oficial de la guardia francesa<sup>18</sup>, era un gentilhombre lleno de honor, fiel servidor de su rey, al mismo tiempo que tierno padre, buen esposo y buen señor<sup>19</sup>. El señor de Trenquelléon tenía veinte años<sup>20</sup> cuando perdió a su padre. Siendo el mayor de la familia, considerado desde entonces como el padre de su hermano pequeño y de sus cuatro hermanas, si tuvo para ellos todo el afecto de un padre, recibió también las señales más tiernas de afecto y ellos tuvieron más tarde ocasión de probarlo<sup>21</sup>. El señor de Trenquelléon pasó su juventud en París y tenía el buen espíritu de no frecuentar más que la buena sociedad; en ella había adquirido formas finas y educadas. Nada más amable que su conversación. Tenía un aire de dignidad que le hacía respetable, pero que él sabía atemperar en las circunstancias. Los campesinos de los alrededores se acuerdan siempre de la afabilidad cercana, con la cual, desde que los veía, le tendía la mano, les pedía noticias de su familia y se interesaba por sus más pequeñas preocupaciones. Era para sus servidores como un buen

---

<sup>14</sup> Error. Aunque la lápida de la tumba de la Sierva de Dios fecha el 11 de julio, el registro de bautismos de Feugarolles dice 10 de junio; y en sus cartas, la Sierva de Dios celebra el 10 de junio como aniversario de su bautismo, que tuvo lugar, según el mismo registro bautismal, el mismo día de su nacimiento (cf. Doc I,3).

<sup>15</sup> Capital de distrito, antiguamente, capital del ducado de Albret.

<sup>16</sup> Característica tradicional del castillo de Trenquelléon, perpetuada hasta nuestro días. Cuando en 1968 murió la señora Bentzmann, sobrina nieta de la Sierva de Dios, todo el pueblo de Feugarolles rindió homenaje a su caridad, acompañándola a su última morada (Testimonio de sor María de San Juan Honoré FMI).

<sup>17</sup> Entró en la gran caballeriza del rey el 6 marzo 1769 (H.Rousseau, *Adèle*, p,712).

<sup>18</sup> 19 mayo 1771 (ibid); ANP, O<sup>1</sup> 954, p.38; BNP, Lc<sup>25</sup> 195.

<sup>19</sup> Cf. Doc I, *intr.* 3.

<sup>20</sup> Charles de Batz, baron de Trenquelléon, murió el 2 agosto 1779 (Doc I). Su hijo mayor tenía 25 años, pues nació el 25 de julio 1754.

<sup>21</sup> Sin duda, una alusión al periodo revolucionario (Doc I, *intr.*, 2).

padre y se ocupaba de su porvenir como si ellos fueran sus hijos. Había formado el proyecto de dotar a todas las jóvenes de servicio que salieran de su casa, con la corona sobre sus cabezas y este proyecto había comenzado a ejecutarlo<sup>22</sup>.

A estas cualidades morales, el señor de Trenquelléon añadía las virtudes que constituyen un buen cristiano. La Revolución Francesa le había quitado las ilusiones engañosas del mundo y había vuelto sus sentimientos hacia la religión. Su recogimiento en la oración anunciaba la vitalidad de su fe y todas nuestras grandes solemnidades las celebraba sentado en la mesa santa.

El Señor quiso probarle los últimos años de su vida por una parálisis, que dio lugar a admirar su paciencia y su resignación a la voluntad de Dios. Una santa muerte fue la recompensa.

La madre de nuestra piadosa fundadora, Úrsula de Peyronécq de Saint-Chamarand, de una noble y antigua familia de Rouergue, había recibido una educación no menos brillante que cristiana. Destacó desde muy pronto por la superioridad de su espíritu, por la excelencia de su corazón y sobre todo por una piedad dulce, iluminada y por la práctica de las virtudes más sólidas. Fue bajo los ojos maternales como se desarrolló la vida de la señorita de Peyronnencq, desde el momento de su nacimiento hasta el de su matrimonio, cuando ella fue a habitar al castillo de Trenquelléon. Allí conquistó pronto y sin esfuerzo la estima y la admiración general. Se la llamaba en la familia de su marido “la mujer fuerte”<sup>23</sup>. El señor de Trenquelléon tenía para su esposa una estima que rayaba en la veneración; la consideraba con una suerte de admiración, cuando siempre rodeada de sus domésticos, presidía con ellos la oración o una lectura religiosa. El barón invitaba a sus hermanas a considerar con él este espectáculo religioso: “Venid, les decía, venid a ver a mi mujer, es una santa”. Esta estima y esta veneración que ella supo merecer toda su vida, quedaron en la memoria de todos aquellos que la conocieron. Fueron imperecederos en el corazón de quienes gozaron de su beneficencia y su caridad y estos fueron numerosos.

He aquí un rasgo de la piedad sencilla de la señora de Trenquelléon. En una visita que fue a hacer a su madre, fue un domingo a la Eucaristía y vio mucha gente del campo adelantarse hacia el altar, a besar un relicario que presentaba el celebrante. La baronesa se adelantó y satisfizo su devoción. Observando lo que había hecho, algunos se rieron. Le dijeron que solo la gente del campo besa las reliquias pues es una devoción completamente popular. La baronesa le respondió “Nada me parece pequeño y bajo, cuando se trata de un acto religioso, de un homenaje hecho a Dios”.

He aquí otro acto de virtud, que es una suerte de heroísmo religioso. El jovencito de Trenquelléon, su hijo [Carlos Policarpo], fue enviado con quince años a París para continuar allí sus estudios bajo la supervisión de un virtuoso preceptor [Ducourneau]. Allí vivió durante cinco años y durante todo este tiempo, su piadosa madre no pudo verlo. Una vez que terminó la educación del joven barón, su padre fue a buscarlo. Se adivina la fiesta familiar que tuvo lugar en esta ocasión. Las virtuosas hermanas del barón de Trenquelléon, que todos los años

<sup>22</sup> Cf. La conducta de Lannelonge, antigua sirvienta, *in* Doc III, *intr*, 1.

<sup>23</sup> Fuente escrita: *Le Mémorial Agenais*, 19 noviembre 1846. Madre María José añade un rasgo que pudo escuchar en Condom de la boca de las hermanas del barón, o en Figeac, de labios de su abuela materna, la condesa de Peyronnencq.

iban a hacer una visita a su hermano, habían arreglado su viaje para encontrarse en el castillo cuando su sobrino llegara, a quien ellas querían tiernamente. Estaban todos reunidos en la capilla para el rezo del rosario, cuando se escuchó que el coche entraba en el patio. Inmediatamente todo el mundo se levantó y salió apresuradamente. Únicamente la señora de Trenquelléon se quedó en la capilla y continuaba en oración. Su ausencia produjo demasiado vacío para que quedara tanto tiempo desapercibida. Fue preciso arrancarla del pie del altar para conducirla a los brazos de su esposo y a los de su hijo queridísimo.

Como todas las mejores madres, como todos los santos, la señora de Trenquelléon tuvo una virtud favorita, una virtud que ella amaba y que practicaba con más heroísmo que todas las demás: era la entrega hacia los pobres, la caridad. No había un sufrimiento al cual ella no se mostrara sensible, ni una miseria, ni un dolor amargo que no intentara calmar o suavizar. Desde hace años podía disponer libremente de un dinero considerable y desde entonces encontró constantemente su felicidad en consagrarlo a las obras santas<sup>24</sup>.

La caridad de la señora de Trenquelléon era grande. Se extendía tan lejos y socorría tantas necesidades, que todas las limosnas de esta santa señora, no son conocidas más que por Aquel, que ha prometido no dejar sin recompensa un vaso de agua entregado en su nombre. Pero lo que muchas personas saben, es que siempre su mano izquierda ignoró lo que daba su mano derecha y es que ella daba siempre con alegría, porque dando el pan del cuerpo, ella quería también dar el pan del alma. Lo que era sabido y generalmente proclamado en nuestra región es que la señora de Trenquelléon *pasó sobre la tierra haciendo el bien* [Cf. Hech 10,37-38]. Ella lo hizo, se puede decir, hasta en los brazos de la muerte. Se aproximaba la hora suprema y no le quedaba más que un soplo de vida. En ese momento solemne donde el verdadero cristiano no tiene ya más atención para las cosas de aquí abajo, recordó las necesidades inmensas de tres pobres de los cuales ella había sido la benefactora. Entonces dejó su pensamiento dirigido a Dios y a su eternidad, para añadir esa preocupación hacia ellos, en el registro de buenas obras que debían sobrevivirla. Desde entonces, rodeada de su familia tiernamente amada, no quiso tener más pensamiento que para el cielo y después de algunas horas de agonía, se durmió tranquilamente en la paz del Señor, el 12 de noviembre de 1846<sup>25</sup>.

A su muerte no se encontró más que 5 francos en su bolsa y en su armario algunos vestidos usados. Su caridad la había despojado. Había conservado hasta el fin de su vida, el luto con el que se vistió a la muerte de su marido: Un vestido de lana, un sombrero y un velo de crepé componían todo su armario<sup>26</sup>.

La veneración que inspiraba esta respetable dama, atrajo en su funeral a una multitud considerable, que en el recogimiento más profundo, rodeaba su ataúd. Habían venido de todos los contornos. Sin embargo nada de oficial había sido preparado con pompa para esta

---

<sup>24</sup> El párrafo está tomado del *Mémorial Agenais*, 19 nov 1846, pero la autora ha remplazado almas por madres y ha suprimido el último miembro de la frase «à les répandre...pauvres...».

<sup>25</sup> Este párrafo está igualmente tomado del artículo necrológico del *Mémorial Agenais*; la autora reproduce libremente. Y añade la fecha, inexacta por un día. La muerte fue el 11 de noviembre y el entierro el 12.

<sup>26</sup> Este párrafo es de la autora. Los detalles que contiene les han podido llegar, por una carta del castillo o bien oralmente. El 18 noviembre 1846 se abrió en Agen un consejo extraordinario de superiores, en el que participó y donde fue elegida asistente general (cf. *supra*, nº 4).

fúnebre ceremonia, aparte de un pequeño número de personas, en favor de las cuales, el uso y las conveniencias reclamaban una invitación. Todos los demás, no habían sido llamados más que de boca en boca. Cada uno había sentido la urgencia de acudir, porque cada uno quería rendir homenaje a la virtud, a la piedad cristiana, de las cuales la señora de Trenquelléon fue, durante toda su vida, un perfecto modelo.

## 2.- Primeros años en Trenquelléon durante la Revolución

Fue a tan virtuosos padres a quienes la señorita de Trenquelléon debió su vida, pero apenas tenía un año<sup>27</sup> cuando ella se convirtió de alguna manera en una huérfana de padre: el señor barón de Trenquelléon respondiendo a la llamada de los hijos de Enrique IV, dejó Francia para ir a una tierra extranjera donde esperaba hacerse más útil a su rey, que quedándose en su patria. La señora de Trenquelléon, tiernamente unida a su esposo, no pudo encontrar más que en su piedad y en su gran coraje, las fuerzas para soportar una tan dura separación, que hacía todavía más penosa el tiempo tormentoso de la época, pues el carro revolucionario continuaba rápidamente su carrera, como un torrente impetuoso que arrastraba todo tras de sí. Se veían caer, con dolor y espanto, las más antiguas y las más respetables instituciones. Los santos principios, verdaderos conservadores de la sociedad y sobre todo de la sociedad cristiana, eran reemplazados por las ideas más peligrosas y más penosas. Se estaba rodeado de espías, todo se convirtió en un crimen a los ojos de los hombres sanguinarios que habían invadido el poder. Los amigos no se atrevían a verse, temiendo que las sencillas relaciones sociales, pudieran ser consideradas como consagradas a proyectos reaccionarios. Las gentes honestas se quedaban en su casa, muy dichosas de que allí se las dejara tranquilas. Nadie ignoraba esta ley de sospechosos, que hizo de Francia una inmensa prisión a la espera de que fuera cubierta de guillotinas<sup>28</sup>.

La señora de Trenquelléon, dotada de una fe viva y de una piedad sincera, supo dulcificar y utilizar su soledad, entregándose exclusivamente a la educación de su hija y de su hijo<sup>29</sup>, que no había visto el día más que después de la partida de su padre. La piadosa madre conocía toda la extensión de los deberes maternos y celosa de conservar a sus hijos el tesoro precioso de la inocencia, no quiso reposar sobre nadie, ninguno de los cuidados que reclamaban su joven edad. Ella misma sirvió de institutriz<sup>30</sup>. Era bajo los ojos de esta vigilante y tierna madre, como Adela y Carlos (nombres de los dos hijos) se entretenían. La madre no los perdía de vista.

A Adela le gustaban mucho los relatos históricos. La piadosa madre supo aprovechar la curiosidad de su hija para contarle las más bellas escenas del Antiguo Testamento. La hija escuchaba todo con el más vivo interés y a la edad de cuatro o cinco años conocía toda<sup>31</sup> la historia sagrada, sin haberla guardado mas que en su memoria. Un rasgo que vamos a citar

<sup>27</sup> El barón se marchó de Trenquelléon en noviembre 1791 (Doc II). La Sierva de Dios tenía entonces dos años y cinco meses.

<sup>28</sup> Este párrafo sobre la generalización de los juicios de la época del Terror (1793-94) parece reflejar lo que la autora ha podido escuchar durante su infancia.

<sup>29</sup> [Carlos Policarpo], nacido el 26 enero 1792.

<sup>30</sup> Hay que mencionar también a las dos tías de la Sierva de Dios, Catalina-Ana y Francisca-Isabel (Cf. Doc I).

<sup>31</sup> Indudablemente una exageración; mejor sería decir *muchos episodios* de la Historia sagrada.

dará una idea de su pequeña ciencia. Llegó el aviso de que un día irían al castillo de Trenquelléon a hacer un registro [policial] domiciliario, cosa que no era rara en ese momento. Una brigada de la Guardia Nacional de Nérac, llegó por la tarde. Todos los habitantes del castillo señores y servidores, fueron recluidos en una sala, con la prohibición de salir. Los funcionarios guardaban las puertas, mientras que otros registraban las habitaciones, llevándose lo que les interesaba. Llegó la noche y hubo que pasarla en dicha sala. La señora de Trequelléon obtuvo sin embargo el permiso de poder acostar a sus dos hijos. Le siguieron uno o dos funcionarios y se instalaron a la puerta de su habitación. La joven imaginación de Adela exaltándose a la vista de esta violenta expoliación, gritó con una suerte de indignación: *¡Pronto estaremos como el buen Job!* Esta reflexión en una niña de esa edad, extrañó fuertemente al oficial<sup>32</sup>.

Adela había nacido con un fondo de tierna compasión por los pobres. Sin embargo ella no pudo dar pronto señales efectivas, pues la mayor parte de los bienes de la señora de Trenquelléon habían sido confiscados. Lo poco que disponía la familia, estaba consagrado a el mantenimiento de la casa y las necesidades comunes y generales de los que habitaban en el castillo<sup>33</sup>. La señora de Trenquelléon había tenido que vender su ropa, para poder mantener a sus hijos<sup>34</sup>. Se comprende pues que la joven Adela no disponía más que una pequeña bolsa y no podía seguir el impulso de su corazón. Sin embargo, una tía de Adela había enviado desde París 200 francos. Era una fortuna para ese momento, pero la piadosa madre, olvidando sus necesidades personales y las de sus hijos, para no ocuparse más que del cuidado de atraer sobre su hija las bendiciones del cielo, ofreciendo a Dios las primicias de su dinero, dijo: *Hija mía, tu tía te envía doscientos francos y aquí los tienes. En las prisiones de Nerac hay pobres prisioneros españoles sin vestidos y sin abrigo ¿no te gustaría dar una pequeña parte de esta suma para aliviarles y el resto sería para ti?* La respuesta de la niña de cuatro años fue esta: *Dáselo todo mamá, dáselo todo*. La señora del Trenquelléon aceptó gustosamente los deseos de su hija. Ella atribuyó más tarde las gracias de las que Dios la había colmado a esta buena obra<sup>35</sup>. ¿No merecía también la madre un tributo de admiración, pues en el despojo en el que ella se encontraba, parecía mejor que la prudencia le hubiera señalado otro uso al dinero?

Pero la modestia de esta virtuosa mujer, escondía toda la parte que ya tenía de mérito en esta acción. Es todavía en esta edad de la más tierna infancia, como la joven Adela, viendo un vestido nuevo que le habían comprado, en lugar de alegrarse como hacen los niños, se

---

<sup>32</sup> El registro domiciliario está atestiguado por los ADLG (cf, Doc II, 1,b). Tuvo lugar el 23 abril 1793. La Sierva de Dios tenía entonces 3 años y 10 meses. Se puede pensar que la niña había escuchado contar la historia de Job, poco antes de la visita policial. Madre María José debió conocer este episodio por la baronesa.

<sup>33</sup> Tras la incautación, que tuvo lugar tiempo más tarde, la familia del barón continuó alojada en el castillo, pero no disfrutó de ningún ingreso por las tierras (Doc II). Solamente recibió ayudas imputadas sobre el futuro reglamento de derechos de cada uno de los miembros. La autora resume una situación que no ha conocido mas que por conversaciones escuchadas en el castillo.

<sup>34</sup> La autora no describe exactamente la situación y habla como si la baronesa hubiera estado sola en el castillo con sus dos hijos, mientras que ellos vivían con su suegra, su cuñado y cuñadas.

<sup>35</sup> El hecho es verosímil. Efectivamente, La Sierva de Dios tenía una tía abuela paterna en París, la señora Lallement, que falleció en 1812 (ADSE, Etat civil reconstitué de la ville de París, décès, nº 149143). En Nerac pudo haber algunos prisioneros españoles en esas fechas, porque la Convención estuvo en guerra con España de 1792 a 1795 (Paz de Bâle, 4 julio 1795). La autora pudo haber conocido los hechos de la baronesa, igual que el del vestido nuevo, que se narra a continuación.

entristeció, diciendo que hubiera sido mejor emplearlo en aliviar a los pobres, con el dinero que había costado el vestido y que esa inversión le habría causado mucho más placer.

Sin embargo, no se crea que todas las inclinaciones de la joven Adela estaban inclinadas hacia el bien. Sí, verdaderamente se veía en su corazón el germen de la bondad, de la generosidad, de una tierna compasión por los desgraciados; pero en su alma, al mismo tiempo que había una gran rectitud y mucha franqueza, se mostraba un carácter violento, impetuoso, que se irritaba a la menor resistencia y en el que los accesos de mal humor eran más que diarios y las pequeñas cóleras no eran raras. Fue pues únicamente con la influencia de la religión como la señorita de Trenquelléon, creció en las virtudes que más tarde podremos admirar. El cielo quiso que ella se convirtiera en una nueva prueba de que las almas apasionadas, son las más propias para corresponder a sus divinas operaciones y como la madera que Dios emplea para hacer los esculpir a los grandes santos<sup>36</sup>.

Continuemos siguiendo paso a paso a la señorita de Trenquelléon. Aprendamos en la escuela de su vida el arte de manejar las armas espirituales, destinadas a destruir nuestras malas inclinaciones y el secreto de introducir en este vástago salvaje, el precioso trasplante de las virtudes cristianas.

Por eso es probable, que si la señorita de Trenquelléon se hubiera entregado a su propio ambiente como lo hacen la mayor parte de las jóvenes, no nos habría ofrecido el retrato edificante que vamos a esbozar. Pero ella tenía la dicha de estar bajo la dirección de una madre eminentemente cristiana, que hacía de la educación cristiana de sus hijos, su primer deber. Sin duda, la sociedad cristiana nos presentaría más frecuentemente personas como Adela, si hubiera un mayor número de madres émulas de la señora de Trenquelléon.

El alma de la joven Adela no era pues, como acabamos de ver, un cielo sin nubes, ni un mar sin agitación; pero desde que la tormenta excitada por sus pequeñas pasiones se calmaba, el remordimiento se hacía sentir en su joven conciencia. Y ella toda doliente, iba al encuentro de una de sus tías, que había escogido como directora de su alma: *Tantán, tantán* (nombre afectivo con el que se dirigían a las tías), - le decía con muchas lágrimas- *mi ángel de la guarda llora, he ofendido a Dios*. Y contaba su falta con tanta vehemencia, que su buena tía estaba obligada, no a excitar el dolor sino a moderarlo, sugiriéndole un medio de expiación como recitar una oración, o proponerse un buen propósito, etc. Si en los juegos a los que ella se entregaba con su hermano, surgía alguna discusión y el joven Carlos estaba a punto de sufrir un castigo, rápidamente Adela, sin mirar demasiado de qué lugar venían las culpas, se las atribuía siempre a ella misma y con una vivacidad ordinaria gritaba *¡Mamá castígame, soy yo la culpable y no Carlos!* Las prácticas del cristianismo se habían insinuado, por así decir, con la leche, en el alma de la joven Adela. Cuando tenía aproximadamente cuatro o cinco años, divirtiéndose un día a correr el caballo sobre un palo, con su hermano, le vino en medio de su diversión y sin suspenderlo, el pensamiento de hacer el voto de ayunar ese día. Pero dando a la idea del ayuno una extensión más grande, ella creyó que cuando se ayunaba no se debía comer en todo el día. Llegó la hora de la comida y Adela dijo que no iba a comer. Su madre atribuyó este rechazo a una falta de apetito y la alabó por este pretendido acto de razón. Llegó la hora de cenar y tuvo el mismo rechazo. Entonces las preguntas se sucedieron

---

<sup>36</sup> Madre María José moraliza a propósito de noticias que debió conocer por la baronesa o por Francisca-Isabel de Batz de Trenquelléon. Indirectamente sitúa a Adela entre «los grandes santos».

y Adela estuvo obligada a confesar su secreto. Se comprende que los padres no tuvieron escrúpulos de desligarla de su voto y ella se sometió respetuosamente a su decisión<sup>37</sup>.

El alejamiento del mundo y el deseo de consagrarse por entero a Dios, fue uno de los primeros instintos de la joven Adela. Desde pequeña, incluso formó el proyecto de hacerse carmelita, pues su familia estaba muy ligada a las hijas de Santa Teresa, ya que había escuchado a menudo hablar de ella. Le gustaba vestir su muñeca como una carmelita y no sabiendo todavía escribir, se divertía en garabatear sobre un papel, diciendo que escribía a un eclesiástico que era visitador de las carmelitas y tenía una colección de esta pretendida correspondencia<sup>38</sup>.

### 3.- Los años del exilio en España y Portugal

Pero la tormenta revolucionaria se ennegrecía y espesaba<sup>39</sup>. La señora de Trenquelléon, acompañada de sus dos hijos había estado en Figeac, pequeña ciudad de la región de Quercy, pasando algún tiempo con su madre. Una de sus tías fue a hacerle una visita y le anunció su partida para el extranjero, pues acababa de encontrar su nombre en la lista de emigrados. *Usted misma, sobrina, se encontrará también inscrita ahí*, le dijo. Es así como los hombres a la cabeza del gobierno anárquico, quieren aumentar el número de víctimas de sus expoliaciones, colocando sobre la lista de emigrados, a personas que no habían abandonado nunca el suelo francés. La señora de Trenquelléon ruega a su tía que mire bien para asegurarse si realmente su nombre se encuentra en la lista. Las búsquedas desembocaron en un resultado negativo. Sin embargo, la señora de Trenquelléon, temiendo que este ruido no fuera un humo sin fuego, hizo los preparativos de la partida y volvió con la familia de su marido. Llegados a Agen fue al Ayuntamiento y leyó ella misma el registro y vio con horror que su nombre estaba en la lista fatal y solo tenía veinticuatro horas para marcharse, antes de que expirara el día, tras el cual todo emigrado encontrado sobre tierra francesa estaba condenado a muerte<sup>40</sup>. Mientras los amigos de la señora de Trenquelléon se pusieron a buscar un coche que los llevara a España, ella se ocupaba hacer los preparativos de la partida. Pero una viva inquietud le sorprendió: ¿Qué iba a ser de sus hijos? No había más que cuatro leguas de Agen a Trenquelléon. Enviarlos con la familia hubiera sido lo más prudente, pero ¿cómo esta tierna madre, acostumbrada a no perderlos de vista un solo instante, podría vivir sin ellos, sobre todo en un país extranjero, donde no tendría ni parientes ni amigos y además se encontraría privada de su esposo? Y decidió dejar la elección a sus hijos, a los que acababa

<sup>37</sup> Si Adela tenía cuatro o cinco años, el término *padres* debe entenderse en sentido amplio, designando la madre, la abuela, las tías, exceptuando su padre que estaba todavía emigrado.

<sup>38</sup> Otra referencia de origen materno. Ignoramos cómo la familia habría entrado en relación con las carmelitas.

<sup>39</sup> La autora pretende relacionar los episodios, pero incorrectamente aquí, pretende hacernos creer que la ley del 19 fructidor, año V (5 septiembre 1797) fue el paroxismo de una política revolucionaria, que habría acentuado sus rigores cada día, sin tregua ni calma, mientras que el golpe de estado que explica esta ley se produjo tres años después del Terror.

<sup>40</sup> El hecho está probado por la atestación entregada a la baronesa por la administración departamental de Lot-et-Garonne (Doc II, 2). Manifiestamente, la autora habla solo de sus recuerdos, pues olvida, cosa que la interesada no habría hecho escribiendo una nota, que de Figeac la baronesa se dirigió a Feugarolles, después de haberse tranquilizado, no en Figeac sino en el mismo Agen. Y que sólo dos días más tarde volvió a Agen y se descubrió en la lista nacional de emigrantes, bajo el departamento de Cantal.

de enseñarles cuál era la ley que los condenaba al exilio: *Entonces queridos hijos*, le dijo ella, *¿qué preferís, volver con vuestra abuela y vuestras tías o bien veniros conmigo? ¡Contigo mamá, contigo!*, no fue más que un grito. La señora de Trenquelléon aceptó con gusto los deseos de sus hijos y partió de Agen con ellos, seguidos por una mujer que les servía. La pequeña Adela indignándose con su vivacidad ordinaria contra esta nueva vejación se puso en la puerta y gritó con todas sus fuerzas: *¡Estos sinvergüenzas nos asesinan, nos asesinan!* La madre intervino para hacer cesar sus gritos, señalándole las nuevas desgracias que podían venir por ello.

Al llegar a Pau, descubrió que tenían en este departamento una prórroga de veinticuatro horas, lo que les añadió tiempo para llegar a España. Su partida había sido tan precipitada, que no había tenido tiempo de conseguir cartas de recomendación para las personas en España, como tenían costumbre de hacer los emigrados. Un hombre del pueblo les ofreció una recomendación para un primo suyo, hermano lego de un convento de los franciscanos de Tolosa. La señora de Trenquelléon aceptó el ofrecimiento y vio en él una ayuda de la Providencia. El buen hermano le procuró un apartamento y le prestó los buenos servicios que estuvieron en su mano. Pero llegando sola con sus hijos, sin marido y sin otro acompañamiento que una mujer que le servía y sin otra recomendación que la de un hombre de condición humilde, fue humillada hasta el punto de ser tomada por una mujer vagabunda. Pero dichosamente la prueba no duró mucho, pues un oficial emigrado francés, nativo de Nerac, que conocía perfectamente a la señora de Trenquelléon, fue a verla y la hizo conocer la sociedad de Tolosa.

El uso de razón de la joven Adela era tan precoz, que no siendo más que una niña entre 9 y 10 años, su madre creyó poder convertirla en una amiga y una confidente; pues a esta edad Adela tenía bastante madurez para guardar un secreto, mantener una conversación con interés e incluso de alguna manera, expresar una opinión. Su madre, habiéndola acompañado un día a la iglesia, escucharon un sermón. A Adela le pareció que el predicador formulaba una proposición poco ortodoxa. Entonces la niña se acordó de haber oído decir que en casos parecidos, se tenía el deber de corregir a la persona que erraba. Se levantó un gran debate interior entre el pretendido grito de la conciencia, que la invitaba a cumplir su deber y la timidez que la retenía. En esta perplejidad tomó el partido de consultar a su madre e inclinándose al oído, compartió con ella su ansiedad. La señora Trenquelléon quiso calmarla. Adela al salir del sermón dio cuenta a su madre de lo que pasaba en su corazón, añadiendo razones tan sólidas que su piadosa madre estaba completamente sorprendida. Esta pequeña escena prueba la atención que Adela tenía sobre el estudio de la religión. A Adela le gustaba incluso componer pequeños sermones, que escribía, e incluso compuso uno sobre los deberes de los obispos. Evidentemente su trabajo estaba muy lejos de ser un resumen completo de los deberes del episcopado. Sin embargo algunos eclesiásticos que lo leyeron, aseguraron que en lo que había escrito, no había nada inexacto.

Sin embargo, el gobierno que se había mostrado primero bastante favorable a los emigrados, comenzó a ser hostil, probablemente a instigación de los revolucionarios franceses. Un decreto del rey Carlos IV de España, ordenó a los emigrantes salir de ese país, bajo pena de ser deportados a las Islas Canarias. Nos imaginamos que esta perspectiva debió ser penosa para la señora de Trenquelléon. Entonces resolvió pasar a Portugal donde ella esperaba que su marido pudiera unirse a ellos. Pero con la noticia del decreto de Carlos IV, el rey de Portugal

temiendo ver una llegada masiva de emigrados franceses, cerró la frontera<sup>41</sup>. La señora de Trenquelléon se enteró de la noticia en Zamora, ciudad fronteriza. Estaba consternada pero el cielo vino en su ayuda. El barón de Trenquelléon, en ese momento en Inglaterra, tuvo conocimiento del decreto y tomó medidas para sacar a su esposa de la dificultad. Tuvo la fortuna de lograrlo obteniendo del embajador de Portugal, cerca de su majestad británica, una carta para el primer ministro del gobierno de Lisboa, recomendando a la señora de Trenquelléon. Entonces la baronesa pudo, gracias a esta poderosa intervención, entrar en el reino de Portugal. Pero Dios, queriendo sin duda probar la fe de esta digna mujer, permitió que en la primera lectura de la carta de su marido, donde le comunicaba las medidas tomadas en su favor, ella creyó lo contrario, es decir, que lo que le anunciaba era la dificultad y la imposibilidad de esta operación. Un respetable eclesiástico que se había asociado a sus infortunios leyó la carta y entendió lo mismo que ella. No sabiendo que partido tomar, la señora de Trenquelléon se arrodilló e invocó con fervor al Espíritu Santo. Una vez que terminó el *Veni Sancte Spiritus* volvió a leer y vio con sorpresa que sí, que podían pasar a Portugal. El buen eclesiástico volvió él mismo a leer la carta y no podía comprender cómo ambos habían cometido el error. Desde esa época, la señora de Trenquelléon tomó el precioso hábito de no emprender nada importante, sin haber invocado previamente al Espíritu Santo y reconoció haber recibido en diversas circunstancias una asistencia especial. Puede haber sido en ese trayecto de España a Portugal, donde tuvo lugar la circunstancia siguiente, que la señora de Trenquelléon contaba a sus hijas, para alegrarle por el relato de sus pequeñas aventuras. La familia exiliada viajaba sobre unas mulas. Adela sufría mucho calor y tenía sed. El buen mulero que se había dado cuenta, fue a buscar agua. Llenó con ella su sombrero y se lo dio Adela. Ella bebió con avidez sin darse cuenta de la suciedad de ese vaso de nueva especie<sup>42</sup>.

La señora de Trenquelléon, llegada a la tierra de Portugal, fijó su residencia en Braganza. Los sacerdotes franceses que habían escogido esta ciudad como lugar de exilio, fueron a verla y le contaron noticias sobre su querida patria. Después de haber satisfecho sus preguntas, ella le rogó que le dijeran si conocían una casa para alquilar. Ellos le dijeron que no solamente no la conocían, sino que no creían que hubiera alguna en Braganza. Estaba la baronesa en esta difícil perplejidad, cuando llegó un criado que traía una carta para ella. Uno de los sacerdotes presentes que conocía el portugués se la leyó: era un ofrecimiento, hecho por una de las personas más cualificadas de la ciudad, de una casa completamente amueblada y con todo lo necesario. Además la invitaban a comer el día siguiente, preguntándole a qué hora podría ir un coche a recogerla. Era una nueva sorpresa para la piadosa señora, que admiró y bendijo la Providencia, que venía tan visiblemente en su ayuda; pero ella no pudo comprender quién era el que le proporcionaba una acogida tan feliz. Nuestros lectores comparten sin duda su extrañeza. Y esta es la causa, al menos la causa secundaria, pues no se puede dudar de la causa primera, que no fue sino una disposición paternal de la Providencia que velaba sobre esta virtuosa familia. La petición de protección hecha al ministro por el embajador portugués y las órdenes dadas por él a las autoridades civiles de Braganza, en favor de la baronesa, fueron conocidas y se pensó complacer al ministro, colmando de educación y atención a la

---

<sup>41</sup> Los hechos son exactos y pertenecen a la historia general (H.Rousseau, *Adèle de Trenquelléon*, pp.55-56). La madre María Teresa los conoció probablemente de la baronesa, como las circunstancias de la partida y el episodio siguiente relativo al paso de la frontera en Zamora.

<sup>42</sup> La autora no sitúa formalmente el episodio. Lo habrá escuchado contar y lo coloca en el momento que ha considerado más probable. Por la misma razón de verosimilitud lo situaríamos más bien en agosto 1801, durante la excursión a Loyola (Doc II).

familia recomendada. Así todas las demás personas de categoría de Braganza, se dieron también a su vez y le ofrecieron testimonios de la más viva simpatía. Así fue como el Señor velaba por los suyos y se verificaba esta máxima evangélica *¿Qué teméis, hombres de poca fe?*<sup>43</sup> Poco tiempo después, el barón de Trenquelléon dejó Inglaterra y fue a reunirse con su esposa en Portugal<sup>44</sup>.

#### 4. La vuelta a Trenquelléon

Después de dieciocho meses de estancia en esta tierra hospitalaria, el señor y la señora de Trenquelléon partieron hacia España a fin de facilitar sus relaciones con la familia y acercarse un poco a Francia, cuyo horizonte político comenzaba paulatinamente a aclararse<sup>45</sup>. La señora de Trenquelléon llegó la víspera de Navidad a una ciudad de España<sup>46</sup>, donde residió durante algún tiempo. Allí un día la baronesa fue a confesarse con la intención de preparar sus devociones para el día siguiente. Adela tenía entonces once años y medio<sup>47</sup> y se estaba preparando para confesar. Su madre al salir del confesionario, se retiró al fondo de la iglesia para rezar. Entonces comenzó a escuchar voces. Aunque estaba alejada comprendió que se estaba produciendo un vivo debate entre el confesor y la joven penitente. Inmediatamente vio venir a Adela toda enrojecida, con los ojos llorosos: *¡Mamá, mamá, mi confesor quiere que yo haga mañana la primera comunión y yo no estoy preparada!* La señora de Trenquelléon fue donde el sacerdote para hacerle comprender las razones de su hija, pero el eclesiástico agregó: *¡El niño Jesús estaría tan contento de entrar en este pequeño corazón!* Finalmente lo que la baronesa pudo obtener del sacerdote, fue un plazo hasta Epifanía. Adela, comprendiendo tal como lo hemos visto, la grandeza y la santidad del sacramento, que pronto iba a tener la dicha de recibir, aceptó asimismo la necesidad de prepararse bien a él. Su piadosa madre no olvidó de hacerle sentir, que la preparación esencial consiste en la corrección de los defectos. Adela entendió lo justo que era este aviso y se preparó a su primera comunión no como una niña, sino como una persona sensata, razonable y sobre todo como una persona animada de una fe viva. El cielo sonrió a las preparaciones de este corazón inocente y esta época de la primera comunión, fue para Adela la de un cambio de mente total. Nosotros la hemos visto, desde su más tierna infancia inclinada a la piedad, pero a esta piedad se unían con frecuencia cambios de humor, impaciencia, etcétera. El divino Sol de justicia, penetrando en esta alma joven, disipó todas las nubes de sus pequeñas pasiones y la piedad de Adela la invadió de tal manera que la convirtió en victoriosa de todos sus defectos. Sin embargo nosotros confesaremos, que no fue sin mucho esfuerzo y grandes combates. Que si la transformación fue súbita, en el sentido de que ya no existía este dejarse llevar por las pequeñas cóleras infantiles, que antes de la primera comunión habían tenido lugar frecuentemente, Adela conservó sin embargo siempre una excesiva vivacidad. La gracia, como se sabe no cambia el temperamento, sino solamente que convierte en bien los

<sup>43</sup> Episodio del cual la autora ha escuchado su relato y a propósito del cual moraliza.

<sup>44</sup> La autora no cuenta nada de la estancia en Portugal a propósito de la llegada del barón. Esta estancia duró sin embargo más de dos años. Posteriormente madre María José ha añadido una nota a pie de página para señalar el nacimiento de [la hermana de Adela] Deseada de Batz de Trenquelléon.

<sup>45</sup> Nota exacta: la familia dejó Portugal el 12 septiembre 1800 (Doc II, 4, a). En esta fecha Bonaparte había organizado ya el gobierno del Consulado, pero la estancia en Portugal había durado 28 meses y no 18.

<sup>46</sup> Según el *Journal de route* del barón, se trata de San Sebastián (Doc II, 4,a).

<sup>47</sup> La edad es exacta.

elementos, que sin su influencia habrían producido resultados molestos. Adela conservó pues con su vivacidad, toda su fuerza de voluntad, pero su acción no fue consagrada a partir de entonces, más que para abrirse a que la gracia fuese superior a la naturaleza y esto “a punta de espada”, pues era fácil subrayar las violencias que tenía que hacerse en ciertos momentos, sobre todo cuando escuchaba enunciar principios opuestos a la severidad de la moral cristiana. Entonces un vivo color animaba su rostro. Buscaba acompañar con una dulce sonrisa el enunciado de su opinión, pero el combate era visible. Esto era enseguida para ella motivo para humillarse, e incluso de despreciarse. Sin embargo, no era más que el interés de Dios, lo que había querido sostener y esta vivacidad, de la que otros se habrían enorgullecido, Adela se lo reprochaba y se confundía por ello<sup>48</sup>.

En el momento de dejar España para entrar en su país Adela manifiesta a su piadosa madre el deseo que tenía de entrar en un convento de carmelitas. Tenía entonces catorce años. Su madre le objetó que era demasiado joven para tomar una decisión tan seria, pero le prometió que cuando tuviera 25 años, si este deseo persistía y las carmelitas no estuvieran restablecidas en Francia, le permitiría volver a España, para seguir su vocación y la baronesa ha asegurado desde entonces, que cumplió su palabra<sup>49</sup>.

Podemos pensar con qué felicidad, el señor barón de Trenquelléon volvió a ver a su familia a la que quería tiernamente. No tuvo la dicha de encontrarse con su respetable madre<sup>50</sup> puesto que ya había recibido en el cielo la recompensa de sus virtudes; pero reencontró cuatro buenas y excelentes hermanas, que durante todo el tiempo de su exilio habían velado con la más activa solicitud por sus asuntos y habían sido dichosas de conservar la mayoría de su fortuna. Y fue con una gran admiración a ojos de toda la familia, como vieron a la joven Adela. Esta tenía apenas trece años y ya mostraba la razón de una persona madura. Su sincera y sólida piedad la rindió pronto el objeto del tierno afecto de sus buenas tías que distinguían una eminente virtud. Su padre, admirador también de las virtudes de su hija, preveía que no estaba destinada a quedarse en medio del mundo. Él le decía a veces incluso bromeando: “Adela, tú serás fundadora”. Se ve que él había profetizado<sup>51</sup>.

## 5. La confirmación

Sin embargo, Adela no había recibido todavía el sacramento de la confirmación. Monseñor Jacoupy acababa de ser nombrado obispo de Agen<sup>52</sup>. La baronesa soñaba con procurar a su hija la felicidad de recibir el sacramento que hace perfectos a los cristianos y a fin de que ella

---

<sup>48</sup> La autora mezcla, indudablemente, lo que ha escuchado contar por la baronesa, sobre la primera comunión de la Sierva de Dios y lo que ha podido constatar más tarde, ella misma, sobre la vivacidad de su prima.

<sup>49</sup> Antes de la Revolución, la mayoría de edad no se conseguía sino a los 25 años. La autora indica de una forma indirecta, que debe a la baronesa su noticia sobre el Carmelo. Se observará que a parte de la comunión, no relata ningún hecho acontecido durante la estancia en San Sebastián, que duró del 23 septiembre 1800 al 4 noviembre 1801, según el *Journal* del barón (Doc II, 4,b). Adela tenía 12 años.

<sup>50</sup> La fecha de la muerte no la conocemos. Según ciertos datos, se la sitúa en el otoño de 1800.

<sup>51</sup> La autora agrupa aquí un conjunto de impresiones y reflexiones que tienen que ver sobre la familia de la Sierva de Dios. No dice nada ni de Carlos de Batz, tío del barón, ni de Francisco de Batz, el marino retirado [hermano del barón] (Doc I, 1, 1 b).

<sup>52</sup> Instalado el 17 octubre 1802 (Doc III, *intr.*, 1, n 18).

podiera prepararse con más cuidado, accedió al deseo que su hija tenía, de ir a pasar algún tiempo con las carmelitas, quienes la aceptaron con gusto, ya que la clausura no estaba todavía restablecida. Durante la estancia de las seis semanas que vivió Adela en medio de estas buenas religiosas, pudo practicar sus ejercicios y lo hizo con felicidad y edificación. A la baronesa le criticaron su piadosa condescendencia, pues fue contemplada como una tentativa de insinuar a su hija que se hiciera religiosa<sup>53</sup>. Pero en absoluto era lo que la baronesa pretendía, pues esta mujer verdaderamente cristiana, estaba convencida firmemente, que la vocación viene solo de Dios y ella se abandonaba a este punto como para todo lo demás, a sus designios adorables, no formando deseos para sus hijos y no dejándose seguir tampoco por aprehensiones humanas. Adela recibió el sacramento de confirmación de las manos de Monseñor Jacoupy en su capilla particular. Una joven<sup>54</sup> cuatro años mayor que ella, recibió la confirmación el mismo día. Ambas fueron invitadas a comer con el obispo. Durante todo el tiempo de la visita, se encontraron situadas una al lado de la otra. En la animación de la conversación, fue fácil comprender cómo simpatizaban. La baronesa se dio cuenta e invitó al señor Diché, padre de la otra chica, a ir al castillo para pasar algunos días con su hija. Este proyecto gustó mucho a las dos jóvenes. El proyecto se realizó y a partir de entonces se estableció un sincero afecto entre las dos nuevas amigas. Todos los años, la señorita Diché<sup>55</sup> iba a pasar algunas semanas en el castillo de Trenquelléon. La época de estas visitas era esperada por una parte y por otra, con la más viva impaciencia. Después de la partida, se buscaba colmar el vacío de la ausencia por una activa y piadosa correspondencia.

## 6. El inicio de una piadosa asociación

El señor Ducourneau, hombre de una eminente virtud y preceptor del hermano de Adela, encantado de la piedad de las dos jóvenes amigas, les comunicó la idea que le había surgido, de formar entre los tres una asociación de oraciones. El ofrecimiento fue aceptado con alegría. La señorita Diché de vuelta a Agen, agregó al pequeño trío, sus hermanas y otras piadosas jóvenes. El señor Ducourneau, habiendo hecho un viaje para ver a su familia, en Villeneuve, departamento de las Landas, propuso la agregación a jóvenes valiosas de ese país<sup>56</sup>. En fin, este pequeño núcleo aumentó y se convirtió en un arbusto, cuyas ramas tenían numerosas ramificaciones. Como la piadosa ambición de nuestras jóvenes prosélitas iban creciendo, aspiraron a fortificar su asociación con la unión de oraciones de virtuosos sacerdotes. El señor Larribeau, párroco de la pequeña parroquia de Lompián, fue el primero a quien se le habló de

---

<sup>53</sup> Este dato parece llegarle de la baronesa.

<sup>54</sup> Los hechos son confirmados por la correspondencia de la Sierva de Dios, que proporcionó la fecha exacta de la confirmación, 6 febrero 1803 (cf. Doc III, intr., 2).

<sup>55</sup> Se trata de Juana Diché, que se convertirá en señora Belloc (Doc III, introd, 2). La autora misma ha podido constatar en Trenquelléon, la intimidad que existía entre estas dos amigas.

<sup>56</sup> Se trata de las señoritas Pomiès, Adela y Rosalía (H.Rousseau, o.c. p.101). En una nota a pie de página, madre María José indica que M.Ducourneau ha permanecido como párroco de Notre Dame, en Agen, hasta su muerte. Falleció el 27 febrero 1845 (Doc. III. Introd. 2). Madre María José lo ha conocido y ha podido apreciar su persona. Ha escuchado hablar de él, sea de la Sierva de Dios, de la baronesa o más tarde, de personas de Agen.

la asociación que había nacido. Este celoso ministro del Señor aplaudió la obra y decidió formar parte de ella. Desde ese momento fue considerado como el superior<sup>57</sup>.

Acrecentar la nueva asociación, sostener el fervor de sus miembros, eran el objeto de la gran solicitud de Adela de Trenquelléon. En cuanto ella escuchaba hablar de algunas jóvenes distinguidas por su piedad, intentaba reclutarlas y se establecía una piadosa correspondencia. Se querían y se amaban sin conocerse. El lazo de la piedad y la caridad, unía estos corazones de la manera más íntima. Las buenas obras estaban organizadas de concierto. En una ocasión, estas piadosas amigas reunieron sus bolsas y uniendo sus economías ayudaron a un joven que manifestaba disposiciones para el estado eclesiástico. Además tuvieron la dicha de ver cómo se le admitía al rango de los ministros del Señor<sup>58</sup>. En otra circunstancia repitieron el mismo concurso para educar en la doctrina de la Iglesia católica a una joven protestante, que su tutor les confió con gusto, siempre que quedara libre de los gastos de esa educación.

Pero la señorita Diché tenía ya veinte años. Sus padres soñaron con casarla. Su elección recayó sobre un joven médico que gozaba de honorables principios, una fe viva y una piedad esclarecida. La señorita Diché, de un humor dulce y sumiso, se rindió aunque sin demasiado gusto por el matrimonio, a los deseos de sus padres, pues creyó que eran designios de la Providencia para ella. Esta noticia causó la más viva pena a la señorita de Trenquelléon, que no tenía entonces más que dieciséis años. Tomando esto como un fuego que todo lo destruye, le pareció que su amistad con Juana se había perdido y que estos lazos de afecto tan dulce y tan estrecho se habían roto. Juana Diché tranquilizó a su amiga y le dijo que sus relaciones se mantendrían las mismas, porque el señor Belloc, teniendo que entrar en la casa de su padre como yerno, y no tener una casa que administrar, haría que no sufrieran ni las visitas anuales al castillo ni la correspondencia. Efectivamente guardó la palabra: Juana Diché, cambiando de estado no cambió sus hábitos y conservó sus mismas relaciones de amistad con su joven amiga. La señorita Águeda, su hermana, estuvo igualmente ligada por una amistad íntima con Adela, yendo cada año a pasar algunas semanas al castillo de Trenquelléon y teniendo la misma piadosa correspondencia con ella. Más tarde ella fue una de las piedras fundamentales del Instituto de las Hijas de María<sup>59</sup>.

¿Cómo pasaban el tiempo estas piadosas amigas durante las visitas anuales? Se pusieron de acuerdo para atender una pequeña escuela, que había formado la caridad siempre ingeniosa de la señorita de Trenquelléon y de la que tendremos ocasión de hablar más tarde. Además se reunían a unas horas designadas para los diversos ejercicios diarios que la piedad de Adela había establecido. Estos ejercicios eran, la oración, el rezo del rosario y el oficio de la Virgen. El trabajo y las dulces expansiones de la amistad tenían también su lugar<sup>60</sup>.

Conozcamos incluso algunas de las edificantes iniciativas que empleaban nuestras piadosas amigas para alimentar su devoción. Comprendiendo la necesidad de formarse en el santo

---

<sup>57</sup> Sobre el abbé J.Larribeau, ver Doc III, *intr.*, 4. La autora lo ha conocido y escuchado hablar de él poco después de su llegada al castillo de Trenquelléon, en 1805. [ella tenía 7 años en ese momento].

<sup>58</sup> Se trata de Carlos Dubrana (H.Rousseau, *Adèle*, p. 230). La autora lo ha conocido, pero coloca aquí, para caracterizar la *Pequeña Asociación*, hechos que son de una fecha posterior.

<sup>59</sup> La autora ha podido ser instruida de los hechos por la misma Sierva de Dios, por la señora Belloc o incluso por la madre María del Sagrado Corazón. Ha sido testigo durante varios años, de las estancias que las señoritas Diché pasaban anualmente en Trenquelléon.

<sup>60</sup> Madre María José habla de lo que ha visto.

ejercicio de la presencia de Dios, hicieron una colección de jaculatorias, de manera que había una para cada semana del año<sup>61</sup>. No se las acusará de indiscreción en la marcha que ellas siguieron, pues al principio no se impusieron más que tres por día para honrar las tres divinas personas; este número de tres pareció muy poco y al día siguiente ya se impusieron cinco en honor de las cinco llagas de nuestro Señor. Después doce, en honor de los doce apóstoles, enseguida treinta y tres para honrar los 33 años de la vida mortal del Salvador, 72 para recordar los 72 años que se creía comúnmente tenía la Santísima Virgen cuando ella dejó la tierra. Pronto estas aspiraciones se multiplicaron al infinito. Ya no se les contaba y no era necesario. El impulso estaba ya dado y el piadoso hábito estaba tomado. Las tres piadosas amigas convinieron así en algunos signos, para recordarse mutuamente la Santa Presencia de Dios, cuando ellas estuvieran en la Asociación. Una oración jaculatoria colocada al principio de las cartas que se escribirían las asociadas, fue también establecida como una suerte de palabra de recuerdo.

## 7. Renuncia al matrimonio

La señorita de Trenquelléon, juntando sus cualidades de corazón y de espíritu, a una fisonomía amable, las ventajas del nacimiento y de la fortuna, no podía tardar el ser buscada para el matrimonio. Acababa de cumplir sus veinte años, cuando fue pedida su mano por un gentilhomme, que también unía a unas valiosas cualidades, una alta posición social. Los padres de Adela no podían desear para su hija un partido más ventajoso. Ellos le hablaron entonces del interés que había sobre ella, pero sin presionarla para que aceptara. A pesar de la perfecta libertad que se le había dado, ella se encontró en una penosa ansiedad. La valía del gentilhomme no le era desconocida y ella no era insensible a las ventajas que encontraba en esta alianza. Su corazón la impulsaba decir que sí, pero su conciencia le decía fuertemente que Dios tenía sobre ella otros planes. La piadosa madre sufría cruelmente de la especie de angustia, en la cual su hija estaba inmersa. Sin embargo dejó a Dios decidir el partido que su hija tenía que tomar. Adela consultó al P.Larribeau, que había escogido por director de su alma, pero él rechazó dar un consejo, contentándose con invitarla a orar: *Yo creía, señorita, le añadió él, que Dios tenía otros designios sobre usted.* Esta palabra podía haber sido suficiente para un alma menos agitada que la suya, pero la naturaleza combatía fuertemente contra el sacrificio de todo su ser, que debía ser realizado tan prontamente. No era suficiente para ella un aviso indirecto, hacía falta para salir de su indeterminación, un consejo formal y le fue dado por un virtuoso eclesiástico, con el cual tenía confianza y que sintió la necesidad de hacer cesar esa violenta agitación: *Señorita, rechace la propuesta, le escribió él. Consentir sería una imprudencia en su situación moral actual. Si más adelante, usted llega a la conclusión que Dios la quiere en el mundo, está usted en una posición segura de encontrar un partido ventajoso*". Este consejo produjo la calma en el alma de Adela. Ella entonces pidió a sus padres que respondieran negativamente al pretendiente. Esta victoria tan largamente disputada, nos prueba que los actos heroicos de desprendimiento del mundo, que nosotros vamos a ver practicar, no fueron sino el efecto de una valiosa virtud y no el de una disposición natural. Fue ante la punta de la espada, como ella adquirió este tesoro de méritos del cual se enriqueció para el cielo. Uno de los motivos que contribuyeron más poderosamente, a que

---

<sup>61</sup> La lista de estas jaculatorias ha sido conservada (Doc IV, B). Los detalles que aparecen aquí sobre su uso pueden provenir de confidencias hechas por las interesadas.

Adela hiciera el sacrificio del que venimos hablando, fue un tierno amor por la Asociación de la cual era como el alma<sup>62</sup>. Un año después de esta victoria, Adela sufrió una grave enfermedad que la condujo a dos dedos de la tumba<sup>63</sup>. Vuelta a la salud, su decisión de ser toda para Dios, fue tomada irrevocablemente. Y para anunciar al mundo que todos sus lazos con él se habían roto, abrazó un género de vida y adoptó una forma de vestir sencilla, que se convirtió como la insignia de su determinación. Presentemos aquí algunos detalles para excitar la admiración pues pocas jóvenes podrían imitarla sin inconvenientes.

## 8. La renuncia al mundo en la sierva de Dios

La señorita de Trenquelléon estaba dotada de este santo ardor que anima a los santos y los lleva a santos excesos. Como ellos, Adela declaró una guerra a muerte a la naturaleza. De la misma manera que Ignacio de Loyola, queriendo ser despreciado por este mundo que él había amado, se había revestido de un hábito que le hacía despreciable y había dejado crecer su barba, Adela, queriendo también apagar en su corazón el atractivo por el mundo y vencer sus pasiones, recurrió a grandes medios. Ella no era insensible a los deseos de gustar y al fin de apagar este deseo, se revistió de vestidos no solamente sencillos sino hechos a la antigua. En lugar de cuidar su peinado según la moda del tiempo, se cortó los cabellos de una manera inusitada. Una antigua doncella de cámara de su abuela, que antiguamente trabajaba bien en el arreglo personal, se había encargado de dirigir el cuidado de Adela y esta se abandonaba enteramente a sus cuidados para este trabajo. Uno se preguntará cómo el barón y la baronesa podían soportar en su hija una opción semejante, teniendo en cuenta la edad de Adela. Acababan de terminar las tormentas revolucionarias, y los respetables padres de Adela habían eliminado los rigores, los pensamientos frívolos se habían alejado de ellos. Su hija les parecía lo que ella realmente era, una mujer llena de virtudes preciosas. Ellos la querían, la admiraban, no se fijaban en más. También se puede pensar que la baronesa, mujer de una piedad eminente habría temido contrariar la gracia en la conducta de su hija. Por otra parte, la virtuosa madre había adoptado para sí misma el mismo sistema: un completo alejamiento de las modas del mundo. El cuidado del servicio y el de los pobres, ocupaban únicamente a la señora de Trenquelléon. En esa intimidad de sentimientos, la madre y la hija eran como dos hermanas, dos amigas actuando de concierto. No generando en su espíritu más que proyectos de buenas obras, cuidaban las necesidades de los pobres de los alrededores, deseosa que ninguno escapara de su solicitud. Adela tenía una pensión de cerca de 400 francos, que consagraba casi por entero a las necesidades de los pobres. Así todo gasto hecho para ella, le parecía un robo hecho a su tesoro y ella rociaba a menudo con sus lágrimas el dinero que

---

<sup>62</sup> El rechazo del matrimonio propuesto está confirmado por una carta de la Sierva de Dios del 19 noviembre 1815 (H.Rousseau, *Adèle*, p. 187). En el primer sacerdote consultado, «m.L...» se reconoce fácilmente al abbé Larribeau. Este falleció en 1836 (Doc III, introd, 4). Si madre María José no nombra al *virtuoso eclesiástico que era también de su confianza* y que le aconsejó el rechazo, es que no lo conoció o que estaba todavía vivo cuando ella escribía. Todo lo que podemos deducir del texto es que fue consultado por carta, porque la respuesta ha venido por este camino: «le escribí». Aquí la autora comenta el hecho para darle un alcance moral ejemplar.

<sup>63</sup> La enfermedad de la Sierva de Dios está también atestiguada por su correspondencia (H.Rousseau, *Adèle*, p.189). De la conducta de su prima tras su enfermedad, la autora ha podido ser testigo directamente. Advierte que no se propone la pura y simple imitación. El empleo del dinero para los pobres está confirmado por el examen del *Livre de dépenses* [libro de contabilidad, gastos], que llevaba desde 1809 (cf, infra n.66).

se le obligaba a gastar para sí misma. ¿Tenía que comprar un vestido o un cinturón, etc? Lo que elegía estaba siempre pasado de moda, a fin de disminuir lo mínimo sus limosnas. Sus vestidos y sus sombreros estaban confeccionados en la casa paterna y no iban al corriente de la moda. Adela habría considerado el precio de sus diversos objetos, como si hubieran sido arrebatados a sus queridos pobres. Hubiera vivido en el despojo más completo si su excelente padre, admirador de su caridad, no hubiera provisto a sus necesidades, comprándole vestidos y ropa blanca.

## 9. Su amor por los pobres

Mientras que Adela ejercía consigo misma una suerte de tacañería, era magnífica y generosa con los demás. En la época de la Restauración, un desgraciado emigrado cargado de hijos y sin ningún recurso, obtuvo para su hijo una plaza gratuita en un colegio. Pero era necesario para la ropa y los primeros gastos, una suma de 500 francos. Adela se comprometió con 50 francos. Pero ella no los tenía, su bolsa estaba vacía en ese momento. Entonces, tomó prestado. Cuantas personas responderían siempre: *¡Yo no puedo!* Es que sabemos poco incomodarnos por los demás, porque la caridad se ha enfriado en la mayor parte de los corazones<sup>64</sup>.

No contenta con los recursos que le proporcionaba su pensión, Adela soñaba buscarse otros nuevos. Para poder aliviar más abundantemente a los pobres, comenzó un pequeño negocio. Ciertos animales domésticos eran comprados a su costa, engordados en el castillo y por fin vendidos. Un día de feria que acababan de comprar un cerdo, la sirvienta de la granja lo puso en una pocilga, donde ignoraba que habían colocado veneno destinado a matar las ratas. El nuevo habitante de la pocilga fue a beber el fatal brebaje y murió en unos instantes. Y se le contó el incidente a Adela. Su buen padre estaba presente en ese momento y celoso de escoger todas las circunstancias para probar su simpatía por las buenas obras de su hija, le dio enseguida los doce francos que había costado el difunto cuadrúpedo<sup>65</sup>.

Adela pidió a una de sus amigas que le procurara pequeños bordados y esta ganancia era, como se adivina, para aumentar todavía más el tesoro de los pobres.

A pesar de todas estas industrias, la pensión era a menudo gastada antes del momento de la entrada de nuevos fondos. Entonces Adela recurría a los préstamos. Se dirigía a su virtuosa madre, la cual se encontraba a menudo como ella y por la misma causa, con la bolsa vacía. Pero Adela no se desconcertaba y si la necesidad era urgente recurría a una bolsa extraña. Un día que estaba ausente vinieron a reclamar 400 francos que ella había pedido prestados. Su ausencia dio lugar a que se descubriera su piadoso secreto.

Para poder ser todavía más generosa con los pobres, Adela se impuso el sacrificio de no admitir regalos. Hemos dicho que a su padre le gustaba traer todo lo que podía ser útil y para él era una verdadera felicidad, a la vuelta de sus viajes, traer algunos vestidos para su hija.

<sup>64</sup> Otro comentario de un hecho que la autora ha podido conocer directamente por la Sierva de Dios.

<sup>65</sup> Se lee en el *Libro de contabilidad* de la Sierva de Dios, con fecha del 29 enero 1811: *por un cerdo...* 2 fr; el 24 nov 1815: *por el guardián de mi cerdo...* 3 fr; el 26 abril 1816: *por un cerdo para Dubrena*, 6 fr; el 21 mayo 1816: *para el mes del cerdo...* 10 sols. La autora ha podido ser testigo del accidente que cuenta o lo ha escuchado.

En una circunstancia le regaló un vestido muy caro. Adela fue sensible al afecto de su buen padre pero le confesó a su madre, que le disgustaba mucho emplear este vestido, cuyo color tan brillante le parecía contrastar con su divorcio del mundo. Cuando su madre le dijo que su padre sentiría pena si no se lo ponía, con lo contento que estaba al traerlo, ella consintió en vestirlo, pero este sacrificio, hecho por la piedad filial estuvo acompañado de lágrimas. Un día que toda la familia iba a pasar el día en el campo con los amigos, Adela había se había puesto su vestido, pero en el camino se dio cuenta que se había puesto los calcetines de algodón. Se le advirtió del ridículo que hacía el contraste con el vestido. Entonces ella fingió haber tenido una distracción. Pero no se cambió y entonces comprendieron bien, que era un nuevo golpe que había querido darle a su amor propio.

La compasión de Adela por los pobres era tan conocida, que dio lugar a una historia bastante singular. La baronesa y su hija Adela, habiendo conocido que en una aldea poco distante del castillo, un pobre obrero había enfermado, fueron a visitarlo y se las ingenieron para transportarlo al hospital vecino. Lo que hicieron tuvo un feliz resultado, pues el obrero fue transportado al hospicio y su conciencia, recomendada a un virtuoso párroco de la vecindad. El penitente, viéndose a las puertas de la tumba, le confió a su Ananías, la solicitud para sus dos pobres hijos naturales, los cuales según la ley no podían heredar la sucesión. El buen párroco le dio por consejo instituir como heredera a la señorita de Trenquelléon y así establecer un medio seguro para hacer pasar su herencia a sus hijas. El consejo fue seguido, y al fallecer este hombre, la señorita Trenquelléon recibió la comunicación de la sucesión que le habían ofrecido. Aceptarla era una buena obra de ella. Así consintió en ser la heredera del pobre obrero: la sucesión consistía en una pobre casa con un pequeño trastero, que fueron vendidos por veinticuatro francos. Se vendió la casa y añadiendo los doscientos francos que se retiraron, fueron colocados en un negociante que hizo valer este pequeño fondo con los intereses de las hijas. La mayor tenía dieciséis años y fue colocada en una buena y piadosa señora, la segunda, admitida primero en una casa de mendicidad, fue despedida tras el cierre de esa casa de acogida. Enviada a la señorita de Trenquelléon, llegó con sarna y con tiña. La piadosa bienhechora no quiso descargarse del cuidado que reclamaba el estado de la pobre hija. Dios los bendijo, pues la joven curó y fue colocada después de su convalecencia, en una casa donde no se le exigió más que un trabajo de servicio<sup>66</sup>.

Una de las más dulces ocupaciones de Adela era trabajar manualmente por los pobres. Así se la veía ocupada frecuentemente en confeccionar pequeñas canastillas y preparar ropa para sus hijos adoptivos, de los cuales tenía varios<sup>67</sup>.

---

<sup>66</sup> La autora ha debió ser testigo del hecho. Un registro de los archivos departamentales de Lot-et-Garonne señala que en la fecha del 19 junio 1815, Adela y su hermana Deseada, han estimado una herencia de 248 fr

<sup>67</sup> Leemos en el *Libro de contabilidad* de la Sierva de Dios: diciembre 1809... *para mis camisitas y ropita*... 21 fr; 23 febrero 1811: *para una camisita*... 7 frs; abril 1811: *camisita* 4 fr; 17 oct 1812: *para una camisita*, 7 frs; 31 julio 1815: *para el vestido del pobre*, 17,10; 30 agosto 1815: *para la Larbese*, 9 frs; 20 oct 1815: *por dos meses en La Larbese*, 18 frs; 19 nov 1815: *para la camisita de la Tricoulete*, 12 frs; 1 dic 1815: *por un mes de Cadette en Larbeze*, 9 frs; enero 1816: *para el mes de Larbese*, 9 frs; 20 enero 1816: *pago por adelantado el mes de Larbese, para el mes de febrero*, 9 frs; 1 abril 1816: *para la Larbese*, 9 frs; 3 mayo 1816: *para el mes de Larbese*, 9 frs; 6 mayo: *por caridad*, 3 frs; Aquí y allí se leen otras menciones en favor de los pobres: Sept 1809, *para la pequeña*, 19,15 frs; 20 octubre 1809: *para el viaje de la pequeña a Nerac*, 3,15 frs; *para un pañuelo para ella*, 4 frs; *para un par de zapatillas idem*, 4,10 frs; 3 nov 1809: *para el viaje de la pequeña*, 18,10 frs; 1 enero 1810: *para la de Bonnefond*, 6 frs; 28 enero 1810: *para Cadette*, 3 frs; 19 abril 1810: *para la pequeña*, 30 frs; 7 junio 1810: *para el*

## 10.- Su celo apostólico

Adela de Trenquelléon tenía, si se puede uno expresar así, una sed devoradora de la salvación de las almas<sup>68</sup>, que no le permitía dejar escapar ninguna ocasión de emplearse en ello. ¿Escuchaba la voz de un pobre que pedía limosna? Enseguida corría a llevarle ella misma el socorro espiritual lo mismo que el pecuniario. Si el pobre era una persona de edad, le hacía preguntas sobre las principales verdades de la religión y si las había olvidado, le hablaba de la importancia de la salvación, de la muerte, de la necesidad de frecuentar los sacramentos. ¿Era un niño? Le invitaba a venir todos los días aprender el catecismo y a fin de hacer su invitación más persuasiva, empleaba como cebo las recompensas. Un día que preguntaba sobre la religión a una joven de 13 años, esta le respondió que era protestante. Adela la invitó a venir a su catequesis y la chica, animada por la promesa que le había sido hecha de una recompensa, era fiel a la cita y vino al día siguiente, acompañada de su joven hermano y después de un segundo, y finalmente de una hermana mayor. Ahí estaban los cuatro, como discípulos fieles de la señorita de Trenquelléon. Queriendo dar estabilidad a la conversión de sus neófitas, decidió, al cabo de algunos meses, llevar a la chica por quien comenzó todo, a una brava y piadosa obrera que se encargó de enseñarle la costura y de alimentarla por tres francos al mes, queriendo también su parte de la buena obra. Uno de los chicos pequeños fue colocado como criado de un virtuoso sacerdote. Un pequeño primo de estos chicos, protestante como ellos y llegado a ser discípulo de Adela, fue igualmente colocado con un respetable párroco, pero todos estos pobres chicos que no eran sino pequeños mendigos, no tenían más que harapos. Era preciso por tanto proporcionar ajuar a cada uno. Y la caridad de Adela alcanzó para todos<sup>69</sup>.

Sin embargo, la madre de la pequeña iba a veces a verla a casa de la buena y piadosa costurera que la había acogido. Para ir allí, había que pasar por Lompian, la parroquia del virtuoso Larribeau, porque estaba ordinariamente encargada de llevarle una carta de Adela de Trenquelléon. Este virtuoso sacerdote lleno de celo, intentó un día decirle a la pobre mujer algunas palabras sobre sus errores religiosos. El terreno estaba preparado por la gracia. La buena mujer se rindió a los consejos del celoso ministro del Señor y tomó el deseo de entrar en el seno de la Iglesia. ¡Que dichosa noticia para el celo de Adela de Trenquelléon! ¡Y qué alegría, cuando al día siguiente, esta mujer fue a decirle lo que había decidido! Pero había que instruir a esta mujer que vivía en una granja distante del castillo como una legua. Se decidió que todos los domingos iría allí. No encontró ninguna dificultad para su conversión de parte del marido, puesto que este era católico, aunque bastante indiferente en materia de religión. Pero se conformó con la decisión que había tomado su mujer. Era necesario regularizar el matrimonio que no había sido registrado en el Ayuntamiento. El marido vino también al castillo para recibir algunas instrucciones.

---

*Español*, 6 frs; 16 nov 1810: *para el ajuar de Lami*, 29,12 frs; 29 dic 1810: *para la Bonnefond*, 6 frs; *para Úrsula*, *para la Peraquete*, *para Janneton*... *para el gracioso molinero*, etc, etc...

<sup>68</sup> Esta expresión vuelve a aparecer de la pluma de madre María José, en una carta a una superiora, el 16 de enero 1859 (Doc XV, C, 3, c).

<sup>69</sup> Imposible identificar a estas personas, pero la autora debió ser testigo de los hechos. Las menciones que hemos citado en el *Libro de contabilidad* muestran que no son inverosímiles (cf. supra, nº 66).

El párroco del pueblo ejerció sobre sus parroquianos sus piadosos ministerios y toda esta familia, compuesta por ocho personas, el padre, la madre y seis hijos, entraron en el seno de la Iglesia, excepto el hijo mayor<sup>70</sup>.

Hemos hablado ya, del celo de Adela de Trenquelléon por la instrucción de los niños pobres. Los de esta región no tenían entonces otros recursos para instruirse, que las catequesis que se daba en las parroquias, pero la mayor parte no acudían nunca, ya que vivían en poblados muy aislados. Muchos no habían escuchado nunca o casi nunca, hablar de Dios. Adela decidió pues establecerse como institutriz. Abrió en el castillo una pequeña escuela, para enseñar, sea a los chicos sea a las chicas, las oraciones principales, el catecismo y la lectura. Pero era imposible reunirlos a hora fijas. Los chicos llegaban pues, de muy diferentes puntos y a cualquier hora del día. En el momento que aparecían, Adela dejaba sus ejercicios de devoción o sus reuniones de familia, para ir con estos pobres chicos. Se comprende qué espíritu de renuncia exigía una obra de esta naturaleza y organizada de esta manera<sup>71</sup>. Algunas veces, en la víspera, instruía a los pobres servidores de las granjas vecinas, que ocupados durante el día con los trabajos del campo, no tenían más que el final del día libre.

Se entiende fácilmente que los criados de la casa no estaban olvidados. Adela tenía una piedad demasiado atenta para olvidar a aquellos que eran los primeros en recibir cuidados. Así ella instruía a los que no conocían suficientemente los principios esenciales de la religión, secundando a su virtuosa madre, que todas las tardes en invierno los reunía para hacerles una lectura religiosa según sus capacidades. Cuando la señorita de Trenquelléon encontraba en las chicas de servicio de la casa, almas sencillas, inclinadas a la devoción, las cultivaba y las asociaba incluso a sus prácticas religiosas, ayudándoles a responder a los caminos de Dios sobre ellas.

Imitadora de la Caridad del Buen Pastor, no atendía solo a las ovejas que venían a presentarse por sí solas a la puerta de del redil. Adela corría sin cesar por aquí y por allá para reunir aquellas que se habían alejado. Cuando acompañaba a sus padres en la visita de las granjas de la familia, preguntaba a los chicos y chicas que estaban empleados como domésticos, informándose si habían hecho la primera comunión. A menudo la respuesta era negativa, aunque algunos hubieran llegado a una edad, donde desde hace tiempo, este precioso deber debería haberse cumplido. Entonces enseguida tomaba las medidas para que vinieran con ella a instruirse.

El domingo, cuando la familia iba en coche a misa [a la parroquia de Feugarolles] nunca se montaba en él. El trayecto del castillo al pueblo estaba consagrado a una suerte de pequeña misión: abordando a las chicas que iban a los oficios, ella las entretenía con asuntos de piedad. ¿Iba Adela de paseo? Nueva misión: a los pequeños pastorcillos de rebaños que se encontraba, les preguntaba y cada nuevo encuentro era ocasión para pequeñas catequesis. Esta vocación de Adela, que todos reconocían, prendió en su joven hermana<sup>72</sup> y en dos de

<sup>70</sup> Esta última precisión para indicar bien que la autora relata como testigo ocular.

<sup>71</sup> En el *Libro de contabilidad* encontramos: 1 marzo 1811: *para catecismos y rosarios*, 1 fr; 12 marzo 1809: *para catecismo*, 10 sols; junio 1811: *para libros*, 2 frs; mayo 1812: *para los libros pequeños*, 2 frs; *para los niños*, 24 frs; 21 enero 1813: *para un rudimento*, 1,10 fr; 7 enero 1815: *para un alfabeto*, 1,10 fr; 26 febrero 1815: *para un catecismo y 6 rosarios*, 1,10 frs; 22 enero 1816: *para dos catecismos*, 1 fr.

<sup>72</sup> Desirée (Deseada), la hermana de Adela nació en Portugal durante el exilio. Pronto se casó con su primo, el barón de Batz (nota autógrafa de madre María José).

sus primas<sup>73</sup>, que privados de su madre, habían encontrado una segunda, en la señora de Trenquelléon. Entonces, cuando las jóvenes señoritas querían tener el placer del paseo que no podían tomar sin *mentor*, sabiendo cómo la piadosa Adela lamentaba el tiempo que no empleaba en una buena obra, ellas le decían “Adela tenemos que ir a misionar”. Esta sonreía con su ingeniosa respuesta y partían inmediatamente para la misión, dirigiéndose tanto a un pueblo o a otro, o yendo a la aventura, escogiendo caminos perdidos por donde se ignoraba a donde llegaban. Era una verdadera misión: reunía a los chicos a los que hacía recitar oraciones, les hacía preguntas sobre el catecismo y solicitaba a los padres, piadosas invitaciones para cultivar estas jóvenes plantas [de sus hijos]. Si estos chicos estaban en edad de frecuentar la escuela de Adela, ella no faltaba en invitarlos a acudir, creciendo así la escuela día a día.

### 11.- Su solicitud por la pequeña asociación

Pero entre todas estas buenas obras que formaban parte de su vida, la que amaba más, era la piadosa asociación de la que ya hemos hablado. La estimaba de tal manera que descubrimos en ella uno de los motivos que contribuyeron a hacerla renunciar a la vida del mundo. Mantener sus amigas en la piedad, trabajar por hacerlas crecer, era su pensamiento dominante. También vemos con qué alegría contempla ya la piadosa asociación extenderse y tener numerosas ramificaciones, no solamente en el departamento de Lot-et-Garonne, sino también en otros departamentos<sup>74</sup>. Adela iba anualmente a pasar algunas semanas a Condom<sup>75</sup>, con tres hermanas de su padre, que vivían allí en comunidad y que querían tiernamente a su sobrina, admirando sus virtudes. En estas visitas a Condom, Adela, cuyo carácter era extremadamente sociable, se unió por lazos de estrecha amistad, con varias jóvenes de una eminente virtud, especialmente con la señorita Lachapelle<sup>76</sup>, que era más o menos de su misma edad. Un pequeño núcleo central de la Asociación, se estableció pues así en Condom. En todos los lugares donde estos núcleos se establecían, había reuniones semanales, oraciones en común, se concertaban las buenas obras, había comunicación por cartas edificantes, recibidas de cualquier asociada ausente, y tenían lugar actos comunes de piedad. Tales eran los objetos y la materia de estas reuniones. La señorita de Trenquelléon escribía cartas tanto individuales como comunes, a todo el pequeño núcleo y eran recibidas y leídas con una piadosa alegría. El departamento de las Landas tenía también un precioso núcleo de jóvenes señoritas de una eminente virtud, muchas de ellas de una brillante posición social, que se unían a las obras de caridad.

### 12.- Primeras relaciones con el Padre Chaminade

En el año 1808, la señorita Adela fue con su madre a Figeac para hacer una visita a su abuela, la condesa de Peyronnencq. Adela se alegró mucho de este viaje, esperando hacer nuevas

---

<sup>73</sup> La autora es una de ellas. Por tanto, habla de su propia experiencia.

<sup>74</sup> Se trata aquí de un testimonio personal de la autora.

<sup>75</sup> Cf. *Libro de contabilidad*: 23 marzo: *viaje a Condom*, 23,6 frs; 16 oct 1815: *para regalos en Condom*, 15 frs; *para el viaje de ida y vuelta*, 6,9 frs; 7 abril 1816: *para el coche, regalos y gastos para ir a Condom*, 18,15 frs. La correspondencia de la Sierva de Dios indica otras estancias en Condom.

<sup>76</sup> Cf. Lista de las asociadas de Condom (Doc IV, F).

prosélitas para su asociación. Estaba a punto de dejar Figeac, tristemente frustrada en su proyecto, cuando la Divina Providencia hizo surgir una circunstancia importante, para el designio escrito en el cielo, de la fundación de un nuevo instituto, del cual Adela tenía que ser el alma y la fundadora. La señora, su madre, había ido a visitar a la venerable superiora del Hospicio<sup>77</sup>, íntima amiga de la familia. La baronesa le habló de su hija y de la piadosa asociación que había formado. El señor abbé Lafon, entonces subdiácono y profesor en el Colegio de Figeac, se encontraba presente en la conversación. Entonces él le habló de una congregación de este tipo que existía en Burdeos, bajo la dirección del P.Chaminade y ofreció escribirle a este último, para agregar a la señorita Adela y sus piadosas amigas, a la Congregación de Burdeos<sup>78</sup>, de la cual era directora la señorita Lamourous<sup>79</sup>. Esta era también superiora de la casa de La Misericordia, que fallecería en 1835, en olor de santidad.

La Señora de Trenquelléon, a su regreso [del Hospicio], habló a su hija del encuentro que había tenido y del ofrecimiento de Lafon. Adela escuchó los detalles de lo que le contaba su madre con una viva alegría y pocas semanas después recibió del P.Chaminade una carta muy amable, en la cual, después de haberle testimoniado la alegría de la filiación solicitada, le pedía el envío de los nombres de sus piadosas amigas, a fin de inscribirlas en el catálogo de la asociación y establecer un lazo entre la congregación madre y la nueva rama<sup>80</sup>. Así se estableció la correspondencia entre ambos. Adela de Trenquelléon, viendo su pequeña asociación así reforzada y de alguna manera estabilizada, acrecentó el celo para conducirla a su perfeccionamiento. Todas las cartas a sus amigas no eran más que urgentes invitaciones a darse por completo a Dios. ¿Se acercaba la época de la celebración de un misterio [cristiano]? Comenzaba entonces la comunicación de piadosas prácticas para prepararse o para sacar fruto de él, efusiones de una piadosa amistad sobre los sentimientos que habían provocado o que uno hubiera querido que le provocaran. ¿Comprobaba que una de sus amigas parecía desviarse de las máximas estrechas del cristianismo o que ella ponía demasiado interés en su arreglo personal o seguía ciertas modas no demasiado decentes? Entonces se alarmaba y buscaba cómo solucionar esto, para darle piadosas advertencias, sea verbalmente, sea por escrito. ¿Se presentaba la ocasión de ver a alguna de las asociadas que no había conocido hasta entonces, más que por el camino de la correspondencia? ¡Qué momento más feliz! Se puede juzgar por el color de su rostro, el fuego que animaba a sus ojos, la emoción de toda su persona. Tomaba en sus brazos y abrazaba afectuosamente a estas amigas, que la caridad les había dado. Así que bastó haberla visto una vez, para dedicarle su cariño más tierno, la confianza más íntima. Esta reciprocidad no debe sorprender pues se veían tiernamente y caritativamente amadas por Adela de Trenquelléon. ¿Podían ellas a su vez no quererla así, no darle toda su confianza? Por eso era conocida entre el gran número de amigas con el nombre de “la querida Adela”<sup>81</sup>.

<sup>77</sup> Sor Gertrudis du Tréjet, que murió en Figeac en diciembre de 1816, a los 92 años y en cuya tumba se grabó: *Sor Gertrudis du Tréjet, servidora de los pobres durante 76 años* (cf. L.AUBINAU, *Vie de la vénérable mère Emilie de Rodat*, Lyon 1891, p. 65).

<sup>78</sup> Sobre este encuentro, ver H.Rousseau, *Adèle*, p.155.

<sup>79</sup> Sobre la señorita de Lamourous, cf. J.B. Pouget, *Vie de mademoiselle de Lamourous*, Lyon-París, 1843. Teresa murió el 14 septiembre 1836 y no en 1835. La autora escribe de memoria. El encuentro con Lafon lo tuvo que conocer, bien por la Sierva de Dios o por la misma baronesa.

<sup>80</sup> Cf. CHAMINADE, *Cartas*, nº 31.

<sup>81</sup> Todo este párrafo está confirmado por la Sierva de Dios. Miembro de la Asociación, viviendo en Trenquelléon, la autora ha estado particularmente bien informada.

### 13.- La Sierva de Dios y el P.Larribeau

El Espíritu Santo era casi el único guía de la señorita de Trenquelléon, pues durante bastante tiempo, permitiéndolo Dios así, no encontró en su confesor<sup>82</sup> las luces y los ánimos de los que tenía necesidad, sea para ella o para la obra que dirigía. Dios vino en su ayuda y como en otro tiempo con Santa Juana de Chantal, le suscitó el hombre de su elección. En este caso fue el respetable P.Larribeau<sup>83</sup>, párroco de Lompian, hombre de una sencillez admirable y de una profunda humildad. Viendo los designios de Dios sobre esta alma y la fiel correspondencia que ella ejercía, Larribeau le aconsejó la comunión dominical. El párroco [de Feugarolles] no aprobaba la comunión frecuente: un domingo en que la señorita Trenquelléon fue al tribunal sagrado [la penitencia], le prohibió acercarse [a la comunión] hasta el mes siguiente. El padre Larribeau, a quien ella daba cuenta de su deseo [de comulgar] le dijo: *Deje pasar el mes tal como le ha dicho a usted, pero después venga todos los domingos*. Dios bendijo este acto de obediencia y al mismo tiempo habló al corazón del párroco, quien desde ese momento no se opuso a esa comunión dominical<sup>84</sup>.

Una vez al año, la señorita de Trenquelléon obtenía de sus padres el permiso de ir, a Lompian<sup>85</sup> acompañada de una religiosa mayor, a pasar un día o dos. Ambas se alojaban con una buena familia de los alrededores. En esta época, Adela hacía su retiro anual, dando cuenta al Señor de todas las disposiciones de su alma y antes de retirarse del ministro del Señor, pronunciaba la fórmula de renovación que indica San Francisco de Sales en su libro de la *Vida devota*. Adela añadía, tras dar cuenta de su interior, la acusación de sus faltas tanto de rectitud, justicia, franqueza y abandono, así que volvía de su peregrinación completamente renovada. La paz y la calma de su alma se leían en su rostro y brillaban en toda su persona. La época del viaje de la señorita de Trenquelléon a Lompian, era también una señal para la reunión con las asociadas de Puch, de Tonneins, etc. Esta pequeña parroquia era el lugar de las citas y pasaban el día juntas y a veces la comida campestre era en un prado cerca de una fuente. Una alegría viva y pura animaba los encuentros, se concertaban las buenas obras y el proyecto de reunirse un día, para entregarse a los pobres del campo. Se meditaba “este querido proyecto”<sup>86</sup> (nombre que se le había dado) y lo encomendaban a Dios. El momento para llevarlo a cabo no era propicio todavía, se estaba bajo el gobierno del emperador Napoleón, hostil como se sabe, a las instituciones religiosas. Por otra parte, no había fondos disponibles. La señorita de Trenquelléon tenía en verdad bellas promesas de fortuna, pero nada de disfrute.

<sup>82</sup> El párroco de Feugarolles, el abbé Dousset; cf. H.Rousseau, *Adèle*, p. 723.

<sup>83</sup> Cf. *Ibid*, p.121.

<sup>84</sup> La autora no ha podido conocer este hecho mas que de la Sierva de Dios, o de su madre, a quien Adela habría hecho esa confidencia.

<sup>85</sup> Detalle confirmado por la correspondencia de la Sierva de Dios y por su *Libro de contabilidad*: 4 junio 1810: *para Lompian*, 4 frs; 6 octubre 1811: *para el viaje a Lompian*, 4 frs; Cartas: 7 junio 1810, 14 oct 1811, 15 jun 1814 (AGFMI). La religiosa mayor que servía de *carabina*, parece ser la señora Marianne Pereyra Pachan, que trabajaba en el castillo (Cf. ADLG, Agen, *L suppl, Nerac, c.m.* 17 floreal III).

<sup>86</sup> Se encuentra de hecho la expresión en la carta del 15 junio 1814. La autora ha podido ser informada directamente. Desde 1813, Isabel de Casteras vivía todo el año en el castillo (H. Rousseau, o.c. p.230).

#### 14.- Sentimientos de la sierva de Dios con respecto a su familia

Si alguien cree que el amor a los pobres, la creación de proyectos de buenas obras, ocuparon casi exclusivamente el alma de la señorita Adela se equivocaría grandemente. Los sentimientos de afecto de familia estaban también profundamente grabados. Ella tenía a su padre el más tierno afecto filial y este buen padre por su parte, amaba a su hija al mismo tiempo que la admiraba. Le gustaba hacerle agradables sorpresas a su hija. Al regresar de una visita que la señorita de Trenquelléon acababa de hacer [en Figeac] a su abuela, la señora de Peyronnencq, encontró en el oratorio personal una pequeña biblioteca bastante completa: Un escritorio nuevo con todo lo que era necesario para la correspondencia y una nota que decía así: *Regalo del Padre más tierno, a la hija más querida y más digna de serlo.*

Al mismo tiempo ¡cual no sería la veneración de la señorita de Trenquelléon por su virtuosa madre! Eran dos amigas: el corazón de la madre y el de la hija, se ensanchaban el uno en el otro, con un sentimiento mutuo de confianza. Las tres hermanas de la baronesa de Trenquelléon, que vivían juntas en su retiro de Condom, tenían también un gran afecto a su sobrina. ¡Que alegría experimentaba Adela en la estancia anual junto a sus buenas tías! ¡Cómo les pagaba de parte de toda su familia, el tributo de veneración y de reconocimiento que les era tan justamente debido a las tías! Adela era también una hermana tierna y afectuosa, buena y excelente pariente. ¡Cuántas novenas de oraciones dirigidas al cielo por los diversos miembros de su familia! ¡Qué parte no tomaría ella en todo lo que podía interesarles! Se puede decir que no parecía vivir más que para el otro en vez de pensar en sí misma. La abnegación de sí era una de sus virtudes características. Sus trabajos de bordado tenían por objeto los demás. No era más que en último extremo por así decir, cuando ella decidía trabajar para sí misma y decía que tenía una repugnancia singular<sup>87</sup> para ello.

Encargada del cuidado de la fruta, no comía sino las piezas que tenían poca apariencia o comenzaban a estropearse. Le parecía una pena consumir ella misma la fruta buena. Si en la mesa un plato tenía mala apariencia, se estaba seguro que ella lo aceptaría e incluso que lo pediría. Su atención a mortificarse era continuo. Se la veía afrontar el calor en verano y el frío en invierno cuando iba todos los domingos a la iglesia y asistir a las Vísperas. A la salida de los oficios recitaba el rosario con algunas piadosas personas del pueblo, que asociaba a esta piadosa práctica. Tenía también días de ayuno reglados y una persona que ha vivido con ella, cuenta que ella ayunaba todos los viernes. Aunque la señorita de Trenquelléon no encontrara gusto más que en las cosas de Dios, su piedad de ninguna manera era sombría, y en las diversiones que tenían lugar en las reuniones familiares, Adela tomaba parte en ellas, aceptando los papeles con la mejor gracia del mundo.

#### 15.- Enfermedad y muerte del barón de Trenquelléon

El año 1812, el barón de Trenquelléon que había disfrutado hasta esa época de la más brillante salud, fue atacado por una suerte de parálisis, que provocó lentamente sus funestos efectos<sup>88</sup>. Estos se hicieron sentir primero en las piernas, después en las manos y

<sup>87</sup> La autora ha podido constatar los hechos por sí misma.

<sup>88</sup> El ataque de parálisis está mencionado en una carta de la Sierva de Dios, del 14 oct 1811, pero la parálisis no inmovilizó verdaderamente al barón sino a partir de 1812.

sucesivamente en todas las partes del cuerpo. La señorita de Trenquelléon se convirtió en la inseparable compañera de su padre. Por la mañana, una vez terminados sus ejercicios de piedad, iba donde él, llevando su trabajo de costura. Buscaba distraerle tanto por la lectura como por los relatos. Por eso el padre la llamaba “su Antígona”. A menudo, cuando la estación lo permitía, el barón de Trenquelléon pedía que llevaran su sillón a un prado cerca del castillo y su hija trabajaba junto a él. Un día ella se dio cuenta de un joven pastor, que había conducido su rebaño a este mismo prado. Ella le interrogó y supo que tenía quince años, que no había hecho su primera comunión, que no se preparaba para hacerla y que ignoraba las primeras verdades de la religión. Invitó al pastor a volver todos los días al prado con su rebaño para recibir un poco de instrucción. Él regresó durante algunos días pero la indiferencia pudo más, incluso con la promesa de recompensas y ya no volvió a aparecer, para descontento de Adela. Sin embargo, cierta tarde, mientras el resto de la familia estaba en el interior del castillo, se escuchó la voz de Adela que se hacía entender a lo lejos ciertas veces. Al entrar Adela [en el castillo] le preguntaron entre risas qué eran esas voces, que hacían retemblar con sus ecos los alrededores. Ella respondió sonriendo que había divisado al pequeño pastor sobre la colina y que le llamaba, a fin de que descendiera a la llanura.

Sin embargo el estado de enfermedad del barón de Trenquelléon iba cada vez agravándose más. La parálisis se hizo completa, sin atacar sin embargo, el uso de la facultades intelectuales. La gran fe de la cual estaba animado, sostuvo su resignación en un estado tan penoso para la naturaleza. El Señor, habiendo ejercido así su paciencia durante tres años, le llamó a él, en junio de 1815. Después que su hija hubo dado a su dolor, el tributo que reclama la naturaleza, se puso a disposición de su Señor y divino Maestro para cumplir sus designios<sup>89</sup>.

## 16.- Hacia la fundación del Instituto

Como había llegado la Restauración [monárquica], los corazones de los católicos se abrían a dulces y piadosas esperanzas. La señorita de Trenquelléon había entrado por la muerte de su digno padre, en posesión de una fortuna bastante considerable. Entonces soñó seriamente realizar sus proyectos y se dirigió al padre Larribeau, guía de su alma, el depositario de sus planes, con el fin tener reglamentos apropiados para dirigirla a ella y a sus compañeras, hacia el fin que ellas habían propuesto: la instrucción y el cuidado de los pobres del campo. Era para la gente del campo donde estaban los afectos del corazón de la señorita de Trenquelléon, diciendo: *los recursos abundan en las ciudades, y en cambio en los pueblos los campesinos están enteramente abandonados*. El humilde P.Larribeau le respondió a la señorita de Trenquelléon que tenía mucho interés en su proyecto y no cesaría de apoyarlo, pero que no se veía con las cualidades requeridas para ser fundador de una orden y no creía que Dios le pedía este trabajo<sup>90</sup>.

<sup>89</sup> El autor ha contemplado los hechos que cuenta. Por otra parte, la descripción que hace de la vida familiar en el castillo de Trenquelléon durante la enfermedad del barón, está corroborada por el relato hecho por F.Seymour Larpent de su visita al castillo en junio 1815 (Doc V, nº 3).

<sup>90</sup> Relato conforme a lo que nos cuentan las cartas de la Sierva de Dios. La autora ha podido informarse directamente por la fundadora. Ella ha podido escuchar decir las palabras que cuenta aquí. No menciona al abbé Laumont, del cual la correspondencia da fe sin embargo, de su intervención.

La señorita de Trenquelléon se dirigió entonces al P. Chaminade. Este le respondió que desde hacía tiempo se ocupaba redactando unas constituciones para una orden de jóvenes cristianas, entregadas de una manera especial al culto de María y debiendo esforzarse en imitarla en su vida interior y en su vida activa. Que aunque no había tenido hasta ahora manifestaciones de la Providencia para comenzar nada, tenía siempre confianza de que Dios le prepararía las piedras para construir este edificio espiritual. Finalmente le dijo que la apertura que Adela le había hecho de su corazón, le parecía una manifestación providencial, de que Dios quería, finalmente, el cumplimiento de su plan y que había destinado así a sus piadosas asociadas a ser las piedras fundamentales<sup>91</sup>.

Sin embargo había una dificultad, que habría podido detener a un alma menos desprendida de su propia razón, pero no era el caso de la señorita Trenquelléon. Era una especie de oposición de planes, entre el futuro fundador y la futura fundadora, sobre los medios de ejecución. Adela como ya lo hemos visto, tenía un proyecto de trabajar con los pobres del campo. El padre Chaminade, al contrario, tenía el proyecto de fundar una orden con clausura. Chaminade en una carta a su joven cooperadora, le dijo querer hacer de ella y de sus compañeras *pequeñas misioneras*<sup>92</sup>. Esta expresión le gustaba mucho a Adela aunque ella no comprendía cómo este *ser misioneras* podría realizarse con la clausura. Pero contenta de haber dado a conocer su plan, se abandonó a las luces de aquel, que ella creía suscitado por Dios para guiarla en esta empresa. Adela le siguió con coraje en la ejecución, secundada por su íntima amiga la señora Belloch, que se ocupó de buscar una casa en alquiler. Esta encontró una que pertenecía al ayuntamiento, antiguamente casa de las religiosas que se llamaban del "Refugio". Esta casa era grande, cómoda y parecía preparada por la providencia para la obra que debía comenzar. La preparación de una capilla fue el primer cuidado que se tuvo. Pronto esta noticia se extendió por la ciudad de Agen, porque parecía que se abría un nuevo convento. Los corazones piadosos se alegraron, sobre todo cuando se conoció para qué era: la instrucción de los pobres. Por otra parte, se contó con los servicios de la señora Belloch. Esta puso muy buena voluntad y recursos para solucionar la penuria en la cual se estaba, en cuanto a manteles del altar, ornamentos etc. Fueron llegando regalos de ropa. Se abrió una especie de taller, en casa de dos respetables señoras de la ciudad, donde acudían diariamente para confeccionar ornamentos, las piadosas amigas de la señorita de Trenquelléon y otras personas celosas de contribuir a esta buena obra<sup>93</sup>. Varias jóvenes que habían entrado en la formación del proyecto, se echaron atrás en el momento de ejecutarlo. En el caso de algunas, los obstáculos vinieron de sus familias, en otras, de su propia decisión. Sin embargo, la constancia de Adela no se vio afectada<sup>94</sup>.

---

<sup>91</sup> Madre María José resume aquí las cartas escritas por el P. Chaminade a la Sierva de Dios, el 30 agosto 1814 y 8 octubre 1814. Incluso ha podido tenerlas en las manos, porque están hoy en las AGFMI (cf. Chaminade, *Cartas*, 51 y 52).

<sup>92</sup> Es la carta 52, del 8 octubre 1814 [conocida como "La revelación del secreto"].

<sup>93</sup> Todo esto está confirmado por: 1º. El acta de alquiler del Refugio; 2º. Una carta de la señora Belloc a la Sierva de Dios (Doc V, A, 13), que constituyen una documentación escrita de la que la autora se ha podido inspirar aquí.

<sup>94</sup> Dos párrafos más adelante, la autora dirá que la Sierva de Dios dudó en el último momento. No hay contradicción. Aquí simplemente quiere decir que el abandono de ciertas asociadas no fue la causa de la duda que señalará después. Tuvo que conocer las defecciones a medida que se iban produciendo (Doc v).

Adela había deseado que el nacimiento de la fundación fuera en Burdeos a fin de estar más cerca del fundador. El P.Chaminade lo había deseado también, pero se tuvo que plegar a la voluntad de Monseñor Jacoupy, obispo de Agen<sup>95</sup> [que no quería perder esta fundación en su diócesis]. Una de las personas con las que se contaba más, para la futura colonia era una respetable señorita que vivía en una pequeña ciudad de los alrededores. La señorita de Trenquelléon y la señora Belloc fueron a verla en la Cuaresma de 1816 para concertar el asunto. La señorita L[anet] quiso enseguida llevarse sus muebles pero ningún obrero consintió en trasladarlos. Toda la ciudad se conmovió y protestaba que no dejarían partir a esta buena señorita que era la madre de los pobres. Se vio que no era prudente luchar. La señorita L[anet] suspendió pues, su partida, pero queriendo probar que ella se asociaba a la obra para contribuir, dio la mitad de su ropa y una suma de 1000 francos. Esta ayuda fue tanto más útil, teniendo en cuenta que la mayor parte de las primeras que habían entrado, no podían proporcionar más que unos modestos muebles, poca ropa y nada de dinero<sup>96</sup>.

Sin embargo el enemigo de todo bien, no contento con los obstáculos exteriores que opuso a la obra, buscó levantar turbaciones en el alma de la señorita Trenquelléon. Así le representó su proyecto como temerario, imprudente y por encima de sus fuerzas. Entonces comunicó lo que pasaba en su interior a su venerable madre. Un alma menos noble que la señora de Trenquelléon se hubiera visto atrapada por las circunstancias y habría buscado hacer fracasar el proyecto que le gustaba a una hija, una amiga, incluso a sí misma. Pero la virtuosa madre era demasiado lúcida y eminentemente religiosa para actuar así. Muy penetrada por los deberes que tienen los padres para ayudar a sus hijos a responder a los designios de Dios y guiarlos en el camino de la salvación, animó a su hija a continuar. *Es una tentación*, le dijo ella, *un artimaña del demonio para hacerte renunciar a un proyecto que debe procurar la gloria de Dios. Este proyecto ha sido madurado durante varios años y ha recibido el asentimiento de personas esclarecidas. Hija mía, es preciso seguir adelante*<sup>97</sup>.

La señorita de Trenquelléon había decidido entregar una parte de su fortuna a la ejecución de su proyecto, pero ella no ambicionaba de ninguna manera el título de fundadora. Así que insistió de muchas maneras al P.Chaminade, para que eligiera entre las almas que él dirigía, una persona capaz de comunicar el espíritu religioso a la futura congregación. El P.Chaminade, sin dar más explicaciones sobre este punto<sup>98</sup>, viendo todo suficientemente preparado, comunicó a su joven cooperadora el día en que debía ir a Agen, a donde él mismo viajaría para encontrarse con ella y comenzar finalmente el edificio espiritual del Instituto de las Hijas de María. Estaría acompañado por la señorita de Lamourous, superiora de la Misericordia de Burdeos, que había consentido abandonar momentáneamente a sus hijas de

<sup>95</sup> Monseñor Jacoupy no consentirá el traslado del noviciado a Burdeos mas que en 1824. La autora tuvo que conocer y constatar por su prima esta divergencia de planes entre el obispo y el P.Chaminade.

<sup>96</sup> El hecho narrado aquí es conocido por una carta posterior de la Sierva de Dios, por la que sabemos que se trata de la señorita Lanet (carta del 31 agosto 1819) [nº 338, dirigida al P.Chaminade). La autora no precisa tampoco el nombre de la ciudad [Villafranca]: la señorita Lanet vivía todavía sin duda, cuando madre María José anotaba este recuerdo.

<sup>97</sup> La autora ha podido escuchar a la baronesa reconfortar a su hija. Madre María José aprovecha la circunstancia para hacer una vez más el elogio de la señora de Trenquelléon, por quien siente una gran estima.

<sup>98</sup> Cf. G.J.Chaminade, *Cartas*, nn.62 y 64.

la Misericordia para ir a dar a esta piadosas aspirantes las primeras nociones de la vida religiosa<sup>99</sup>.

El veintitrés de mayo, día de la Ascensión, en el momento en que el buen párroco iba a dar la bendición, su corazón se conmovía, viendo prosternada por última vez a los pies del altar de la parroquia, aquella que había sido la edificación [de esa comunidad]. Sus ojos se llenaban de lágrimas, su voz era temblorosa y expresó la profunda emoción que sentía. Al día siguiente, viernes, la señorita de Trenquelléon recibió las visitas de despedida de las amistades de su familia. Su constancia nunca flaqueó, pero queriendo evitarse lo que habría sido demasiado enternecedor en el adiós a su madre, a su hermano y a su hermana y a todo aquello que le rodeaba, partió de alguna manera secretamente, el sábado 25 de Mayo a las cuatro de la mañana, para convertirse en un nuevo Abrahán, que caminaba hacia la tierra que el cielo le había mostrado y donde Dios quería convertirla en madre de una numerosa posteridad, que él destinaba a honrar a María con un culto especial. Hizo a pie el trayecto desde el castillo al pueblo de Port-Sainte-Marie. Allí [cruzando el Garona en un transbordador], tomó un carruaje que la condujo hasta Agen<sup>100</sup>.

### **Continuación de las memorias de la vida de la señorita de Trenquelléon**

#### **17.- Instalación en el «Refugio» de Agen en vistas a la profesión religiosa**

El 25 de mayo de 1816, hacia las nueve de la mañana, la señorita de Trenquelléon llegó a Agen acompañada de otras tres aspirantes, de las cuales una tenía 58 años. El buen Dios había permitido la entrada de esta venerable anciana [¡de 58 años!], a fin de que las jóvenes destinadas a tomar parte en la congregación, tuviesen en ella un mentor, que su edad y su virtud hacían respetable y que su experiencia la situaban en estado de dar sabios y preciosos consejos. Las fervientes aspirantes a su llegada descendieron del coche en la casa que llamaban del "Refugio", donde les esperaba desde hacía algunos días, Francisca Arnaudel, más tarde Hermana San Francisco. Esta buena hija iba a recibirlas en la puerta cuando la señorita de Trenquelléon la abrazó con la más viva ternura y en su deseo de despojamiento le dijo: *Toma*, dijo ella dándole la bolsa, *aquí está el dinero*".

La señora Belloc y otras amigas que la señorita Trenquelléon tenía en Agen, estaban allí reunidas para recibirla. A su llegada todas juntas se dirigieron a la capilla, donde cantaron un cántico de acción de gracias y de consagración a María. Terminado este acto de piedad, se abrazaron cordialmente y se felicitaron mutuamente por estar reunidas en la casa del Señor después de ardientes deseos tan largamente expresados. Esa misma mañana llegó de

<sup>99</sup> Esta información aparece efectivamente en las cartas del P. Chaminade (nº64, 65) y en la carta de la Sierva de Dios a la señorita de Lachapelle (Carta nº 304).

<sup>100</sup> Este episodio y los que siguen no pueden ser verificados por ningún otro documento. La autora habla como testigo ocular por una parte y debió conocer el resto más tarde, cuando ella misma se unió a la comunidad donde se encontraban todavía las tres compañeras de camino de la Sierva de Dios: Clementina Yannasch, Juana Lion, y María Treille. Juana Lion, madre Espíritu Santo, falleció en Tonneins el 28 noviembre 1825. Sor San Francisco falleció también en Tonneins el 16 julio 1853 (AGFMI Necrológico). Se ve que la autora es más precisa cuando se trata de personas fallecidas, salvo en lo que concierne a la señora Belloc. Es exacto que el primer confesor del convento fue el abbé Mouran (Doc VII, intr., 2).

Burdeos la respetable señorita de Lamourous, que fue recibida por las nuevas postulantes con efusiones de viva alegría. Esta respetable señorita había hecho el sacrificio de abandonar momentáneamente la dirección de su establecimiento de la Misericordia, para ir a llevar a las Hijas de María, las órdenes del fundador, preparar las nuevas esposas de Jesucristo a la consagración que ellas suspiraban desde hacía tanto tiempo, dándoles la primera lección del espíritu de las Constituciones que ellas iban a abrazar y de las cuales una parte les había sido enviado. Los reglamentos fueron recibidos con respeto y santo interés. Esa misma tarde, la pequeña colonia, teniendo a la cabeza a la señorita de Lamourous, fue a rendir homenaje a Monseñor, el obispo de Agen y pedirle su bendición. El digno prelado las acogió con mucha bondad y se dignó el día siguiente ir a visitar a nuestras felices aspirantes. Les dio por confesor y un poco más tarde como superior, a Monseñor Mouran director del Seminario de Agen. Este digno ministro del Señor fue al día siguiente para comenzar a ejercer su nueva misión. Su caridad que nunca fue desmentida, dejó para su memoria en el corazón de las Hijas de María, un sentimiento imperecedero de reconocimiento.

La señorita de Lamourous, queriendo dar a las aspirantes la idea de desprendimiento, al cual ellas iban a entregarse les hizo poner en común todo lo que llevaban y se hizo alegremente. Comenzaron a preparar los hábitos con los cuales esperaban recibir al padre Chaminade. Querían recibirle pronto. Finalmente el sábado 8 de junio de 1816, víspera de la Santísima Trinidad llegó el fundador. Se imaginaría uno difícilmente la alegría que la llegada del respetable fundador causó en el piadoso grupo. Él les dirigió las palabras más paternales y después de algunos momentos de conversación, se retiró, prometiéndoles para el día siguiente, las conversaciones particulares a fin de proceder al examen de la vocación de las pretendientes.

Muchas jóvenes se habían asociado al proyecto de la señorita de Trequelléon y se mostraban celosas de acompañarlas. En el plan previsto no había régimen de clausura sino por el contrario relación con el exterior. Cuando Chaminade hubo anunciado que según los reglamentos la clausura sería establecida, pocas sintieron la determinación de imitar la humilde renuncia de la señorita Trenquelléon, que aceptó la clausura modificada, de manera que no estorbara las obras de la nueva congregación. En espíritu de la negación total de ella misma abrazó la enseñanza enteramente, pues pensionados, externados para las diversas clases de la sociedad, entraban en el plan de actos de entrega, a los cuales las Hijas de María debían consagrar su existencia. Y esta aceptación de la joven fundadora no debió ser sin gran mérito, pues a ella le repugnaba singularmente esto, temiendo mucho que los estudios a los cuales debían ocuparse las personas que se destinaban a la enseñanza, debilitaran el espíritu interior y el de humildad. Este sentimiento de la piadosa fundadora quedó pues grabado en el corazón de sus hijas, que no perseguía el objetivo de alejarlas del estudio, sino recordarles que ellas no debían llevar más que un espíritu de celo para procurar la gloria de Dios y con un santo temor de desconfianza hacia ellas mismas, vigilando alimentar el espíritu interior<sup>101</sup>.

---

<sup>101</sup> No disponemos de ningún documento que nos permita decir si la perspectiva de la clausura alejó a pocas o muchas candidatas. La correspondencia de la Sierva de Dios no proporciona ninguna información sobre este tema. Por otra parte, no tenemos razones para rechazar el testimonio de la autora que ha estado bien situada para saber lo que ocurría en el momento de la fundación. Sabemos que de hecho la Sierva de Dios había pensado en una sociedad religiosa para la misión en el campo, lo cual será uno de los motivos de la fundación de una tercera orden regular en 1836 [Auch] (Doc XV, D,3).

Este sentimiento de la señorita de Trenquelléon será también para aquellas de sus hijas que estaban destinadas a los empleos oscuros de la casa, un motivo de consuelo, de santa alegría, por encontrarse alejadas de lo que puede alimentar la vanidad, motivo para apreciar su vocación en sus ocupaciones que las distraen, por así decir, a los ojos de los hombres y que son más propias por eso mismo, para ayudarles a trabajar por su salvación<sup>102</sup>.

### 18.- El obispo de Agen impone una preparación más larga

La mayor parte de las jóvenes que se habían asociado desde el comienzo, al proyecto de la señorita de Trenquelléon, se retiraron y el P.Chaminade habiendo examinado a las que habían perseverado, anunció que algunas serían admitidas a los votos y otras a la toma de hábito. Se fijó el día, así como el retiro que debía preceder a la ceremonia. El P.Chaminade impartió a las postulantes conferencias generales y también particulares. Explicaba las constituciones y los reglamentos que había llevado. Los corazones recibían con avidez este alimento. Cuando se creía casi tocar el día tan deseado, monseñor el obispo de Agen declaró al P.Chaminade que encontraba la cosa demasiado precipitada y que no consentía en una profesión ni incluso una toma de hábito tan rápidas. En vano se intentó obtener de su grandeza que tomara en consideración los largos años de espera y preparación de las postulantes. El sabio y prudente obispo, inspirado sin duda por el Espíritu Santo, permaneció inflexible<sup>103</sup>. Esta determinación hizo que la tristeza sucediera al sentimiento de viva alegría que había suscitado la confianza de poder consagrarse solemnemente a Dios. El buen padre consoló lo mejor que pudo a las ardientes postulantes y les recomendó, esperando el cese de la prueba, formarse con la práctica de los reglamentos y estudiando el espíritu de las constituciones y la vida interior. Así que encargó este pequeño enjambre que se iba a convertir en huérfano, al padre Mouran, pues sus asuntos le llamaban a Burdeos. La señorita de Lamourous por su parte no podía estar mucho más tiempo alejada de su casa<sup>104</sup>. Pero uno y otro se ocuparon antes de partir, de organizar este pequeño núcleo, y tratarles el camino que debía ser seguido. Hubo que elegir jefes entre las postulantes pues no había nada más que postulantes. La señorita de Lamourous, inquieta de alguna manera por la juventud de la fundadora y su gran vivacidad, quiso probar su humildad. *Usted no me parece capaz de gobernar*, le dijo. *Es demasiado viva o impulsiva y lo estropearía todo. Yo no veo entre ustedes más que a la señorita N, que pueda ser superiora. Haga una novena para que el Buen Dios incline a sus padres a dejarla entrar*. La señorita de Trenquelléon acogió esta propuesta con presteza y hizo la novena desde lo más profundo de su corazón. Las oraciones fueron escuchadas: la señorita N vio derrumbarse los obstáculos que la retenían y fue a reunirse con sus piadosas amigas<sup>105</sup>.

<sup>102</sup> Como en otros, este párrafo muestra la intención moralizadora de la autora.

<sup>103</sup> Los hechos son exactos.

<sup>104</sup> Ver POUGET, *Vie*, pp.184-185.

<sup>105</sup> Nada permite ni identificar a la persona señalada como señorita N..., ni controlar el hecho de la novena. La autora lo ha podido conocer oralmente. Ninguna candidata parece haber entrado en el Refugio entre el 25 de mayo y el regreso del P.Chaminade. La señorita de Labastide entró el 28 de junio a título de prueba. Por eso no puede tratarse de ella. El mismo día entró Águeda Diché.

La nueva colonia también se había reforzado con la señorita [María] Fonbonne de Labastide<sup>106</sup>, natural de Lusignan-Le-Petit. Era de la misma edad que la señorita de Trenquelléon y animada del mismo espíritu de celo para la instrucción de los niños del campo. Había abierto una pequeña escuela en su casa paterna. En quienes primero se fijó la señorita de Labastide fue en la respetable compañía de las Hijas de San Vicente de Paúl. Pero sus padres se opusieron diciéndole que no podían consentir que se alejara tanto [de ellos], aunque si quería entrar en el convento que la señorita Trenquelléon iba a fundar en Agen, lo permitiría. La señorita de Labastide sin renunciar enteramente a su proyecto, quiso sin embargo hacer el ensayo que le proponían sus padres. Pareció incluso que era una circunstancia favorable para estudiar la voluntad de Dios, que ella deseaba conocer y seguir. Escribió por tanto a la señorita de Trenquelléon para pedirle una plaza en la futura comunidad, dándole a conocer al mismo tiempo, que su determinación no estaba por completo segura. Recibió una respuesta afirmativa y la señorita de Labastide pocos días después del 25 de mayo, se reunió con las futuras Hijas de María. Pronto le fueron manifestados los designios de la Providencia y no soñó más que unir su destino a la de las nuevas compañeras. Por su parte, la señorita de Lamourous, convencida de la sólida virtud de la señorita de Trenquelléon, aseguró al P.Chaminade que la creía la persona indicada por el cielo para ser la madre de esta nueva familia. Adela fue pues elegida superiora y tomó el nombre de Sor María de la Concepción; la señorita Clementina Yannasch tomó el nombre de Sor Teresa de Jesús; la señorita de Labastide recibió el de San Vicente; y la señorita Águeda Diché el de Sor Sagrado Corazón; ellas fueron designadas para ocupar los oficios principales de la casa y formar el Consejo de la superiora<sup>107</sup>. Terminada esta organización, el P.Chaminade y la señorita de Lamourous partieron hacia Burdeos. No fue sin que se rompieran los corazones de las Hijas de María al ver efectuarse esta partida. Pues no siendo todavía más que debutantes en la vida religiosa, sentían la necesidad de ser guiadas. El buen Dios las guiaría y el digno P.Mourán ofrecería todos los cuidados a la congregación naciente.

## 19.- Primeras obras

A estas nuevas esposas del Cordero, les hubiera gustado mucho consagrar el primer año de su vida en comunidad, para formarse en las virtudes religiosas y meditar sus constituciones. Pero se les había anunciado que debían abrir las escuelas gratuitas<sup>108</sup>. El pueblo, siempre impaciente, murmuraba, pues no veía realizar pronto las esperanzas que les habían

<sup>106</sup> Nacida el 3 diciembre 1789 (ROUSSEAU, *Adèle*, p.319). La autora es la única que cuenta la historia de la vocación de madre San Vicente. Sus fuentes deben ser orales. [Investigando en internet el nombre de Fonbonne, que no aparece en la historia marianista aplicado a Magdalena Cornier de Labastide, nos enteramos que tuvo un pretendiente que pidió su mano en 1813, cuando ella tenía 24 años. Conocemos el nombre de este pretendiente: Alexandre Tamizey de Larroque, cuyo hijo, Jacques Philippe, fue un importante investigador, editor e historiador de Lot-et-Garonne y la Aquitania. Así que ya sabemos que tanto Adela como la madre San Vicente fueron pedidas en matrimonio antes de ingresar en las Hijas de María. En el artículo de Wikipedia sobre Jacques Philippe Tamizey de Larroque, donde se hallan estos datos, se nombra a la madre San Vicente como Marie-Fonbonne de Labastide-Cornier, y se añade: *entrée en religion en 1816 à Agen sous le nom de Sœur St-Vincent de Labastide, qui succèdera à Adèle de Trenquelléon à la tête des Filles de Marie*].

<sup>107</sup> Es posible que la organización no se haya efectuado así desde el principio, pero las religiosas nombradas, son las que durante el primer año fueron las colaboradoras de la Sierva de Dios.

<sup>108</sup> El 6 diciembre 1815, el P.Chaminade había escrito a la Sierva de Dios: *En cuanto a la enseñanza gratuita de los niños, puede usted prometerla (Cartas, nº 59)*.

prometido. Las Hijas de María creyeron pues un deber, renunciar por espíritu de caridad, a sus proyectos de recogimiento completo. Fueron abiertas entonces clases gratuitas y la dirección le fue confiada a la madre San Vicente. Poco después fue igualmente establecido un taller gratuito de costura.

El P.Chaminade, en su viaje a Agen, se había ocupado de reunirse con las jóvenes de la congregación seglar femenina que esta villa poseía<sup>109</sup>, a fin de darles el mismo modo de organización que la que dirigía en Burdeos. Muchas personas se presentaron para ser agregadas. El P.Chaminade las reunió varias veces a fin de desarrollar en ellas el espíritu de la congregación. Se celebró una primera recepción y sesenta personas aumentaron el núcleo inicial existente. El celoso P.Mouran fue su director y la religiosas abrieron las salas del convento para las reuniones. La comunidad de las Hijas de María, trataban con ellas asuntos de conducta sobre la vida de familia y de amistad, a fin de edificarlas con sus consejos y exhortaciones. Se insistió mucho en las meditaciones de las verdades de fe y la frecuencia de los sacramentos, la devoción a la Santísima Virgen, la asiduidad a las reuniones, la fidelidad a los reglamentos prácticos de la congregación y la unión de sus miembros, que debían tender a encontrarse juntos en los asuntos y en los desplazamientos para sostenerse mutuamente y precaverse más fácilmente de las relaciones sociales o del respeto humano. La congregación de las jóvenes estaba dirigida por la Madre Fundadora y la madre Emanuel Lhuillier<sup>110</sup> que había ingresado para reforzar la comunidad naciente. Su piedad era ardiente. Desde hacía mucho tiempo ardía en deseos de abrazar la vida religiosa. Finalmente pudo romper los lazos que la retenían en el mundo e ir a consagrar a Dios los talentos de los que el cielo la había dotado<sup>111</sup>. El celo de la madre superiora no se limitaba a estas reuniones del domingo con las congregaciones. Celosa de cumplir con su título de *religiosa misionera*, durante la semana daba sesiones de catecismo a personas ignorantes o bien incluso a las congregantes que ella elegía, a fin de prepararlas como catequistas. Se formaban pues reuniones con congregantes destacadas, sacadas del seno de las reuniones generales. Había pues un gran impulso de celo entre un buen número de congregantes. Se veía en el rango de las jóvenes una notable piedad, entregándose con coraje y éxito para la salvación de las almas<sup>112</sup>.

Esta continuidad del trabajo alteró en poco tiempo la salud de la madre fundadora, pero su celo no fue menos activo. Ella rechazó tanto como pudo la suspensión del trabajo. El éxito que Dios daba, gracias a ella así como al de las piadosas cooperadoras, tenía como efecto alentar el coraje misionero<sup>113</sup>.

Los paseos públicos estaban casi desiertos, al menos para las jóvenes del pueblo, pues era en esta clase de personas sobre todo, como se operaba el bien. Los bailes se habían abandonado, y se imponían reales sacrificios en los placeres habituales para entrar en la congregación. Se frecuentaban los sacramentos y una especie de piadosa electricidad parecía animar toda esta sociedad religiosa. Una sencilla vestimenta una modesta

<sup>109</sup> Se trata de la *fracción* de la Pequeña Asociación, que la Sierva de Dios tenía en Agen.

<sup>110</sup> La señorita Lhuillier llegó de Burdeos en octubre de 1816: cf. CHAMINADE, *Cartas*, nº 76, donde debemos leer *octubre* en vez de *noviembre* [¿por qué, esta corrección? Lhuillier llegó el 28 de octubre y el fundador escribe a Adela el 10 de noviembre, cuando María Rosalía ya estaba con ellas].

<sup>111</sup> Detalle confirmado por el fundador (Carta nº 73).

<sup>112</sup> No habiendo estado presente al comienzo de la fundación, madre María José solo ha podido informar de lo que ha oído decir.

<sup>113</sup> Las primeras fatigas de la Sierva de Dios son de 1817 (ROUSSEAU, *Adèle*, p.398).

moderación distinguían a las congregantes. Las Hijas de María tuvieron el consuelo de ver la congregación convertirse en una suerte de vivero religioso donde salieron jóvenes plantas que sirvieron para alimentar diferentes comunidades. Las congregantes que se establecieron en el mundo cumplieron cristianamente sus deberes de madres de familia. Todas han conservado un precioso recuerdo de la congregación, hablando de ella con afectuosa emoción<sup>114</sup>.

Para alimentar la congregación de jóvenes, se había formado un grupo preparatorio con las que todavía no estaban demasiado sólidas en los principios religiosos y por tanto debían demorar el ser admitidas en la congregación. Su dirección fue confiada a la Madre Teresa Yannasch, religiosa de una dulzura y piedad fuera de lo corriente. Como no había sala disponible, la reunión se celebraba muy a menudo debajo de una higuera y así la nombró el P.Mouran a esta fracción: *la fracción de la higuera*. Las jóvenes que pertenecían a este grupo, recordaban mucho tiempo después las sabias lecciones de la virtuosa Madre Teresa<sup>115</sup>.

La clase indigente, la porción más querida del rebaño de Jesucristo, no debía ser olvidada. Ella también tuvo sus reuniones y la dirección le fue confiada a sor San Francisco Arnaudel. Esta buena hermana se dedicó a la misión no solamente con el más gran celo sino con un gran éxito. Las buenas mujeres a quienes ella atendía, tocadas por sus instrucciones venían a encontrarse con ella y a comunicarle el desorden de sus conciencias. Ella las instruía, les ayudaba a prepararse para las confesiones generales, llevándolas a unas a poner fin a sus discordias inveteradas y a otras a regularizar los matrimonios que no habían pasado por el sello del sacramento. Este género de apostolado, lo ha continuado sor san Francisco, sea en nuestra casa de Agen o en la de Tonneins hasta el año 1853<sup>116</sup>.

Cuando las personas mayores, hombres y mujeres, que habían olvidado su fe religiosa iban a los sacerdotes de la ciudad, estos los enviaban a sor San Francisco para que les instruyeran y aprendieran a examinar su conciencia. Citaremos aquí una iniciativa de su celo. Estaba encargada, estando en Tonneins, de la vigilancia de los internos durante la lección de dibujo. El profesor era un buen hombre, pero negligente en sus deberes religiosos. Sor San Francisco yendo a su vigilancia se llevaba junto con su trabajo, un libro de lectura de devoción y algunas veces, ella le proponía al profesor, la lectura de algunos pasajes de su libro, pasajes que ella había tenido cuidado de escoger por adelantado. El buen Dios bendijo esta piadosa iniciativa. El profesor se convirtió y pidió a Sor San Francisco que le ayudara a ordenar su conciencia y hacer su examen. A menudo él venía a consultarla en sus dudas y dificultades<sup>117</sup>.

---

<sup>114</sup> Como dirá algunos párrafos más adelante, madre María José narra en un panorama de conjunto, resultados que no fueron concluidos sino años después y tal como ella los pudo constatar, durante su estancia en el convento de 1821 a 1822. Cuando volvió a Agen, puedo reencontrarse con antiguas congregantes que les gustaba hablar del pasado.

<sup>115</sup> La existencia de la *fracción de la higuera* está confirmada por una carta (nº 307) de la Sierva de Dios a la señorita de Lachapelle, el 6 sept 1816. Madre María José ha debido tener la carta y ha podido escuchar sobre esa fracción cuando entró en el convento en 1821.

<sup>116</sup> Esta obra aparece en dos cartas de la Sierva de Dios, una a la señorita de Lachapelle (Carta 309, 3 oct 1816); la otra a santa Emilia de Rodat ( Carta 346, de 29 sept 1819). La autora la ha visto trabajar y 1853 es el año exacto de la muerte de sor San Francisco. Por tanto, este fragmento de las *Memorias* no puede ser anterior a esta fecha (cf. Introducción-Fecha de las Memorias).

<sup>117</sup> Este hecho lo conocemos solamente por estas líneas. La autora ha podido conocerlo visitando Tonneins después de 1846.

La obra de los retiros fueran generales o particulares, no tardó en comenzar. El celo de la madre María de la Concepción y de sus cooperadoras estaba muy alimentado. Estas almas tan ardientes no parecían respirar más que para trabajar por la salvación del prójimo. También la clausura había sido modificada y puesta en relación, con el fin que se habían propuesto. No fue sino más adelante cuando las Hijas de María abrieron los internados<sup>118</sup>. No era prudente emprenderlo todo a la vez. El personal poco numeroso en los comienzos, no bastaba para todo el trabajo.

## **20.- Toma de hábito y profesión de las primeras Hijas de María**

Para no interrumpir el artículo de las obras a las cuales se entregaba la nueva congregación hemos anticipado los sucesos. Es tiempo de volver a las hijas de María ejercitándose en las virtudes religiosas bajo los hábitos seculares.

Los hábitos religiosos, de los que habían esperado revestirse desde su entrada en la naciente congregación, estaban guardados en los armarios donde las hermanas excitaban sus deseos y sus suspiros. La noche de Navidad de 1816 pidieron al padre Mouran nombrado superior local, poder revestirse para la misa de medianoche y dio el permiso. Después de haber procedido a la bendición de estos preciosos hábitos, las Hijas de María se revistieron con una santa alegría y piadosas emociones. El día siguiente el padre Fabry vino a celebrar la misa del día y viéndolas con sus nuevos hábitos, permitió que ellas lo conservaran durante todas las fiestas de Navidad. Una vez que terminaron las fiestas, no querían volver a vestir los hábitos seculares. El Padre Gardelle, superior del gran seminario, hombre al que le hacía respetable su edad, sin saberlo, su virtud y sobre todos los trabajos laboriosos y peligrosos a los cuales se había entregado durante los tiempos tormentosos de la Revolución de 1789 y que había honrado con su amistad y sus bondades a la joven comunidad, se encargó de ir al obispo a pedirle el permiso para que ellas pudieran conservar el hábito religioso. El obispo Jacoupy acordó sin dificultad y desde esa misma tarde, que las religiosas de la congregación, se revistieran con sus nuevos hábitos: túnica negra y cinturón blanco. ¡Qué alegría para las Hijas de María pensando además que ya no se quitarían más un hábito que les era tan querido!<sup>119</sup> No quedaba más deseo que la felicidad de consagrarse enteramente a Dios por los votos sagrados de religión según la forma del Instituto. El mes de julio de 1817 fue esa fecha deseada. El P.Chaminade, que como se ha dicho antes, vino a visitar a su pequeño rebaño, juzgó a propósito admitir a la mayor parte de los miembros de la comunidad a la santa profesión de una forma secreta. Cada religiosa admitida pronunció sus votos en el confesionario, a las nueve de la noche del 25 de julio de 1817. Unas los pronunciaron temporalmente, las otras de forma perpetua, siguiendo la decisión del buen padre. Las que los pronunciaron definitivamente fueron: 1º. la Madre fundadora, 2º. la Madre María del Sagrado Corazón Diché, 3º. la madre Emmanuel Lhuillier, 4º. la madre San Vicente de

---

<sup>118</sup> Se ve que la autora ha querido pasar revista a todas las obras del Instituto. El primer internado que se abrió fue el de Condom en 1824 (Doc VIII).

<sup>119</sup> Cf. G.J.CHAMINADE, *Cartas*, nº 81, de 30 dic 1816. La autora ha debido conocer los hechos por su prima, poco tiempo después, por una carta o en el curso de una visita. Raymond de Fabry de Landas, nacido en Agen el 12 nov 1750 (Cf. nº 52). Sobre el P.Gardelle, cf. Doc V, nº 9).

Labastide, 5º. la madre Santo Espíritu León, y 6º. la hermana San Francisco Arnaudel<sup>120</sup>. Otras dos hicieron profesión temporal<sup>121</sup> y dos postulantes<sup>122</sup> tomaron el hábito de las novicias el domingo siguiente, en presencia solamente de la comunidad, pero en la capilla. Todas aquellas que la víspera habían hecho ocultamente su consagración, la renovaron interiormente en el mismo momento, para dar más solemnidad a este precioso día. Se vistieron todas piadosamente con una corona de flores, unas eran artificiales y otras naturales. Desde entonces, las profesiones se hacen ya públicamente en la capilla exterior.

El Instituto no fue aprobado por el obispo más que de una manera tácita, durante el espacio de ocho años, después de los cuales, monseñor lo aprobó de una manera auténtica y envió el documento de aprobación al respetable fundador, después de haber dado comunicación a la piadosa comunidad por su vicario general<sup>123</sup>.

## 21.- Una página de la Sierva de Dios

Dejemos a la piadosa fundadora enseñarnos ella misma algunas de las pruebas, a las cuales fue sometida la comunidad naciente. Se reconocerá ahí el lenguaje de una profunda y sencilla humildad<sup>124</sup>. *La comunidad aumentaba visiblemente y el señor parecía ser glorificado en ella. Sin embargo, el demonio que no dormía, suscitó turbaciones en la casa, con ocasión de una joven postulante convertida en novicia, que llegada del mundo, había traído el espíritu lleno de defectos, pero que parecía por otra parte querer convertirse. Había cautivado el corazón y las atenciones de la joven superiora todavía tan novicia para el gobierno, lo que excitó los celos en la comunidad, enfriando el corazón hacia la superiora y sobre todo provocando un gran alejamiento para aquella que era la causa del mal general. La superiora, creyendo su deber trabajar en convertir y en salvar esta alma, no escuchaba las cosas que se le decían. Ella no veía incluso, por la ilusión que tenía, los abusos que iban naciendo. Todo esto duró varios meses. El P.Chaminade habiendo llegado, ordenó quitar el santo hábito a la novicia que tomó incluso una penitencia. La superiora tuvo menos relaciones con ella desde ese momento. La joven fue colocada bajo la dirección habitual de la maestra de novicia con quien pareció ir mejor y después de algunas semanas se le devolvió el santo hábito. Pero siempre estaba con alternativas de bien y de mal, faltas graves de tentaciones continuas etc. En fin, ella montó el espectáculo de quitarse ella misma el santo hábito y pedir la salida, lo que ejecutó con un gran contento de toda la comunidad, que por ahí vio renacer la unión contra la que había provocado algunas brechas.*

<sup>120</sup> La autora omite a Clementina Yannasch (madre Teresa), Isabel Moncet (Sor Ana), Paulina Yannasch (madre Santísimo Sacramento) (AGFMI, *Registre des professions*, pp. 88,116).

<sup>121</sup> Según el *Registre des professions* (AGFMI, p.145) no hubo mas que una profesión temporal, la de María Poitevin (Madre Luis Gonzaga).

<sup>122</sup> Rosa Gatty (madre Dositea) y Virginia Maréchal (madre Santa Foy): (Ibid pp.63 y 117). La autora parece haberse fiado únicamente de su memoria y ha olvidado a las fallecidas.

<sup>123</sup> Se trata de la aprobación que dio en 1824 en vista a la aprobación por el gobierno (Doc X, 1).

<sup>124</sup> La autora dispone aquí de dos notas dejadas por la Sierva de Dios. Las reproduce sin comentarios. Puede que se trate de fragmentos provenientes de la *pequeña historia del Instituto*, a la cual la fundadora hace a veces alusión en su correspondencia. A pie de página, Madre María José ha escrito: *Este artículo ha sido copiado textualmente de un manuscrito autógrafa de la piadosa fundadora* [Sería el único texto que tenemos de esa pequeña historia que Adela escribió y que no se ha conservado].

*El buen Dios que vigilaba sobre este pequeño rebaño y que preveía que la poca experiencia de las jefas podría desembocar en varias faltas, parecía haber querido, permitiendo la entrada de una venerable anciana, colocada como un muro de defensa para conservar el grupo claustral... que fuera nombrada portera. Un carácter excesivamente vivo, una voluntad que no había sido dulcificada en la primera juventud, no estaba en situación de plegarse. Dio que sufrir aparentemente a la joven comunidad, pero ella sostuvo la regularidad. Si veía acordar algunos permisos y ella percibía algunas dispensas de las reglas de reserva para las entradas o las diversas relaciones exteriores, su alarma se encendía y exhalaba reproches y no se dio ningún descanso ni dejó que otras tomaran ninguno. Por ello se hizo temer. Dios sacó de ello su gloria y la comunidad su bien. La comunidad se acostumbró a la clausura exacta. A las reglas de reserva tan exactamente ordenadas en el Instituto y que hubieran sido olvidadas en sus comienzos sin esta venerable anciana<sup>125</sup>.*

## **22.- Fundación en Tonneins y traslado de la comunidad de Agen, al antiguo convento de los agustinos**

Sin embargo el buen Dios habiendo bendecido la comunidad con la entrada de un gran número de postulantes, la congregación se vio en la situación, cuatro años después de su establecimiento, de pensar en una fundación. El año 1820 el señor Lacaussade, rico propietario que habitaba en la ciudad de Tonneins, hombre verdaderamente cristiano y celoso católico, penetrado del dolor de ver su ciudad casi entregada a la seducción del error, deseó fundar una comunidad que pudiera extender la instrucción católica y ayudar a sostener lo que quedaba de la religión. Propuso su proyecto al P.Chaminade cuyo celo no se paraba nunca. Después de muchos meses de hablar, se procedió a la compra de una bonita casa acompañada de un jardín y una finca. La Congregación de las Hijas de María pagó el precio, pues el fundador no quería que se reulara ante los sacrificios, cuando la gloria de Dios lo requería. Él tenía como principio que había que *hacer la guerra a costa propia*. El señor Lacaussade prometió su apoyo y su protección al nuevo establecimiento<sup>126</sup>.

Casi al mismo tiempo, se compró en Agen el antiguo convento de los agustinos para fijar definitivamente la comunidad de las Hijas de María, que no tenían hasta ese momento más que una casa alquilada<sup>127</sup>. Cuando las reparaciones de las dos casas de Agen y de Tonneins se acabaron, el P.Chaminade vino de visita. Prodigó sus instrucciones a la comunidad que iba a dividirse. El 6 de septiembre de 1820, las Hijas de María, a las cuatro horas y media de la

<sup>125</sup> Se trata aquí de la madre Espiritu Santo Lion (Cf. ROUSSEAU, *Adèle*, p.308). «Durante los primeros meses en el Refugio, la señorita Lion, ahora sor Espiritu Santo, fue quien introdujo a la comunidad en las reglas tradicionales de la observancia de la clausura. Se la nombró portera y Adela consideraba que esta antigua religiosa era un “muro de protección que defendía el claustro”... Sin embargo, ya al año siguiente, sor Espiritu Santo empezó a ser un problema para el convento y el propio padre Chaminade reconocía que era una de las cruces que el Señor había enviado a la comunidad. Tenía la buena hermana un temperamento demasiado sensible y una imaginación ardiente; además, era demasiado obstinada e inflexible en sus posturas» (STEFANELLI, *Las compañeras de Adela*. Madrid, SPM, 1999).

<sup>126</sup> Observación conforme a los hechos (Doc VIII, *Tonneins*).

<sup>127</sup> Se trata del *Refugio*, que efectivamente siempre estuvo alquilado. El antiguo convento de los agustinos fue comprado en tres momentos sucesivos en vida de la fundadora: 27 dic 1819, 11 mar 1820 y 6 feb 1823 (Doc VIII, *Agen*). Otras parcelas más, fueron adquiridas después de su muerte. Luego el edificio fue poco a poco reconstruido y tomó progresivamente la forma tal como lo vemos actualmente.

mañana se trasladaron a pie a su nueva casa de Agustinos, con el favor de la oscuridad de la hora y del tiempo, pues llovía. El día siguiente, 7 de septiembre, la colonia destinada a Tonneins, compuesta de seis religiosas, partió para su destino, bajo la guía de la Madre fundadora a la que acompañaba el P.Chaminade. El nuevo enjambre fue recibido con entusiasmo por los católicos de Tonneins. Se reunieron con ellas, el día siguiente, algunos miembros de la Congregación de la Inmaculada Concepción, que se encontraban en la ciudad. Se procedió a la formación de la Congregación y se nombró oficialas. El celo fue también grande en Tonneins tal como había sido en Agen y fue de gran duración: la congregación de Tonneins se distinguió mucho tiempo por su celo y su piedad. La piadosa fundadora después de una corta estancia en la nueva fundación decidió marcharse, dejando a la cabeza de la piadosa colonia en calidad de superiora a la Madre Teresa de Jesús Yannasch<sup>128</sup>.

Pero apenas tres años después Dios llamó para sí a la Madre Teresa. Al doloroso sacrificio que esta muerte supuso para Adela de Trenquelléon se unió el que tuvo que sufrir con el alejamiento de una de sus más queridas compañeras, la madre del Sagrado Corazón, que fue enviada a Tonneins a reemplazar el lugar que había dejado vacante la madre María Teresa y fue a su vez reemplazada en Agen, en sus funciones de maestra de novicias, por la madre Luis de Gonzaga Poitevin<sup>129</sup>.

### **23.- Fundación en Condom y traslado del noviciado a Burdeos**

La piadosa fundadora tenía desde hacía tiempo el deseo de trasladar el noviciado de las Hijas de María a Burdeos, a fin de que estas jóvenes pudieran ser apoyadas y cultivadas por la mano del fundador, alimentadas del jugo del espíritu del Instituto, a fin de poder contribuir después a mantenerlo en todo el cuerpo de la congregación. El P.Chaminade accedió a este proyecto y viajó hasta Agen en julio de 1824<sup>130</sup> para proceder al traslado del noviciado a Burdeos y la fundación de nuestra casa de Condom.

He aquí como sucedió esta fundación:

Habíamos hablado en la primera parte de la vida de la señorita de Trenquelléon, de la íntima ligazón que ya había establecido en sus viajes en Condom con la señorita Lolotte de Lachapelle<sup>131</sup>. Esta había sido una de las primeras en formar el proyecto de unirse para entregarse a la instrucción de los pobres, pero llegado el momento de la ejecución, experimentó a causa del extremo apego de sus padres, obstáculos casi insuperables. El señor y la señora de Lachapelle aunque muy religiosos el uno y el otro, no podían decidirse a separarse de una hija, que por otra parte les suponía de gran consuelo porque les descargaba

<sup>128</sup> Fechas y hechos son exactos (Doc VIII, *Agen, Tonneins*). La apreciación que hace sobre el convento de Tonneins resulta de constataciones hechas directamente por la autora.

<sup>129</sup> La autora, entrada en religión el 21 abril 1821 y encontrándose en Tonneins cuando murió allí la madre Teresa, habla como testigo ocular. Sobre la muerte de madre Teresa, cf. Doc IX, B,5: *Carta de Adela de Batz a santa Emilia de Rodat*, (nº 489, 12 nov 1823).

<sup>130</sup> Dato confirmado por la carta del P.Chaminade nº 302. Ver también Doc VIII, *Condom*.

<sup>131</sup> La autora, que asume aquí la responsabilidad de lo que se ha escrito sobre Lolotte de Lachapelle, estaba en el noviciado cuando llegó aquella de la que se habla. Sus informaciones son de primera mano. Concuerdan exactamente con lo que sabemos por las cartas de la Sierva de Dios en la misma época.

de la solicitud de sus negocios, en los que Lolotte había tomado casi todo el peso de responsabilidad. Así la petición del asentimiento para su entrada en religión siempre se aplazaba. Lolotte de Lachapelle había llegado ya a los treinta años y el consentimiento nunca se lo daban. Es verdad que no había un rechazo expreso; la piedad de los padres se habría opuesto, pero eran continuos aplazamientos para dar el permiso. Presionados más particularmente en una circunstancia por su hija, para que se explicaran, ellos le dijeron: “Escápate si quieres, pero si esperas un consentimiento formal, nosotros nunca te lo vamos a dar”. Una vez vista la posición de sus padres, Lolotte de Lachapelle, presionada a su vez por la gracia, se vio obligada aunque con pena, a tomar su decisión.

Le habían prescrito un viaje a un balneario de los Pirineos a tomar las aguas. Y allí se fue con dos respetable señoritas de Condom. A la vuelta, se detuvieron en Auch, donde las dos compañeras de viaje tenían familia, y las habían invitado a cenar. Lolotte se quedó sola en el hotel, dando cualquier pretexto para no responder a la invitación que igualmente le habían dado. Inmediatamente se deshizo hábilmente de una persona que había quedado con ella para el servicio, enviándola a un recado. Entonces se subió a un cabriolé [coche de caballos] que le había enviado una persona de confianza y la condujo al convento de las Hijas de María.

Los padres de Lolotte de Lachapelle se afligieron profundamente conociendo esta noticia, pero eran muy juiciosos y sobre todo demasiado religiosos para impedir esta decisión. La ternura por su hija, el deseo de que estuviera cerca de ellos, les hizo formar el proyecto de comprar el hospicio de la Pietat, en ese momento en venta. Le propusieron a las Hijas de María abrir un establecimiento allí para la educación de las jóvenes y el ofrecimiento fue aceptado<sup>132</sup>. En el espacio de tiempo que transcurrió con estas diferentes negociaciones, se cumplió el tiempo de noviciado de Lolotte de Lachapelle. Fue admitida a la profesión y conocido el largo camino en el que ella dio muestras de virtudes religiosas en el mundo, se encontraba preparada para poder ser colocada la cabeza de una comunidad. Esto fue el 15 de julio cuando el P.Chaminade partió con la Madre Fundadora a Condom, a fin de proceder a la instalación de la nueva comunidad, de la cual Lolotte de Lachapelle fue la fundadora y la primera superiora. Para ir a Condom el único camino que existía entonces, pasaba por el castillo de Trenquelléon. Es indudable que la invitación de que pernoctaran en el castillo fue hecha por la familia de la Madre Fundadora y que a la colonia que viajaba le gustó mucho. El P.Chaminade aceptó de buen grado y todos pasaron la noche en Trenquelléon. A la mañana siguiente, día 15, el grupo emprendió el viaje a Condom.

La madre Emanuel, conocida en la Congregación de Burdeos por sus talentos y su experiencia en la educación de las jóvenes, fue elegida como hermana adjunta a la señorita Lachapelle, conocida en religión como María de la Encarnación. El fin de la nueva fundación asociaba a la instrucción de los pobres, única obra comprometida hasta entonces por las Hijas de María, la apertura de un colegio internado. El de Condom es el primero que ellas abrían. Adela de Trenquelléon no pudo hacer más que una corta estancia en la nueva fundación, pues debía ocuparse del traslado del noviciado a Burdeos y por tanto tuvo que volver a Agen.

La fundación del establecimiento de Condom y el traslado del noviciado a Burdeos necesitaban cambios y reemplazamientos de las religiosas en sus responsabilidades. En esta

---

<sup>132</sup> Por todo lo que se refiere a Condom, cf. VIII, *Condom*.

época, sor Serafina Robert<sup>133</sup>, religiosa de diecinueve años, fue enviada a Tonneins con sor Brígida<sup>134</sup>. Esta última era una piadosa viuda que había entrado en la congregación con su hija única que tenía once años. El día siguiente de su profesión, sor Brígida tuvo que partir para Tonneins. Después de despedirse de sus hermanas, vió que su hija se avanzaba para recibir su abrazo, pero apenas en sus brazos, cayó desvanecida. La valerosa madre la colocó en los brazos de sus hermanas y subió al coche que le esperaba. Se adivina todo lo que su corazón tuvo que experimentar de desgarró, dejando a su querida hija en ese estado.

Estando todo listo para la salida del noviciado, la Madre Fundadora dejó Agen, con el P. Chaminade para ir a Burdeos, llevando con ellos a la Madre María José de Casteras<sup>135</sup>, destinada a ser la superiora maestra de novicias. Se detuvieron en Tonneins con la intención de pasar allí tres días. La Madre Fundadora no había estado allí desde la Fundación. Qué alegría pues para las buenas hermanas que componían esta comunidad, verse después de cuatro años con su primera madre, y qué alegría para la buena madre volver a ver a sus hijas. Sin embargo esta alegría fue bien atenuada por la pena que Adela experimentó de no encontrar ya a la Madre Teresa Yannasch, cuya muerte había dejado con gran pena a la querida comunidad el 3 de noviembre de 1823. El grupo del noviciado dirigido por la madre Luis de Gonzaga Poitevin, maestra de novicias, se dirigió a Tonneins para recoger allí a la madre de Trenquelléon, y todas juntas partieron de Tonneins, la tarde del 25 de julio. Llegaron a Burdeos al día siguiente, y tomaron posesión de la casa comprada para el noviciado<sup>136</sup>. La Madre Fundadora permaneció junto a su nueva comunidad alrededor de quince días<sup>137</sup>, durante los cuales instaló a la Madre María José de Casteras como superiora. Después ella partió para Agen acompañada de Sor Catalina<sup>138</sup>.

## 24.- Fundación de Arbois

La madre de Trenquelléon acababa de privarse por los dos nuevos establecimientos, de varias religiosas capaces de secundarla. Esto le provocaba una mayor necesidad y por tanto la debilidad de su salud iba creciendo y con este mal estado habían comenzado una serie de penosos sacrificios. Pues nada era para Adela más molesto que los cuidados que tenía que prodigarse y que las suspensiones continuas que los superiores celosos de cuidarla, ponían a su celo de concierto con las personas que les rodeaban. A pesar de su estado de sufrimiento, de nuevo emprendió en el mes de octubre de 1826 el viaje de Burdeos<sup>139</sup> a fin de proceder a

<sup>133</sup> Justine-Barthélemie Robert, nacida en Agen el 25 sept 1805, novicia el 21 nov 1821, profesa temporal el 21 nov 1823, definitiva el 1 oct 1826, falleció en Agen el 7 febrero 1848 (AGFMI. *Reg. du personnel; Necrologe*).

<sup>134</sup> Antoniette Marche, viuda Destouet (1793-1841). Madre María José nombra estas dos religiosas, igual que nombró a la señorita de Lachapelle, porque son ya fallecidas.

<sup>135</sup> Había vuelto a Agen, para hacer su profesión perpetua (14 julio 1824). Cuenta lo que ha visto con sus ojos.

<sup>136</sup> Cf. Carta de la Sierva de Dios, del 29 julio 1824 (*Cartas* nº 516). Ver también Doc VIII, *Bordeaux*.

<sup>137</sup> El acta de la compra de la casa del noviciado fue firmada por la Sierva de Dios el 10 agosto 1824 (Doc VIII, *Bordeaux*).

<sup>138</sup> Madeleine Duffau, nacida el 4 junio 1795 en Fayesche (Lot-et-Garonne), novicia el 24 marzo 1822, profesa temporal el 7 abril 1823, definitiva el 29 agosto 1829, fallecida en Agen el 15 marzo 1853 (AGFMI, *Reg. du personnel; Necrologe*).

<sup>139</sup> Estas observaciones son conformes a lo que sabemos por las cartas del P.Chaminade (nº 272 y 273) y las de la Sierva de Dios (nº 512. 11 mayo a Santa Emilia de Rodat) (Doc IX B, 6).

una nueva fundación que el P.Chaminade acababa de concluir para responder al celo generoso de un respetable eclesiástico del Franco Condado, el padre Bardenet, el San Vicente de Paúl de la provincia. Este sacerdote había comprado un nuevo establecimiento en la ciudad de Arbois, la casa de los Capuchinos<sup>140</sup>.

La madre Trenquelléon fue recibida en Burdeos por sus hijas con una alegría inexpresable. Muchas novicias no la conocían, y todas tenían un gran deseo de verla. Ella tuvo que ocuparse de elegir a las hermanas que debían componer la nueva colonia destinada al Franco Condado en el Jura y la madre María José de Casteras fue designada por ella, la madre abeja de este pequeño enjambre, compuesto de nueve religiosas profesas y dos novicias<sup>141</sup>. La nueva fundación debía tener un noviciado, un internado y diversas clases externas. El celo tan religioso de la Madre Fundadora, le hacía experimentar sin duda, una alegre emoción al ver a sus hijas emprender la cultura mística de un nuevo campo, pero la ternura que les había expresado le hacía probar una dolorosa mezcla de sentimientos. Las despedidas fueron la mañana del 28 de octubre de 1826, pero como marchaban en coche particular no se llegó al término del viaje más que el 18 de noviembre. Las Hijas de María llegaron muy cansadas pero fueron acogidas con cariño por el respetable fundador de la casa de Arbois y de diferentes personas de la ciudad. Las Hijas de María piden que se reconozca y se nombre a la señora D'Oussières<sup>142</sup>, virtuosa y respetable señora de esta ciudad. Esta mujer había contribuido poderosamente, de acuerdo con el P.Bardenet, en esta fundación y había proporcionado para la capilla vasos sagrados, ornamentos y manteles de altar. Desde el primer momento se mostró simpática, igual que toda su familia, a las hijas de María y estos sentimientos no han variado nunca.

## 25.- Última enfermedad de la Sierva de Dios

Habían pasado quince días desde la llegada de las Hijas de María a Arbois cuando la superiora<sup>143</sup> fue atacada por una fiebre tifoidea de las más intensas que la condujeron a las puertas de la tumba. Una religiosa comunicó imprudentemente la triste noticia a la Madre Fundadora, no pensando sino actuar como intermediaria. Debilitada por una fiebre continua, esta noticia la aterró, un grito doloroso se escapó de su corazón y de su boca. Sus hijas se esforzaron por hacerle esperar. Pues había una exageración en los detalles que le habían dado. La carta siguiente dio efectivamente noticias más tranquilizadoras. No estaba en el mismo estado que la buena madre de Trenquelléon. Las alarmas fueron creciendo sobre ella. De todos lados se dirigían fervientes oraciones al cielo para su curación. Se rezaron novenas en unión con el príncipe de Hohenlohe de quien se reclamaba el poderoso crédito que gozaba ante Dios [El Príncipe Alejandro de Hohenlohe-Waldenburg (1794-1849) fue un sacerdote

<sup>140</sup> Madre María José, de 1824 pasa a 1826. Su alejamiento de la Sierva de Dios la ha privado de informaciones sobre los 26 de meses que separan los dos viajes. No dice nada de estos y su silencio subraya la sinceridad de las *Memorias*.

<sup>141</sup> Cf. Doc VIII, Arbois. Madre María José, habiendo sido designada como superiora del convento de Arbois, habla de nuevo como testigo ocular.

<sup>142</sup> Sobre Madame Crestin d'Oussières, cf. G.J.Chaminade, o.c. nº 423.

<sup>143</sup> Es de ella misma de la que habla María José bajo esta forma objetiva, que emplea cada vez que se trata de sí misma. Sobre esta enfermedad, cf. Doc XIV. Todos los detalles que vienen a continuación sobre la enfermedad de la Sierva de Dios son rigurosamente exactos. Madre María José estuvo al corriente por las cartas de madre San Vicente.

alemán y reputado obrador de curaciones milagrosas]. Las congregantes de Agen fueron procesionalmente a *Nuestra Señora del Buen Encuentro* e hicieron una comunión general con esta intención, pero el fruto estaba maduro para el cielo. En cuanto a la respetable enferma, se mostraba vivamente agradecida de las señales de afecto que le daban, pero estaba enteramente abandonada a lo que Dios decidiera sobre ella. Su respuesta a las peticiones que se le hicieron de unirse a las oraciones dirigidas para su curación era esta: *Hijas mías no pidamos otra cosa que el cumplimiento de la voluntad del esposo celeste.*

Su sumisión a las enfermeras y a las órdenes del médico edificaban a la comunidad. Adela encontraba ocasiones demasiado preciosas para dejarlas escapar y practicar la obediencia y sin embargo se reprochaba no hacer nada por Dios y no podía perdonarse las pocas disposiciones que se procuraba, decía ella, para comulgar, sobre todo durante su enfermedad. Por su deseo de unirse a su Dios, la noche que precedía a la recepción del adorable sacramento, soportaba la sed más ardiente, escondiendo este sufrimiento lo más que podía, encontrándose suficientemente compensada por la felicidad de recibir a su Salvador. En tanto en cuanto sus fuerzas lo permitían, se arrastraba al coro apoyados los brazos sobre una de sus hermanas para ir a buscar a su Redentor. No fue más que en el último periodo de sufrimiento cuando se le llevó la comunión a su habitación. En estas circunstancias el profundo recogimiento del que estaba animada, aparecía visiblemente en su exterior y edificaba mucho a sus hijas. Una de ellas le dijo un día cuánto desearía tenía un poco de su devoción. La piadosa enferma le respondió: *Hija mía, Dios conoce todas las cosas, yo estoy bien lejos de tener nada de bueno en mí, para recibir a mi Dios en mí.*

Esta bella alma acababa de ser purificada por dolores continuos que soportaba con un coraje admirable, repitiendo a menudo con el sentimiento de la mayor piedad: *¡Jesucristo ha sufrido tanto por mí! Es muy justo que yo tome parte en esa cruz.* Y besaba entonces con una tierna devoción el crucifijo que llevaba suspendido de su cuello.

Su estado de languidez no la tenía replegada sobre sí misma. Se ocupaba de todo lo que se refería al bien de la comunidad. Todas sus hijas, presentes o ausentes, eran objeto de su tierna solicitud. Velaba para que no le faltara nada y su atención se extendía todas. La madre de San Vicente se acostaba desde hacía más de un año en la habitación de la respetable enferma a fin de estar más cerca para velarla y ofrecerle los cuidados que reclamaba su estado. Y decía a las hermanas que la velaban que evitaran hacer ruido, a fin de no molestar el reposo de su querida hermana y por el mismo fin, también comprimía sus llantos.

Su celo por la salvación de las almas era siempre muy vivo. Se interesaba por todas las obras: las clases, el taller de costura, la dirección de las congregaciones, las instrucciones individuales, etc. Quería que nada faltara a causa de ella.

## **26.- La recepción de los últimos sacramentos**

Esta buena madre, sintiendo debilitarse sus fuerzas, pidió recibir el santo viático. Fue en este momento cuando recomendó a sus hijas la práctica de la unión fraterna y dirigiéndose a su asistente le dijo: *Madre de San Vicente, prométame no descuidar nada para mantener la*

*caridad. Soporte todo lo que usted no puede corregir*<sup>144</sup>. Recomendó también a todas, la exacta práctica de las reglas, sobre todo las reglas de reserva.

Dos días después, el 25 de diciembre, pidió recibir el sacramento de la extremaunción. Ella misma respondió a las oraciones de la Iglesia, que sus hijas no tenían el coraje de articular. Luego les exhortó a la paciencia y les reiteró las advertencias que les había dado en el momento en que recibió el santo viático. Este sacramento de los moribundos la consoló mucho. La serenidad de su rostro, un poco alterado durante un instante, reapareció y su figura conservó desde entonces una impronta completamente celeste. Su aspecto extendió el bálsamo, la calma en todos los corazones. Después de la ceremonia le dijo a la madre San Vicente que no se alejara más de su cama: *Me parece que Dios pide de mí que hable a la comunidad y que le exprese mis últimas voluntades. Yo no tengo casi fuerzas pero creo que Dios lo quiere*. La madre de San Vicente, no queriendo privar a la comunidad de este consuelo, reunió alrededor de la madre moribunda a todas sus hijas. Ella les reiteró las recomendaciones que había hecho cuando se le llevó el santo viático, sobre la unión, la caridad fraterna, la dependencia y la obediencia practicadas con respecto a cualquier superiora que fuera, no mirándola más que a Dios en ella. Se veía cuánto le importaba esto. Desde ese momento la piadosa moribunda no se ocupó más que de Dios. Adela quería que no se le hablara más que de Él, reiterando a menudo el sacrificio de su vida.

Entonces pidió que se le leyera la parte de la vida de la señora de Chantal [Santa Juana de Chantal (1572-1641), fundadora de la Visitación o Salesas] que trata de sus últimos momentos: *La señora de Chantal habló a cada uno de sus religiosas, pero yo no tengo la fuerza para hacerlo*. La madre San Vicente le pidió que a ejemplo de la madre de Chantal permitiera que todas sus hijas le besaran la mano. Adela lo consintió a fin de no contristarlas pero se veía que su modestia sufría. Les testimonió el más vivo afecto, asegurándole que nunca las olvidaría delante de Dios. No perdía de vista el cuidado de su salud y cómo estaban sin cesar ocupadas. Estaba extremadamente sensible a los cuidados que se le prodigaban: ¡Ah! dijo a la hermana enfermera abrazándola con la efusión de su corazón, *querida hija, si Dios me hace misericordia crea bien que no la olvidaré nunca y que rezaré por usted*. Si el cuerpo de la buena madre fundadora estaba todavía sobre la tierra, su corazón parecía estar ya completamente en el cielo. El superior local había dado indulgencia a un pequeño crucifijo que llevaba suspendido de su cuello y del que besaba incesantemente las cinco llagas. Y reiteraba casi a cada minuto la señal de la cruz. Algunas veces, cuando se la creía soñolienta, se la observaba separando un poco las sábanas, llevarse la mano a la frente y levantando los ojos al cielo. No pudiendo recitar más la oración que se usaba para santificar el comienzo y el

---

<sup>144</sup> Es el sentido, pero no los términos de la recomendación, de los que madre San Vicente ha hablado en la carta donde anuncia la muerte de la Sierva de Dios (12 enero 1828). Por otra parte, para repetir el mismo último consejo de la moribunda, madre San Vicente se ha servido de otros términos en su circular del 6 mayo 1856 (Doc XV, C, 7,1) [En esta carta de 1856 se omite la segunda frase tan significativa del consejo de Adela: *Soporte todo lo que usted no puede corregir*. Joseph Stefanelli, en su biografía de Adela (1989) tras su alusión a la exhortación a la caridad, es precisamente la única frase textual que transmite del consejo de Adela. Esto es una interesante historia sobre la transmisión del "testamento espiritual" de Adela: Madre María José es testigo fiel y completo de sus palabras, que pide *amar* y *soportar*; Madre San Vicente evita lo de *soportar lo que no se puede corregir*, y finalmente Stefanelli, recupera las palabras originales de Adela, el consejo para toda una comunidad... y para los que tienen la misión de gobernar. Sin embargo, Madre San Vicente sí transmite esa frase entre las otras que dijo la fundadora, en la carta que escribió a Madre Luis Gonzaga, 12 enero 1828. Doc XV, A, 1, a].

fin del día, lo suplía por la primera parte de la oración titulada *Oración universal para todo aquel que pide la salvación*. Le gustaba mucho y la llamaba “la pequeña oración”.

Su estado de debilidad se hacía cada vez más alarmante y llamaron al superior para que le hiciera la recomendación del alma. Entonces ella comprendió el momento en que estaba. El enemigo de la salvación aprovechó la situación de conciencia temerosa de esta alma tan pura para inspirarle terrores: *“Tengo miedo”* dijo ella. *No tema nada, buena madre*, le dijo la madre San Vicente; *usted no quiere mas que la voluntad de Dios*. Y respondió la madre moribunda: *Si, todo lo que Dios quiera*. El superior y confesor decidieron llevarle el santo viático. Ella había tenido la felicidad de recibirlo tres veces desde el 22 de diciembre. Esta nueva gracia fue para la edificante enferma, como el anuncio de su perfecta felicidad. Nunca se le había visto con un fervor tan sensible. Desde que ella escuchó el sonido de la pequeña campana que anunciaba la cercanía del Divino Maestro, gritó con una voz fuerte y amorosa: *He aquí mi buen Jesús*. En el momento en que fue alimentada por este pan de los fuertes, una alegría, un gozo completamente santo, animó todas sus facciones. *¡Qué gran día para mí!* repetía ella a menudo, *es el día del Señor*. Era un martes pero este día le era tan solemne, que ya no podía persuadirse que no era un domingo. Así no fue posible trabajar en su presencia. Esa tarde pidió un cuadro que representaba al Sagrado Corazón de Jesús, lo hizo colocar a los pies de su cama, con el de la augusta Virgen y un Cristo Crucificado. Ella los miraba con un sentimiento de alegría inexpresable y la sonrisa no abandonó más sus labios. *Mi buena madre parece usted muy contenta*. Le dijo la madre San Vicente. *Ah, querida hija ¿cómo no lo iba a estar yo?*, le respondió la buena madre moribunda. *Dios me ha hecho tantas gracias. Ayúdenme a agradecerle y a pedirle que se digne darme la gracia de la perseverancia, pues el demonio hará sin duda todos sus esfuerzos en mis últimos momentos para tentarme. Estoy tranquila en el cuerpo y en el espíritu y lo debo a la gracia del santo viático*.

Sus sufrimientos que eran cada vez más agudos no pudieron nunca arrancar el menor signo de impaciencia, pero le hacían algunas veces proferir quejidos. *Soy una quejica*, decía ella, *otra en mi lugar sufriría en silencio*.

## **27.- Último día y muerte de la sierva de Dios**

La noche del ocho al nueve de enero, Aunque se pasó en la somnolencia, fue mucho más dolorosa que la precedente. Dos hermanas la velaban. Una de ellas la escuchaba exclamar: *“Oh que hermosa y qué grande es, más grande que yo”*. Una de las hermanas le preguntó: *“¿Es la Santísima Virgen la que usted está viendo, mi buena madre?”*. Entonces saliendo de su estado que parecía ser una somnolencia: *Sí, es aquella pintura*, dijo esta alma humilde, que temía probablemente que se creyera que había tenido un éxtasis. Pasaba largos momentos en un recogimiento muy profundo, quedándose horas enteras sin ver, ni entender, ni hablar; y cuando salía de ese estado, era de Dios del que hablaba, besando su crucifijo. *Qué día más bueno para mí*, exclamaba en ese momento.

La madre de San Vicente había señalado que la señora Belloch, la antigua e íntima amiga de la madre fundadora, la primera confidente de sus proyectos, no tenía un crucifijo en su rosario y pidió a la buena madre si podría dejarle a su amiga esta prenda de cariño. Adela entonces aceptó la cruz que se le presentaba y se la ofreció a su amiga diciéndole *Te la doy en nombre*

*de la comunidad, porque yo no tengo nada.* Hubo incluso que tranquilizarla, porque el P.Mouran se acercaba a la cama para autorizarle a hacer este pequeño regalo. Qué delicadeza sobre la observancia de la pobreza.

A las siete de la tarde le presentaron el crucifijo que estaba al pie de su cama. Lo besó con emoción e inmediatamente pidió la imagen del Sagrado Corazón, que cogió con una vivacidad difícil de imaginar. Llevando esta santa imagen a su boca con sus manos moribundas, exclamó *¡Oh Sagrado Corazón de mi Jesús!*. Más tarde pensando que su exclamación rayaba en la irreverencia pidió el cuadro, lo besó con calma y tranquilidad como enmendándose. Tenía su rosario alrededor del cuello y el crucifijo casi constantemente en la mano. Sin embargo las debilidades que se sucedían hicieron sacar la triste conjetura que el último momento había llegado. La santa enferma pareció reanimarse un instante y exclamó *¡Hosanna al hijo de David!* Inmediatamente se escuchó un pequeño crujido de dientes y ella avanzó la lengua como para recibir la Sagrada Comunión. Esos fueron las últimas señales de vida. Ningún movimiento, ninguna contorsión. Fue así como se durmió en el Señor esta verdadera esposa del Cordero, la noche del nueve al diez de enero de 1828. Tenía treinta y ocho años.

## **28.- Homenajes rendidos a la Sierva de Dios, después de su muerte**

Varias de sus hijas tuvieron la felicidad de asistir a su último suspiro. Las exclamaciones de dolor hicieron comprender a los más cercanos la pérdida que acababan de sufrir. No fue difícil a las demás adivinar la mañana siguiente la desgracia que acababa de golpearlas. La tristeza y la consternación en todos los rostros, enseñaron rápidamente que la buena madre acababa de morir. Inmediatamente fueron con diligencia a la habitación de esta madre bien amada para juntar sus lágrimas con las de sus hermanas. Todas hundidas en una profunda aflicción buscaban un consuelo, recordando la última bendición de ella, recibida la víspera, así como las recomendaciones emocionantes que les había dado y que cada una gravaba en su corazón y las consideraban como un testamento sagrado.

Las Hijas de María encontraban el consuelo rodeando los restos venerados de su madre recién fallecida. El momento de la inhumación había llegado y la escena de dolor se renovó. El rostro de la preciosa muerta había adquirido un aire completamente celestial e inspiraba una real veneración a los extraños que entraban en la capilla. Su cuerpo recuperó una frescura que hizo dudar sobre su muerte y a fin de evitar la penosa situación de incertidumbre, se le hizo una incisión en el pie.

La modestia de la madre fundadora no habría jamás permitido acceder al deseo que le habían testimoniado sus hijas de tener un retrato suyo. Llamaron a un pintor para pintarla en sus rasgos últimos, pero no pudo conseguirlo a causa de la variación continua de su rostro. Indudablemente ella había pedido a Dios esta gracia [de no ser pintada].

Las congregantes quisieron cargar su féretro y bajar a la tumba, a la que había sido durante tanto tiempo su madre y su amiga. El cementerio retumbaba con los gritos y sollozos más desgarradores. El domingo siguiente, las jóvenes congregantes se juntaron como de costumbre en la sala de reuniones. En el momento en que entraron las religiosas encargadas de animar la reunión, hubo una explosión recíproca de llantos y sollozos. No se pudo hacer

más que dirigirse algunas palabras, recordando las virtudes de aquella a la que lloraban y antes de separarse, rezaron la oración que la Iglesia ofrece a Dios por los fallecidos.

En la reunión de las chicas más jóvenes se vivió la misma escena emocionante. El dolor se pintaba en todos los rostros, el silencio era profundo. Esta pequeña familia se retiró consternada y muchas de sus hijas no pudieron esa tarde entregarse a las diversiones de su edad. Este respeto y veneración por la piadosa fundadora se habían manifestado en todos los corazones durante la enfermedad de Adela. Constantemente se interesaban por saber noticias y no era un simple sentimiento de simple educación, pues si se les anunciaba un poco de mejora, los rostros parecían siempre radiantes y cuando desgraciadamente el boletín de noticias era desfavorable, el dolor aparecía grabarse sobre la frente de ellas.

Los obreros de la casa, carpinteros, albañiles, serradores, dejaban sus talleres para venir y preguntar por ella. Uno de ellos decía un día a la hermana portera: *Si hubiera que dar mi sangre para salvar a nuestra madre, yo la daría con gusto*<sup>145</sup>.

Las Hijas de María fueron muy dichosas conservando desde entonces los preciosos restos de su madre fundadora y es con esa felicidad como rezan ante su tumba<sup>146</sup>, reclamando su protección a Dios, del cual tienen la dulce confianza de que ella ya está con él. Es sobre todo el veinticinco de mayo el día de aniversario de la fundación de la Congregación, cuando las Hijas de María gustan un gran consuelo al cumplir ese piadoso deber.

### Tercera parte

#### Virtudes de la señorita de Batz de Trenquelléon

La señorita de Trenquelléon era un fruto maduro para el cielo, que Dios había querido recoger, a fin de colocarlo en el misterioso granero de la patria celeste. Ella no fue, por así decir, más que mostrada a la congregación naciente, que estaba todavía en su décimo año de existencia, cuando la piadosa fundadora fue separada de su familia adoptiva. Pero ella vive siempre en el corazón de sus hijas por los recuerdos que ha dejado. Algunos de estos recuerdos han sido

---

<sup>145</sup> Es imposible indicar con exactitud las fuentes que han permitido a la autora describir los últimos momentos de la Sierva de Dios. Al menos disponemos de la carta de madre San Vicente (12 enero); han podido existir otras cartas escritas por esta y hoy perdidas; en fin, se puede pensar en el relato oral que madre San Vicente debió rehacer varias veces, incluso después de 1846 (fecha significativa: *Memorial Agenais*, Madre María José elegida asistente general...).

<sup>146</sup> En el momento en que la autora confía su manuscrito a don Pradié, los restos mortales de la Sierva de Dios habían sido trasladados del cementerio [del convento de los agustinos], a la antigua capilla pública del convento [Según Baillet en su biografía de Madre María José de Casteras ""Ensancha el espacio de tu tienda" (7.9), en 1834 se edifica una capilla provisional y en 1851 se construye la definitiva que se acaba en 1860. Según la Positio (Doc XXI), los restos de Adela, cuando las Hijas de María tuvieron que abandonar Agen (1910), fueron confiados a su antiguo jardinero, Joseph Saubusse, quien los guardó en su campo «Barreau» en Saint-Cirq (Lot-et-Garonne), hasta 1914, en que volvieron definitivamente a la casa de Agustinos de Agen. Los restos fueron trasladados a la iglesia de Sainte Foy tras la declaración de Venereble y finalmente a la nave central de la catedral tras su beatificación].

trazados sobre el papel y son estos diversos recuerdos los que vamos a juntar, para trazar el cuadro de las virtudes de nuestra buena madre<sup>147</sup>.

## FE

La fe, está preciosa virtud que el apóstol san Pablo nos enseña como la raíz y el fundamento de todas las otras virtudes, fue también el sólido fundamento sobre el cual la señorita de Trenquelléon comenzó a construir el edificio de su santificación. Ella había succionado por así decir, con la leche, este germen de la fe. Tal como lo hemos ido subrayando desde el comienzo de esta narración, esta fe estaba sólida y continuamente alimentada. Pues en la piadosa familia de Trenquelléon, todos los hábitos cristianos eran como heredados y estaban en ejercicio. Se recitaba ostensiblemente sin respeto humano las oraciones antes y después de las comidas. Muy a menudo la familia se reunía para escuchar la lectura de un libro de piedad. Y no se vaya a creer que la elección de este se hiciera de manera que el oído se alegrara por los ornamentos de estilo. De ninguna manera, pues la señora de Trenquelléon, mujer de un espíritu superior, tenía en materia de religión una admirable y humilde sencillez. La lectura de familia se hacía pues con "*El alma elevada a Dios*" de Baudrand, o la obra de Humbert sobre *Las principales verdades de la religión* etc. El domingo se leía una parte de una homilía de Bourdaloue. Así esa conducta religiosa daba lugar a decir que el castillo de Trenquelléon era un monasterio. La expresión era sin duda forzada, pues si en verdad se practicaban las virtudes que hacían honor al claustro, se encontrarían también los usos de la buena sociedad. Pues las diversiones tenían también su lugar y la virtuosa madre de familia tomaba parte en ella con una bondad que aumentaba el placer. El respeto que inspiraban los principios tan conocidos de la familia, era tal, que nunca se escuchó en las personas que venían de visita, la oportunidad para discursos ligeros o palabras de sarcasmo contra la religión. La señorita de Trenquelléon tuvo la oportuna felicidad de no haber sentido nunca mancilladas sus orejas por estos axiomas detestables que dejaban bastante ordinariamente en la imaginación fuentes de tentación y como un lienzo peligroso, sobre el cual el espíritu humano va desgraciadamente a menudo ejercitándose. Es inútil decir que nunca se permitió leer una sola línea de estos libros tan peligrosos para la conservación de la fe. Renunció incluso pronto a la lectura de libros puramente formativos y cuyo conocimiento es necesario para acabar la instrucción de una joven. Ella quería renunciar al mundo y creyó pues inútil, ocuparse de aquello que no podía contribuir a conducir inmediatamente a Dios. Ella hacía sus lecturas privadas pero ¿era curiosa de los libros nuevos? De ninguna manera: *La perfección cristiana* de Rodríguez, o las *Cartas* de san Francisco de Sales, estos eran por ejemplo, el alimento de su alma. Leía para su cultivo espiritual y no para satisfacer su curiosidad. Imitaba a la abeja que no deja una flor más que cuando ha sacado todo el jugo. Ella iba a sacar siempre de la misma fuente a fin de tener principios bien sólidos, lo que no puede casi tener lugar, cuando se ha dado entrada a la multiplicidad de lecturas demasiado variadas. Así la señorita de Trenquelléon por la lectura reflexiva de algunas obras ascéticas y de obras dogmáticas había adquirido una sólida instrucción religiosa. Sus conferencias a la comunidad eran del más vivo interés, incluyendo perfectamente la historia sagrada, la historia de la

---

<sup>147</sup> Es obvio, que por esta introducción, madre María José advierte al lector que ella reproduce notas escritas por otras personas. Esto no significa, sin embargo, que no añada su propio testimonio al de sus compañeros.

Iglesia, haciendo relaciones y comparaciones, con las que animaba todo lo que ella decía a sus hijas. Sus catequesis, sea a la comunidad o a las congregantes, eran sólidas, instructivas y atrayentes. Se veía que hablaba con convicción, lo que junto a la pasión que ponía, la animación de sus palabras producía una feliz impresión en su auditorio. La fe de la señorita de Trenquelléon les inspiraba un profundo respeto por todo lo que se refería a la religión. Antes de su entrada en el convento, cuando vivía en el campo, a veces no podía participar en la santa misa. Entonces cuando veía que llegaba un sacerdote, con qué alegría iba ella a preparar la capilla a disponerlo todo para el divino sacrificio. La alegría brillaba en su rostro.

Este mismo sentimiento de fe, inspiraba una alta veneración por los ministros del Señor y se subrayaba esta impresión en su estilo y en sus maneras. Fue el sentimiento de una fe parecida a la de Abrahán, la que la determinó a alejarse como el santo patriarca, de su familia y de su país y separarse de una madre, que desde hacía mucho tiempo no la miraba más que como una amiga. O renunciar a la ayuda de la que ella gozaba en su familia, para abrazar los rigores de la pobreza. Nosotros vamos ahora a hablar de algunas otras virtudes que son como tallos salidos de esta preciosa raíz de la fe<sup>148</sup>.

## HUMILDAD

Esta misma fe que había inspirado a la madre de Trenquelléon un gran respeto por Dios, le había inspirado también un profundo desprendimiento de sí misma. Así una vez que entró en la Congregación en calidad de fundadora, no quiso distinguirse de las otras más que por la elección de las más humildes tareas. Ella misma hacía su cama, barría su habitación y no permitía que se la sirviera, sino cuando la gravedad de su salud la colocó en la impotencia de continuar así.

Servía bastante frecuentemente a la comunidad en el refectorio<sup>149</sup> y se le veía en estas ocasiones radiante de alegría. Recorría alegremente las diversas mesas poniendo un santo y cariñoso gusto por estar pendiente de todo, velando con una solicitud de madre por las necesidades de cada una. Estos momentos parecían ser para ella momentos de fiesta.

No estaba menos impulsada a ir a la cocina cuando sus ocupaciones se lo permitían, a fin de ayudar a las hermanas que ponían todo en orden. A menudo lavaba los platos. Convenimos que ella no era demasiado hábil en esto y sus hijas sonreían sobre este trabajo, que ella no lo hacía del todo bien. Adela reía con ellas, pero le causaba verdadera pena insistir en ocupar su lugar. Ella escogía, en tanto que las ocupaciones se lo permitían, todas las ocasiones de compartir las humildes funciones de las hermanas conversas y envidiaba su suerte, deseando su rango.

Un día, en el momento de ir a la Eucaristía, se acordó de una cosa que turbaba su conciencia: detuvo a una de las hijas de último rango, pero que poseía mucha instrucción cristiana y le abrió su corazón. Tras la respuesta de ella se decidió a comulgar.

---

<sup>148</sup> Parece que este primer apartado sobre la fe viene directamente de la autora. Únicamente madre María José podía hablar así de lo que ocurría en Trenquelléon.

<sup>149</sup> Cf. Carta n° 573, de la Sierva de Dios a madre Encarnación, 26 abril 1825.

La señorita de Trenquelléon evitaba cuidadosamente toda palabra que hubiera podido halagar su amor propio. Este sentimiento de humildad no debe sorprender, puesto que había recibido el ejemplo de su piadosa madre, mujer de una gran modestia. En apoyo de esto citaremos un fragmento de una carta que ella escribió después de la muerte de su querida hija al P.Chaminade, que seando escribir la vida de la fundadora de las Hijas de María, le había pedido a la señora de Trenquelléon, que le enviara algunos detalles genealógicos de su familia:

*Estaba convencida, Padre, del dolor que le causaría la pérdida de nuestra hija común, suya, de un modo espiritual, y mía, por la naturaleza. Nos parecía que todavía hubiera podido ser útil a la obra de Dios en la tierra, pero el Señor no lo ha juzgado así y si, según toda apariencia, ella está ya en su seno o no tardará mucho en estarlo, tendremos una valiosa protectora: ¡tenía tanto celo en la tierra!*

*Con gran satisfacción le daré los detalles de su infancia y de su juventud. Antes del uso de la razón, ya le asistía la gracia. Se tomará de mis notas lo que se juzgue necesario para la edificación. En cuanto a su genealogía, como una vida de este tipo debe predicar la humildad, sin la cual no hay virtud, creo que será suficiente decir que era hija del Señor de Batz, barón de Trenquelléon, antiguo oficial de los guardias franceses, caballero de San Luis, con grado de coronel en los ejércitos de Su Majestad, y de la señorita de Peyronnencq-Saint-Chamarand<sup>150</sup>.*

¿No descubre la humildad de la madre este fragmento de la carta? Y es en esta escuela en la que la señorita de Trenquelléon saca los principios de esta preciosa virtud. Ellos la llevan a dar preferencia a las acciones pequeñas y bajas sobre las que tienen pompa y alguna apariencia. En las obras de celo, había elegido la instrucción de los pobres. Le gustaban singularmente las clases donde se educaba a los niños pobres, iba algunas veces a dar pequeñas catequesis y le agradaba compartir los trabajos de las hermanas que estaban empleadas en eso. Se presentó como aspirante del Instituto una mujer mayor y sin ninguna posibilidad pecuniaria. Ella la había rechazado, pero la persona que se había encargado de la negociación, le señaló que la hija rechazada tenía un talento muy grande para la educación de los pobres. No hizo falta mucho para que la llamaran. Había encontrado la puerta de su corazón desde que se nombró a los pobres<sup>151</sup>.

La madre de Trenquelléon evitaba cuidadosamente todo lo que pudiera contristar a sus hijas. Nunca salieron de su boca palabras mortificantes, pero si a causa de su gran vivacidad llegaba a veces hablar y a reprender con pasión, entonces no tardaba en darse cuenta; su buen corazón se lo reprochaba y no dudaba en ir a humillarse delante de aquella a la que había contristado. Algunas veces para aumentar el valor de sus hijas y facilitar la confesión de sus faltas les abrió su propio corazón haciéndole conocer algunas debilidades. Una de ellas que entró tarde en la congregación, no podía plegarse a esta gravedad, a esta modestia religiosa, requerida en comunidad. Naturalmente viva y petulante, se manifestaba en todas partes con

---

<sup>150</sup> La carta no está citada mas que parcialmente, como dice la autora, hablando de un "fragmento". La parte reproducida presenta, en relación al texto original, algunas variantes que no cambian de ninguna manera el sentido de la carta. La baronesa ha escrito espontáneamente, sin preocupación estilística; Madre María José cuida el lenguaje. Por ejemplo: la baronesa había escrito "será una protectora", mientras que la autora cambia a "tendremos una protectora".

<sup>151</sup> Parece que se trata de sor San Francisco Arnaudel. Cf. Carta de la señora Belloc, 18 abril 1816 (Doc. V, A,13).

sus hábitos anteriores. La casi inutilidad que creyó notar en este trabajo la desconcertaba. E iba enseguida a contar esto a su superiora: *Hija mía, usted y yo estamos alojadas en el mismo barco. Creo que yo tampoco adquiriré nunca la modestia religiosa. Trabajémos al menos, y contentémos con el éxito que el buen Dios querrá coronar nuestros esfuerzos.*

La gracia no siempre logra reformar completamente la naturaleza. La madre Trenquelléon conservó siempre esta vivacidad, está petulancia que formaba en parte el fondo de su carácter. Dios parecía haberle dejado esto como motivo de humillación, pues era el único defecto que se veía en ella y él le servía de tema de confusión delante de Dios para humillarse ante sus hermanas y practicar una serie de actos de virtud<sup>152</sup>.

Como consecuencia de esta misma humildad recibía con una suerte de reconocimiento las advertencias que le hacían. Una sencilla religiosa le hizo una observación concerniente a un hábito, que parecía querer introducir y que habría podido ser abusivo tal como le parecía a ella. *Ay se lo agradezco*, le dijo la humilde madre, *es culpa mía, tendría que haberme dado cuenta*. La humildad convierte en vigilante sobre sí mismo a la persona y nos hace descubrir los más pequeños detalles. También la madre de Trenquelléon se examinaba con una santa severidad en los retiros anuales y encontramos en algunos escritos que ella ha dejado<sup>153</sup>, estos reproches de faltar a la flexibilidad, no soportar a los demás, faltas a la dulzura, el tener distracciones en las oraciones, tener una visión demasiado natural en sus acciones, demasiado apego a hacer observaciones a las personas ignorantes, pues muchas veces ella mientras que era un modelo de edificación para las otras, percibía los defectos en todas sus acciones<sup>154</sup>.

## POBREZA

La pobreza, virtud que el gran Francisco de Asís llamaba su señora y su maestra, virtud madre nutricia de la humildad traída del cielo por el Hijo del hombre, para destruir esta raíz funesta de la avaricia, que hace cometer tantos crímenes, ata el corazón a la tierra, e impide al espíritu elevarse a Dios. Esta virtud en fin, de la cual nuestro divino modelo nos ha dado un tan conmovedor y constante ejemplo después de su nacimiento en el pesebre, hasta su muerte en la cruz, era una de las virtudes favoritas de la piadosa fundadora. La hemos visto en el seno de su familia despojarse de todo para los pobres. Es con este espíritu de desprendimiento como entró en la comunidad. Ella era la fundadora y quiso vivir así de pobre y más pobre que ninguna.

Entendió su despojamiento hasta el punto de renunciar al placer de dar ella misma limosnas, reservando esa alegría a la religiosa encargada de lo temporal. Habiendo un día recibido la visita de una antigua mujer de servicio de su familia y que la había cuidado su infancia, sintió la necesidad de darle una limosna a esta mujer que era muy pobre. Por otro lado, temía actuar como propietaria. La religiosa encargada de lo temporal la previno y le propuso ir a buscar

---

<sup>152</sup> La Sierva de Dios habla de su vivacidad en sus cartas, por ejemplo, la que dirige a santa Emilia de Rodat (nº 414), el 20 nov 1820.

<sup>153</sup> Cf. Doc XIV.

<sup>154</sup> Por las alusiones a la humildad de la baronesa de Trenquelléon, es visible que el testimonio debe mucho a madre María Teresa. Las conclusiones moralizantes sacadas de los hechos son también suyas. Los hechos han podido ser constatados por ella en Agen, salvo el detalle concerniente a la última enfermedad, que le habrá sido proporcionado oralmente o por escrito.

una falda a la ropería. Con esta propuesta se vio la alegría brillar en los ojos de la señorita de Trenquelléon. Recibió esa falda con agradecimiento como si le hubiera hecho un regalo a sí misma y fue a llevárselo a la mujer anciana. Viéndose obligado por el voto de pobreza al trabajo, se entregaba con la severidad de una obrera, que tiene que ganar su pan. Su obra predilecta, aquella en la que se ocupaba exclusivamente, era remendar ropa usada. Una suerte de alegría aparecía en su rostro cuando se entregaba este trabajo. Las ropas viejas remendadas también eran las que más le gustaban y casi se habría conocido a la superiora en las multiplicadas piezas que cubrían su ropa. Era necesario hacerle algún tipo de violencia para que consintiera en poner algo nuevo en la ropa que usaba. A menudo la hermana encargada del guardarropa se veía obligada a quitarle un vestido que realmente no se podía poner y que ella no se decidía a abandonarlo. Del amor que la señorita de Trenquelléon tenía por la pobreza, provenía naturalmente el amor por los pobres. Los miraba como la porción querida del rebaño de Jesucristo, les acordaba igualmente un sentimiento muy especial de predilección, prefería su compañía a la de las personas de rango. Estando todavía en su familia se le habló de una persona que estaba sin zapatos y al instante se quitó los suyos y fue a dárselos. Al entrar en comunidad no teniendo dinero para dar a los pobres se privaba a menudo de su comida para enviarla y ocultaba este hecho a sus hermanas por medio de un ingenioso procedimiento.

Cada día después de la comida de la comunidad, iba a la cocina y comprobaba la porción preparada para los pobres y sentía una santa alegría de poder procurarles estos pequeños socorros. Sufría penosamente cuando escuchaba hablar de alguna miseria que no podía remediar y es en esta circunstancia solamente cuando el voto de pobreza parecía ofrecerle algún rigor. Sobre todo cuando era cuestión de alguna de sus comunidades de las que conocía las necesidades y que se veía en la imposibilidad de poder socorrer<sup>155</sup>.

## MORTIFICACIÓN

La señorita Trenquelléon había comprendido en buena hora la necesidad de declarar la guerra a la naturaleza y tener los sentidos bien dominados. En el mundo había tenido sus ejercicios de mortificación regulados. En la vida religiosa los aumentó, podemos incluso decir que ya excedía sus fuerzas y abreviaba su vida. Trabajaba mucho, fatigaba sus pulmones y comía poco. Al principio le costaba la comida, pero no quería por nada del mundo sufrir alguna distinción en la mesa. Al contrario, ella buscaba lo peor que había. Comprendía la importancia de mantener la naturaleza a raya y temía continuamente sus rebeliones. Toda su vida no había sido más que una lucha valiente y enérgica contra naturaleza, rechazando todo lo que podía ablandecerla y enervarla. Todos sus sentidos interiores y exteriores los tenía bien sujetos. Era el gran objeto de su mortificación. Reservaba su severidad para ella sola y estaba llena de bondad para con los demás. Exigía que sus hijas tomaran los alivios que reclamaban su salud, lo contrario que se exigía para sí. Enseñaba a huir la sensualidad. una joven novicia que estaba constipada le dijo con toda sencillez madre *yo creo que tendría necesidad de un poco de azúcar de cebada*. Y le respondió Adela: *Hija mía San Luis Gonzaga habría pedido regaliz*, queriendo enseñarle así que se deben escoger siempre los remedios

---

<sup>155</sup> Parece que en esta nota sobre la pobreza de la Sierva de Dios, madre María José ha utilizado una "pequeña colección" de anécdotas en la cual una hermana le ha señalado algunos rasgos de esta virtud. Efectivamente, la autora no estaba en el convento en los primeros años.

más sencillos cuando pueden bastar y esto por espíritu de pobreza y de mortificación. Más tarde, el empeoramiento de su salud, hizo necesario sujetarla a un régimen especial y ella tuvo que hacer uno de los sacrificios más penosos. Derramaba las lágrimas por estos alivios que se le prescribían hasta el punto de tener compasión de las personas que eran testigos y que sufrían porque los alivios que querían procurarle, le molestaban más que aliviaban<sup>156</sup>.

## PACIENCIA

Se sabe que las obras de Dios son siempre combatidas y se convierten en un objeto de contradicción no solamente por parte de los hombres sino incluso por la gente de bien. El Instituto de las Hijas de María no fue una excepción y el Señor permitió que las pruebas vinieran a embellecer la corona de la señorita de Trenquelléon dándole ocasión de practicar actos multiplicados de paciencia. La congregación naciente se convirtió en un objeto de sarcasmo y pullas. La señorita Trenquelléon no lo ignoraba pero no era la aprobación de los hombres lo que ella buscaba. No quería más que la voluntad de Dios, procurar su gloria y la salvación de las almas.

Las ocasiones de practicar la paciencia no venían solo del exterior sino también de dentro. La buena anciana de la que hemos hablado ya antes, así como de su fuerza de voluntad y de su carácter, dejó descubrir el cabo de algún tiempo de estancia en la casa, que a veces su cabeza se le iba y bastante considerablemente. Esta buena religiosa estaba extremadamente apegada a la joven superiora. Pero su apego resultó una verdadera carga, pues la buena anciana quiso tener en exclusiva las atenciones de su superiora y si no las obtenía tal como quería, había violentas escenas. A fin de prevenir esto en lo posible, la señorita Trenquelléon se obligaba a ir todas las tardes a pasar cerca de una hora con ella en su habitación, para hablarle, distraerla y no se dispensaba de ningún ejercicio de comunidad. En el comedor esta buena mujer estaba sin cesar espiando y examinando si la superiora comía suficientemente y lo que comía, y esto desembocaba en regañinas que estallaban en voz alta. La señorita Trenquelléon estaba a menudo obligada a esconderse cuando iba a dar una catequesis, a fin de que la otra no se diera cuenta. Así que estaba en una auténtica esclavitud de esta buena religiosa, pues Adela ponía todos los cuidados para evitar contristarla. Este ejercicio de paciencia duró hasta la fundación de Tonneins en 1820. La hermana pidió formar parte de la futura colonia pues sufría esas tormentas que martirizaban su pobre cabeza y que no podía dominar. Dios permite que se encuentren estos diferentes caracteres en las comunidades e incluso en las más fervientes, dando ocasión de mucho ejercicio de paciencia a las religiosas. El buen Dios la puso a prueba quitándole por la muerte a varias de sus hijas, que ofrecían grandes esperanzas para el sostenimiento del instituto<sup>157</sup>.

---

<sup>156</sup> En esta página, el montaje es de madre María José. Las anécdotas han sido señaladas probablemente por una religiosa.

<sup>157</sup> Los hechos son exactos. Para las burlas, cf. Saint-Amans, *Cryptographie agenaise*, p. 438; para las religiosas cuya muerte ha roto bellas esperanzas, ver las noticias sobre Clementina Yannasch, Eufrasia Degers, Adelina Lespès, Madre María José ya que entró en el convento el 21 de abril de 1821, hay que pensar que para la "paciencia", las anécdotas se las han proporcionado oralmente o por una *memoria*.

## REGLA

La madre de Trenquelléon, todavía joven, se había prescrito una regla de conducta y no se desviaba de su rigor. Era una real contradicción para ella el menor desarreglo en su plan diario. Más tarde, la piedad modificó esta regularidad demasiado natural. Pero ella conservó siempre y aportó en religión este gusto por una vida de orden. Esto le ayudaba a seguir el impulso de la regla. Toda infracción que ella veía le afligía vivamente. Apreciaba mucho sobre todo la regla que prescribe el silencio. Escribiendo un día a una superiora le recomendaba vigilar si se observaba en su comunidad: *Si nuestras constituciones no lo convirtieran en un deber, yo estaría casi tentada de hacer un mandamiento expreso, pues la mayor parte de las faltas que se cometen son infracciones al silencio*<sup>158</sup>.

## CARIDAD

Si la fe es el fundamento y la raíz de todas las virtudes, la caridad es el culmen, el coronamiento. El amor divino había establecido su imperio en el corazón de la madre Trenquelléon. Su amor por Dios era más efectivo que afectivo. No fue por las dulzuras sensibles como Dios atrajo a él a esta alma generosa. Ella amaba a Dios por sí mismo. El amor consiste tal como nos lo enseña el Salvador del mundo, en guardar los mandamientos de Dios. La señorita de Trenquelléon vivió ese amor así, esta preciosa señal de la ley de Dios le estaba siempre presente y le servía de regla en toda su conducta. No temía sino incumplirla. La sola apariencia de pecado horrorizaba a esta alma inocente. Hemos visto todos los sacrificios que se había impuesto para alejar de sí las ocasiones de pecado. Su conciencia era de una delicadeza muy grande y se veía en la expresión de su rostro la impresión penosa que experimentaba cuando creía haber cometido una falta. Era un alma de una extraordinaria pureza y las personas que la han conocido por completo, piensan que nunca había ofendido a Dios mortalmente. Aunque nosotros hemos dicho que la piedad de la madre de Trenquelléon era más seria que sensible, no dejaba sin embargo de ser afectuosa y no hubiera podido ser de otra manera teniendo un corazón tan amante. Este sentimiento de amor por las cosas de Dios, apareció sobre todo en la época de nuestras grandes solemnidades: su rostro se impregnaba esos días de una cierta irradiación de alegría, de felicidad, de piedad, que parecía expresar toda la impresión que Dios le hacía experimentar, con sus divinos misterios de nuestra santa religión. El anuncio de la divina palabra le llenaba de felicidad y su rostro se inflamaba. Le gustaba decir que el apóstol san Pablo citaba como una marca de predestinación el gusto de la Palabra de Dios. Su amor por Dios le hacía sensible a todo lo que interesaba su gloria. La alegría irradiaba su rostro cuando se le hablaba del éxito de alguna obra que debía contribuir a procurarla. Los triunfos de la religión causaban su alegría, como también las cosas contrarias causaban su tristeza.

---

<sup>158</sup> Es el sentido pero no los términos exactos del pasaje: *Tengo tanto empeño, que si nuestras Constituciones no lo recomendaran tanto, me vería tentada de imponerlo como un mandamiento, porque veo que casi todas nuestras caídas provienen de nuestras faltas al silencio* (Carta 638, a Madre María de la Encarnación, 27 febrero 1826). Madre María José cita de memoria. La reflexión inicial sobre la regularidad de la Sierva de Dios en Trenquelléon conduce a atribuir todo el artículo "Regla" a la misma autora.

De su amor por Dios nacía este celo que le consumía por la salvación de las almas. Hubiera querido ir hasta el fin del mundo para contribuir a salvar una sola. Sus delicias eran concertar un proyecto para llevar a Dios a cualquier alma perdida. Ella aplaudía las piadosas formas que sus hijas imaginaban para llevar las los corazones a Dios. *¡Hagamos amar a Dios, hagamos amar a Dios!*, decía ella en una santa emoción a sus hijas y a las personas piadosas con las que ella se encontraba en relación. Había imaginado y puesto en acción, una reunión que tenía lugar el primer domingo de cada mes. Estaba compuesta de veintisiete congregantes de las más celosas, divididas en nueve tríos, de los cuales cada uno estaba destinado a honrar uno de los coros de la jerarquía celeste y convertirse por tanto en posibles imitadores del celo de estos espíritus bienaventurados. En estas reuniones se combinaban las buenas obras, se rendía cuenta de las que habían sido hechas o intentadas. Entre la élite de las congregantes, había algunas, que libres para disponer de su tiempo y de su personas, se identificaban con éxito al celo de la piadosa fundadora. Las que tenían instrucción religiosa y una cierta facilidad de hablar, reunían en sus casas a personas ignorantes y de buena voluntad, para enseñarles los elementos de la religión, las prácticas del cristianismo<sup>159</sup>. Esta buena obra era tanto más útil en esa época en que muchas personas habían crecido, cuando las iglesias estaban cerradas y los fieles privados de la instrucción de su pastor.

Otras congregantes, de un carácter alegre e insinuante, estaban designadas para hacer el oficio de ángeles protectores para las jóvenes. A fin de tener buen resultado en la misión, se unían a propósito, proporcionando pequeños placeres inocentes para apartarles de los bailes, sobre todo en los tiempos de Carnaval, estación tan peligrosa para la juventud especialmente en el sur, donde el amor al baile es tan general.

Para mantener el fervor entre las congregantes, se organizaba un retiro los tres días que preceden a la Inmaculada Concepción, fiesta patronal de la congregación. La madre Trenquelléon suplía ella misma o una de sus religiosas en los ejercicios que el sacerdote director de la congregación no podía darles. El día de la fiesta, las congregantes, vestidas de blanco, con el velo y un cirio encendido en la mano, iban a renovar entre las manos del director su acto de consagración a María. El canto de los piadosos himnos embellecía la fiesta, eran días de felicidad para la piadosa fundadora y sus ojos contemplaban con una santa alegría esta ferviente juventud que rodeaba los altares de María.

Los días de las oraciones de las “cuarenta horas”<sup>160</sup>, días tan funestos para la juventud frívola y ligera, estaban consagrados por los congregantes a la renovación del voto del bautismo que ellos pronunciaban públicamente en la capilla del convento. El buen señor Mouran, director

<sup>159</sup> Sin hablar del número 27, la Sierva de Dios señala esta actividad de las congregantes en su carta (nº 425) del 20 febrero 1821 a santa Emilia de Rodat (Doc, IX, A, 20).

<sup>160</sup> [La devoción de las Cuarenta Horas es una ocasión para reunirse como comunidad frente al Santísimo Sacramento y orar ante el Señor en solemne adoración. Nos brinda una oportunidad para profundizar nuestra apreciación de la importancia del misterio de la Eucaristía en nuestras vidas. Tradicionalmente comienza con una misa. Al final de esta misa de apertura se expone al Santísimo Sacramento y durante unos días los fieles tienen la oportunidad de reunirse en oración ante el Santísimo expuesto. Hay varias formas de oración que se pueden utilizar. La Devoción de las Cuarenta Horas generalmente concluye con una misa. El P. Chaminade comenta esta devoción a Adela: *Me he figurado que su Oración de las Cuarenta horas era los tres días de carnaval. Está completamente en el espíritu de la Iglesia y del Instituto que esos días sean días de vigilia, con un ayuno un poco suavizado el lunes y martes: digo suavizado porque quizá esos días tengan que hacer varias reuniones para la tierna juventud y algunas tengan que hablar mucho. (Chaminade. Cartas 84, 20 de enero de 1817)].*

de la Congregación parecía completamente entusiasmado estos días por el cuadro consolador que ofrecían estas jóvenes, cuadro que contrastaba tan fuertemente con lo que el mundo de entonces vivía esos días<sup>161</sup>.

Los retiros que se celebraban de forma abierta para la gente del mundo, era una obra demasiada ventajosa para la religión, que no podía escapar al celo de la madre de Trenquelléon. Sin embargo, en vida de ella, esta obra no fue sino un ensayo limitado a un pequeño número de personas<sup>162</sup>. Más tarde esta práctica obtuvo un desarrollo más completo. Los retiros generales se celebran actualmente con éxito en las diferentes casas de la congregación. Participan incluso madres de familia que podían dejar su trabajo momentáneamente y sin inconveniente y que vienen a meditar en la soledad sus deberes de cristiana de esposa de madre y de ama de casa. Las jóvenes que en el momento de comprometerse en el mundo sentían la necesidad de fortalecerse contra los peligros que encontraban allí, vienen a imitar el ejemplo del Salvador, que se retiraba al desierto antes de comenzar a evangelizar.

Sin duda, desde lo alto del cielo, la piadosa fundadora sostiene con sus oraciones el éxito de una obra que habría apoyado tan fuertemente en su corazón y de la cual sus hijas están dichosas de llevar todo el honor

Se debe presumir que la madre Trenquelléon, tan celosa para la salvación del prójimo, no olvidaba su propia familia espiritual, pues su celo era muy luminoso. Todos los domingos ella misma daba a sus hijas una conferencia sobre los deberes de su santo estado, y el jueves, una hora de instrucción dogmática. Con cada una, tenía frecuentes entrevistas a fin de comprometer a la religiosa en trabajar en su crecimiento. Le gustaba repetir este pasaje de una carta que le había escrito el padre Chaminade: *Con santas haremos mucho, con religiosas imperfectas no haremos nada o casi nada*<sup>163</sup>.

En fin, el amor divino produjo siempre el amor del prójimo. La caridad, la cordialidad, cualidades tan preciosas en una superiora, destacaron sobre todo en la madre de Trenquelléon. Tenía la costumbre de decir que cada orden tenía su carácter distintivo y que ella deseaba que el del Instituto de las Hijas de María fuera la caridad. Esta era su virtud predilecta pues parecía innata en ella. Cuando entraba una postulante la recibía en sus brazos, la estrechaba contra su pecho, con el sentimiento de la más tierna afección. Se habría creído ver una madre viendo a su hija querida desde hace tanto tiempo ausente. Una viva alegría brillaba en su mirada. Todo su exterior llevaba la impronta de la felicidad y parecía querer decir a toda la comunidad: *Alegraos conmigo. Dios me hace madre de una nueva hija*. Se comprende la impresión que debía producir sobre las postulantes una acogida tan

---

<sup>161</sup> ADELA, *Cartas A Santa Emilia de Rodat*: n° 414, del 20 nov 1820, n° 421 del 22 enero 1821. Madre María José ha tenido en sus manos las cartas de la Sierva de Dios o bien cuenta lo que ha visto practicar cuando ella era novicia en Agen o utiliza una *memoria* o un testimonio oral.

<sup>162</sup> De hecho, el P. Chaminade moderaba el celo de la Sierva de Dios sobre este punto (carta de madre María José a la Sierva de Dios, 24 dic 1824). Las reflexiones que la autora hace aquí sobre la extensión de la obra de los retiros, son de madre María José.

<sup>163</sup> Aquí la cita no tiene de fidelidad mas que una reminiscencia. El texto de la carta es este: *Con santas, conseguiremos todo; con religiosas ordinarias o imperfectas, no haremos casi nada* (CHAMINADE, *Cartas*, n° 98, de 10 jun 1818). La Sierva de Dios cita varias veces esta frase del fundador a santa Emilia de Rodat (Doc IX, 3 enero 1823).

maternal. Así desde este primer momento, les ganaba el corazón y ganada la confianza de las recién llegadas, no tenían ya más secretos para ella. Una religiosa contaba que no siendo todavía más que postulante se había juzgado conveniente enviarla a causa de su salud a pasar algunas semanas en su familia. La joven pretendiente mirándose como la paloma fuera del arca, escribía pidiendo entrar en la comunidad. La religiosa encargada por la buena madre de responderle lo hizo “a lo San Jerónimo”, es decir es un estilo un poco severo. Nada más iniciada la carta, había comenzado a derramar el miedo en el alma de la aspirante pero llegó al final y encontró estas palabras escritas de la propia mano de la buena madre: *Venid hija mía, que siento tardanza en poderos abrazar*. No hizo falta más para reanimar su coraje y traerla de vuelta.

Si la madre de Trenquelléon era tan dichosa con la entrada de una postulante, se puede comprender todo lo que la sensibilidad de su corazón le hacía sentir cuando alguna era infiel a su vocación. Su caridad le hacía poner en obra todos los resortes posibles, para fortificar contra la tentación la que era golpeada por las olas. Su longanimidad rebasaba los límites ordinarios. Cuando todo había sido inútil y se decidía a abrir las puertas para un despido, se ha visto a esta buena madre estallar en sollozos, llorar amargamente. Se habría creído ver al santo patriarca Jacob, inundado de dolor viendo la túnica de su hijo José teñida de sangre. Ahí está la fe viva de esta tierna madre que le hacía descubrir los peligros del mundo para los hijos de su dolor. Temía que su alma no fuera la víctima de alguna bestia feroz. Con un alma tan compasiva como la madre Trenquelléon se comprende fácilmente que las penas de cada una de sus hijas le llegaran a ser personales.

*Un día, -cuenta una religiosa- no siendo más que una postulante interna, me encontraba en la enfermería, en el momento en que la buena madre vino a visitar a una religiosa enferma y dolorosamente afectada por la noticia que acababa de recibir, de la muerte de una de sus hermanas tiernamente querida. La buena madre se dirigió hacia la cama de la enferma, la abrazó entre sus brazos y sus lágrimas se confundieron. El espectáculo de esta tierna caridad me impresionó de tal manera que si yo no hubiera tenido el pensamiento de ser religiosa, esta única circunstancia hubiera bastado, para hacerlo nacer en mí.*

*No me edificó menos -añade la misma hermana- la caridad de la buena madre con respecto a una postulante muy piadosa, un modelo de regularidad, pero que tuvo la desgracia de perder la cabeza. Su enajenación era tanto más molesta cuanto ella lanzaba gritos muy molestos. Imposible decir todos los cuidados que le prodigó nuestra buena madre. Se la veía continuamente al lado de esta pobre alienada. Yo confieso que estaba sorprendida de su caridad, tratando así durante varias semanas a una persona que yo no habría querido tratar ni tres días. Así sentía yo con el espíritu del mundo, que no conocía nada de los sacrificios de la caridad<sup>164</sup>.*

Toda la ternura de esta buena madre me parecía ser para las hermanas enfermas y dolientes. Le gustaba visitarlas, distraerlas santamente. En el tiempo de sus enfermedades cuando no le permitían siempre ir a verlas, queriendo evitarle la fatiga de subir la escalera, al llegar la noche, cuando ella estaba acostada y creía que la hermana que se acostaba al lado estaba

---

<sup>164</sup> Sería atrevido buscar para poner nombres, a propósito de los hechos que se cuentan. Notemos solamente que es evidente que aquí madre María José ha reproducido un testimonio escrito, una “relación”, como dice varias veces.

dormida, se levantaba sin hacer ruido e iba a ver a sus queridas enfermas. Le causaba una verdadera pena que lo notaran.

Terminando un día una conferencia que acababa de dar a sus hijas sobre la caridad, dijo con una amable ingenuidad y vivacidad: *Al menos hermanas mías, no tengo nada en mi corazón ni nunca he tenido nada contra vosotras.* Toda la comunidad sonrió y creyó sin dificultad en su proclamación. Pues estaban bien persuadidas que no podía entrar la menor hiel en su alma. Decía también en otra circunstancia, no haber tenido nunca la tentación contra la caridad y se sabe cuál era su rectitud y la delicadeza de su conciencia.

Dejemos todavía hablar a una de sus hijas contándonos el sentimiento que ella experimentó cuando llegó al Instituto<sup>165</sup>: *Cuando llegué a la comunidad, el Instituto acababa de nacer. Yo llegaba de un país lejano y era una gran prueba para mí este gran alejamiento de todo lo que me era querido, pero yo me encontré compensada con una suerte de usura, cuando vi a la buena madre. Mi corazón latió con el suyo desde el primer momento. De tal manera me impresionó su bondad y su caridad. Yo bendecía al señor de haber encontrado cerca de esta digna madre una felicidad más allá de mis esperanzas. Un día que yo estaba hundida de tentaciones contra mi vocación fui a verla. Le dije que llena de defectos como yo estaba y sintiendo la imposibilidad de corregirme de mi excesiva vivacidad, me parecía que nadie podía soportarme. “Hija mía -me dijo ella- ¿me cree usted sincera?” Sí, madre mía -le respondí-, “Bueno pues ¿usted me creerá si yo le digo que toda la comunidad os quiere y os estima y en cuanto a mí yo os quiero más allá de toda expresión?”. Estas palabras tan buenas, tan maternales me dieron la paz y me fui toda contenta. Otra vez temiendo haber dado pena a una de mis hermanas, estaba muy turbada y no me atrevía ir a confesar mi falta a la buena madre. Sin embargo fui, pero no fue sin una viva emoción bien visible, como yo me acerqué a explicarle. La cariñosa madre recordando las palabras misericordiosas del Salvador me dijo: “Nadie te ha condenado, yo tampoco te condeno. Levántate hija mía y no pienses más en ello”. Únicamente bastó esta palabra para curar mi corazón inmediatamente y hacer nacer la paz y la alegría. Otra vez, estando empleada en la lavandería con una compañera, se me escaparon algunas palabras de viveza que hubieran podido contristar a esta buena hermana. El arrepentimiento siguió inmediatamente a la falta y me fui a echar a los pies de mi superiora para hacerle la confesión de mi carácter tan malo. “Hija mía, me dijo esta buena madre, la reparación que usted ha hecho y el dolor que siente, han limpiado ya su falta, incluso más*

---

<sup>165</sup> H.ROUSSEAU (*Adèle*, p.563) atribuye la *relación* a sor San Salvador Caillet, pero sin decir por qué. [El hecho que María Caillet fuera una de las primeras suizas en ingresar en las Hijas de María, corrobora en primer lugar la identificación que hace la madre María José, al citar a la misma María que *llegaba de un país lejano*. Por otra parte, Stefanelli, abunda en esta identificación, con otros detalles, que aparecen en el testimonio de las *Memorias*: «Aunque no se sabe con seguridad, es posible que un episodio relatado en las *Mémoires* se refiera a María Caillet. Una candidata, que había venido de muy lejos, tenía muchas dificultades para hacerse a la nueva vida, echaba mucho de menos a su familia y se le hacía muy difícil adaptarse a una cultura y ambiente tan diferentes. Sin embargo, esta sensación de aislamiento fue más que compensada por la calurosa bienvenida de Adela. Más adelante, pasó por un periodo de tentaciones sobre su vocación y, muy consciente de sus fallos, acudió a Adela completamente desmoralizada. La joven superiora le aseguró que la comunidad la estimaba y la quería y que ella misma le tenía mucho cariño. Más tranquila, María quedó en paz y muy contenta. STEFANELLI, *Compañeras de Adela*, nº 50: María Caillet]. En apoyo de lo que la autora cuenta sobre la bondad de la Sierva de Dios, se pueden citar las cartas que escribió a santa Emilia de Rodat con ocasión de la muerte de Adelina Lespès, de Clementina Yannasch, de Eufrosia Degers (Doc IX) y la del P.Chaminade (nº 262).

*allá. Levántese y no piense más en ello”. Estas palabras me llenaron de coraje y acrecentaron mi vigilancia para no fallar de ahora en adelante. Yo siento que si en lugar de estas palabras de ánimo, me hubiera hecho una reprimenda, estaría turbada y desconcertada, mientras que su bondad su dulzura me fortificaron y me animaron. Yo experimentaba tanta dulzura y consuelo en ir a confesar mi falta, que yo temía si no habría más de naturaleza que de gracia en mis confesiones, lo que hizo que después de ese consejo, ya no iba a verla más que cuando debía por regla o por otros motivos necesarios.*

La religiosa que nos ha dejado el relato de estos pequeños hechos era un alma a la que Dios exigía un gran desprendimiento, una gran pureza de corazón. Estaba entonces obligada a tener en cuenta estas cosas y cuidarse, temiendo que la naturaleza no se mezclara con este gran afecto que ella sentía por su superiora. Sentía interiormente el deseo de cambiar de comunidad para evitar este asunto. La divina Providencia permitió que recibiera su obediencia y fue consolada por el pensamiento que este sacrificio era el más grande que podía ofrecer. Se estimaba feliz de poder hacerlo a un gran Señor y cuando la naturaleza reclamaba sus derechos ella exclamaba “Sí señor, estoy a gusto de hacer este sacrificio para complacer cada vez más”.

Este sentimiento de afecto filial expresado aquí por la religiosa que hemos mencionado, era un sentimiento unánime que todas experimentaban. A ejemplo de San Pablo, la madre de Trenquelléon se hacía todo a todos, lloraba con los afligidos y se alegraba con los que experimentaban algunas satisfacciones. Si se le tenía que hacer algún reproche, era ser demasiado buena. Esta queja era la única que ella tuvo que llevarse del fundador cuando venía a visitar la comunidad. Algunas veces hacia el fin de la comida, se levantaba de la mesa, daba una vuelta por el refectorio y si ella se daba cuenta de alguna hermana valetudinaria que no había comido demasiado o poco, buscaba procurarle alguna cosa apropiada para estimularle el apetito. Se podría decir de la madre de Trenquelléon, que era la alegría y la felicidad de sus hijas. Ante su rostro todos los corazones se abrían. Se habría podido decir de ella, como se decía de San Sabas, que cerca de esta buena madre, olvidaba uno las delicias de la ciudad y la ternura de las madres.

Esta virtud de la caridad le era tan querida y su deseo de verla reinar en la congregación tan constante, que en su lecho de muerte, una de sus últimas recomendaciones a la madre San Vicente, que ella preveía que la reemplazaría y que efectivamente la reemplazó, fue que trabajara en el mantenimiento de la caridad entre sus hijas: *“Madre San Vicente -le decía ella- prométame que no ahorrará nada para mantener en el Instituto el espíritu de unión y de cordialidad y para cimentar la caridad supondrá hacer sacrificios. No, nada me afligirá más el pensamiento que la unión podría llegar a alterarse entre los miembros del Instituto y que cesaría el no tener más que un corazón y una sola alma”*<sup>166</sup>. Se puede comprender qué impresión debieron hacer estas palabras en el espíritu y el corazón de aquella a quienes estaban dirigidas por la piadosa moribunda.

---

<sup>166</sup> La recomendación de la Sierva de Dios moribunda sobre la unión y la caridad se transmite aquí en términos que no coinciden literalmente ni con los de la carta de madre San Vicente (14 enero 1828), ni con las de las Memorias (cf. nº 26), ni con los de la circular del 6 de mayo 1856 (Doc. XVI). El sentido sin embargo no queda alterado. La parte dedicada aquí a madre San Vicente conduce a pensar que esta ha sido una de las fuentes de madre María José para el artículo “Caridad”.

